

UN ASUNTO PENDIENTE

Teresa Cardona
Eric Damien

Siruela Policiaca



Teresa Cardona y Eric Damien

UN ASUNTO PENDIENTE

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

Siruela
Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: mayo de 2026

Título original: *Un travail à finir*
En cubierta: fotografía © Oleg Elkov / iStock
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Éditions Viviane Hamy, 2018
© De la traducción, Susana Prieto Mori
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-86-8

Conversión a formato digital: María Belloso

A nuestros hijos

Prólogo

—Camina —ordenó mientras azotaba suavemente el flanco del burro con una vara de madera.

En una hora, quizás algo menos, llegarían a Bir Meridj. Una vez pasado el pueblo, les bastaría seguir el camino que se adentraba en el desfiladero de Madj Eragh y del otro lado estaría Túnez. Allí estarían a salvo.

Le pareció oír un ruido, como un derrumbe lejano. Hizo que el animal se detuviera, aguzó el oído, no percibió más que el murmullo del viento y se dijo que debían de ser los nervios. Pero se dio la vuelta y comprendió que sus ojos no lo engañaban. Una columna de humo se alzaba sobre el pueblo que habían dejado atrás aquella misma mañana.

Cuando la brigada entró en la calle polvorienta que llevaba al centro de la aldea, los habitantes creyeron saber lo que les esperaba. Se quedaron inmóviles y pusieron las manos detrás de la cabeza antes de que nadie les dijera nada. El pueblo estaba cerca de la frontera y no era la primera vez que llegaban soldados de improviso. Habitualmente registraban las aldeas, una tras otra, y si por casualidad daban con una pistola vieja o encontraban el rastro de algún *fellagha*[1] que se hubiera alojado allí, prendían fuego a las viviendas y a los cobertizos, detenían a algún sospechoso, a quien no se le volvía a ver jamás, y se marchaban dejando tras ellos a una población aterrada y un pueblo medio arrasado.

Sí, habitualmente eso es lo que habría pasado.

El oficial que estaba en el Jeep que iba a la cabeza, un capitán, a juzgar por los tres galones dorados que adornaban su hombrera, hizo señal de detenerse levantando la mano por encima del parabrisas. Los vehículos se inmovilizaron con un chirrido de frenos.

Los soldados saltaron de la parte trasera de los camiones y rápidamente tomaron posiciones en torno a las casuchas que componían la aldea.

—Traédmelos y registrad la ratonera —ordenó el oficial.

A punta de fusil, algunos soldados reunieron a los lugareños, mientras otros echaban abajo las puertas de las casitas de adobe para asegurarse de que nadie se escondiera en el interior. Al cabo de unos minutos, todo el pueblo se encontraba en el terraplén del centro del pueblo, rodeado por los soldados armas en ristre.

El jefe del pueblo, un anciano que caminaba apoyado en una muleta de madera, se adelantó.

—Aquí no escondemos nada ni a nadie, capitán. No tenemos armas —aseguró.

—¿En serio? —preguntó el oficial en tono falsamente tranquilo mientras hacía restallar una fusta de cuero contra la palma de la mano—. Ayudáis a los *fellaghas* en cuanto…

—No, capitán, no…

—¡Cierra el pico! —gritó el oficial y golpeó violentamente al anciano con la fusta—. ¡No me interrumpas!

Brotó un chorro de sangre que cayó formando vetas en el suelo. El anciano se llevó la mano a la cara.

—¿Está todo el mundo aquí? —preguntó el oficial a un soldado.

Este confirmó con un gesto de asentimiento.

—Bien. Ponedlos en fila.

Un soldado trazó una línea en el polvo del suelo con la culata del fusil, mientras los demás ordenaban a los lugareños que se alinearan y golpeaban a los que tardaban en obedecer. Cuando estuvieron todos en una hilera, el capitán se acercó y recorrió la fila mirándolos de arriba abajo. Se detuvo ante un hombre de rostro arrugado.

—Ha estado aquí, ¿verdad? —preguntó en árabe.

El indígena no respondió. El oficial apretó los labios, hizo chasquear la fusta contra el muslo y reanudó la inspección. Al pasar ante un adolescente que bajaba la mirada, se detuvo de nuevo y, con la punta de la fusta, le hizo alzar la cabeza.

—Tú tampoco sabes nada, claro.

El chico lo miró, encogió los hombros y negó con un gesto inseguro. El oficial sacó su arma de la funda y la acercó a la frente del muchacho.

—¿Nadie sabe nada? —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Nadie, de verdad? En ese caso, no nos sirves…

Restalló una detonación seca y las piernas del chico se doblaron.

—¡Walid! —gritó una mujer y se precipitó hacia él.

El capitán giró sobre su eje, estiró el brazo y apretó el gatillo. La madre se derrumbó con un ruido sordo.

—¡Qué coñazo! —rezongó mientras enfundaba la pistola—. Ya hemos perdido bastante tiempo, hay que limpiar.

—¿A fondo? —preguntó un teniente.

—A fondo.

No hacía falta decir más. Todo el mundo conocía el significado de la expresión y los soldados empezaron a separar a los habitantes del pueblo sin miramientos. Mientras amenazaban a las mujeres para que estuvieran quietas, forzaron a los hombres, adolescentes y ancianos, a amontonarse en un granero a fuerza de culatazos en la nuca o los riñones. Cuando estuvieron todos dentro, bloquearon las puertas.

—¿Qué pasa? ¿A qué esperáis? No vamos a pasar la noche aquí.

Se llevaron las manos al cinturón, soltaron granadas y quitaron las anillas. Antes de que los prisioneros pudieran darse cuenta, varias explosiones sacudieron la barraca. El tejado de paja se vino abajo. Se elevaron en el aire ardiente gritos ahogados y los gemidos perforaron las paredes. Cuando los soldados se preparaban para volver a tirar de las anillas, el capitán los detuvo.

—No merece la pena malgastar munición. Mejor le prendéis fuego —ordenó.

Cuando el granero se incendió, los gritos de espanto de los que habían sobrevivido cubrieron los de las mujeres y los niños que presenciaban la escena. Se elevó una densa humareda negra y un olor acre se extendió por las callejuelas.

Los soldados se volvieron entonces hacia las mujeres y las hicieron desnudarse. Forcejeando, una de ellas arañó a uno profundamente en la mejilla. Sangraba.

—¡Zorra! —gritó escupiéndole a la cara, antes de sacar su arma y pegarle un tiro en la cabeza.

—¿Qué hacemos con la mercancía caducada, capitán?

—¿Qué queréis que hagamos? ¿Llevárnosla? Por mí, como si la tiráis al pozo.

—¿Y los niños?

—*Fellaghas* en potencia —juzgó el oficial—. ¡Venga, tiro al plato! Tú mismo, a ver cómo corres —dijo en árabe a un niño y acompañó sus palabras con un gesto de la mano.

El niño vaciló, dio unos pasos inseguros.

—¡Corre! —ladró el oficial—. Voy a contar hasta diez.

El niño entendió lo que le pedían y echó a correr.

—Uno… Dos… Tres…

El capitán cogió el fusil de un soldado que estaba junto a él, encaró, apuntó. Resonó un disparo; el pequeño se desplomó levantando una nube de polvo a su alrededor.

—Mierda, habíamos dicho hasta diez, ¿no? —fingió lamentarse el teniente.

—No pasa nada —replicó su superior encendiendo un cigarrillo—, nos quedan muchos.

[1] Guerrillero de los movimientos de liberación nacional en Argelia.

1

Lo despertó el camión de la basura. Andreani emergió de entre la niebla, agotado por una noche pasada dando vueltas. Se sentó al borde de la cama, se levantó despacio, fue hasta la cocina donde reinaba un desorden indescriptible, fiel reflejo de la vida que llevaba en aquellos últimos tiempos, y abrió el bote del café sólo para darse cuenta de que estaba vacío. La cafetera contenía un resto del día anterior, pero renunció a recalentarlo. Se dirigió al cuarto de baño con la esperanza de que el agua ardiente de la ducha lograse desentumecerle el cerebro y trató de recordar qué había bebido la noche anterior; un martillo neumático le taladraba el cráneo. Su imagen se le apareció reflejada en el espejo: el rostro fino, los huesos de la mandíbula bien dibujados, la nariz ligeramente torcida, herencia de un encuentro inopinado con un árbol mientras hacía el idiota con la bici cuando era pequeño, la tez pálida acentuada por una barba de tres días, los ojos verdes coronados por cejas negras marcadas y canas dispersas que iban apareciendo desde hacía unos años. A su favor jugaba que había dejado hacía tiempo de fumar y que se imponía una sesión semanal de natación, y aunque tenía una rodilla escacharrada, la espalda hecha trizas y unos zumbidos en el oído izquierdo que lo traían por la calle de la amargura, mantenía las apariencias. Respecto a sus achaques, los comentarios estúpidos de su colega de la Científica lo habían tranquilizado: «A los cincuenta, si te levantas por la mañana y no te duele nada, es que estás muerto». Esa clase de chistes nunca le hacían gracia, pero tuvo que reconocer que aquel había dado en el blanco.

Se puso las gafas y se pasó la mano por la cabeza. Le pareció que empezaba a perder pelo, ralo en algunas zonas.

—¡Mierda! —dijo en voz alta.

Andreani se rodeó la cintura con una toalla y consultó su móvil. Un pequeño icono indicaba que había recibido un mensaje durante la noche. O era Couturier, su compañero en la Brigada Criminal de Nancy, o era Lisa, su hija. Aparte de esos dos, pocos se aventuraban a llamarlo. De natural reservado, tenía relaciones correctas con sus colegas, pero se cuidaba mucho de mantener una sana distancia entre él y ellos. Un gesto de la mano, al llegar por la mañana, pero nada de ponerse a hablar de sus mujeres, sus críos, su coche nuevo o las letras de la casa que acababan de construirse. Ni una sola vez lo habían visto en una fiesta de despedida o de fin de año. «¡Y una mierda feliz año!», se decía cada vez que le felicitaban las fiestas. No era de extrañar, después de todo, que su mujer hubiera terminado por marcharse con un arquitecto que medía dos cabezas menos que ella, aunque había que reconocer que la llevaba al Club Med[2] y no se olvidaba de su cumpleaños ni de San Valentín.

El derrumbe había sido paulatino. Cuando se presentó una mañana en la Brigada, tarde y todavía con olor a alcohol, Berthaud, su comisario, le dio un último aviso: una falta más y se enfrentaría a la suspensión. Durante un tiempo, había conseguido aparentar y Couturier, su compañero, le había sacado las castañas del fuego más de una vez, pero la pregunta que todos se hacían ya no era si terminaría por cagarla, sino cuándo. No hubo que esperar mucho. El 6 de septiembre, en la calle Saint-Nicolas. Por una vez, la Criminal y los de Estupefacientes habían logrado ponerse de acuerdo. Se enfrentaban a un pez gordo, una rata asquerosa que se dedicaba tanto a la coca como a la meta, y distribuía sin el menor escrúpulo a niños de cualquier edad. Estaba implicado en varios casos, aunque uno de ellos era especialmente sórdido: una niña encontrada muerta en un cubo de basura, con las manos atadas y marcas de latigazos en el cuerpo. Más de veinte policías llevaban meses trabajando en el caso. Andreani había acudido como refuerzo, por si algo se torcía. Y ese algo se torció. Couturier estaba en casa con la gripe y él se encontró con un joven inspector recién salido de la academia, emocionadísimo de estar sobre el terreno por primera vez. Si

Couturier hubiera estado allí, quizá las cosas habrían sucedido de otra forma. En todo caso, nadie, ni siquiera el novato que tenía al lado, recordaba haber oído la más mínima advertencia. De improviso, sacó su pistola reglamentaria, una Sig Sauer 9 milímetros, y, de un solo disparo a más de veinte metros de distancia, le reventó el muslo al camello que huía. Este acabó su carrera entre las mesas recién sacadas del bar de enfrente. En plena calle, a primera hora de la mañana y a dos pasos de la plaza Stanislas. Al día siguiente, *El Este Republicano*, al que todo el mundo llamaba *El Este Repugnante*, sacó el titular «Un vaquero en la ciudad». No había dado explicaciones ni pedido disculpas. Sí, era consciente de lo que había hecho. Sí, sabía que había usado el arma cuando nada lo justificaba. Sí, conocía las consecuencias. Suspensión de empleo y sueldo, a revisar por Asuntos Internos.

Desde entonces, vegetaba en su casa a la espera de saber por dónde saldrían los tiros. En cualquier caso, sabía que del todo no iba a librarse. Nunca se había preguntado qué otro oficio podría ejercer si lo expulsaban. Recordaba que de niño quería ser carpintero. En el taller de su padre, pasaba tardes enteras serrando y lijando trozos de madera que encontraba por ahí para construir un fuerte para sus soldados de plástico o un garaje para sus cochecitos. Le gustaba el olor de la madera y la textura del serrín que se escurría entre sus dedos, pero, sobre todo, aquella sensación de serenidad y plenitud que lo llenaba mientras repetía los mismos gestos sencillos una y otra vez.

Un consejero escolar decidió por él y recomendó a sus padres que lo mandasen al instituto, donde cursó un bachillerato de letras. Años de aburrimiento de los que escapó sumiéndose en la lectura de obras que, en su mayor parte, no estaban en el programa. «Mal carácter y falta de disciplina» para algunos profesores, «intuición y agudeza» para otros, fue el juicio que se emitió al final de la secundaria. Al igual que algunos cogen el metro cada mañana, él emprendió unos estudios universitarios que no lo llevaron a ningún lado hasta que se decidió a tomar las riendas de su vida. No sentía

ninguna inclinación por el ejército, pero igualmente hizo el servicio militar en la Fuerza Aérea, y obtuvo el nivel de aspirante y una licencia de paracaidista. Allí podría haber hecho carrera, pero sintió que no lograría plegarse a la rigidez militar. Al cabo de los doce meses reglamentarios, preparó el examen de acceso a la policía nacional y lo pasó holgadamente. Después de unas semanas en la comisaría a la que fue destinado, supo que por fin había encontrado su camino.

Andreani abrió el buzón de voz y se dio cuenta de que no había visto llegar la fecha. Era el cumpleaños de su hija y le había prometido que la invitaría a cenar. Miró a su alrededor y contempló la amplitud del desastre.

Había restos de *pizza* sobre la mesa, la nevera estaba vacía y los vasos sucios se amontonaban en el fregadero. El cuarto de baño no estaba mejor. La ropa sucia desbordaba del cesto y las toallas estaban tiradas por el suelo. No podía dejar entrar a nadie y a Lisa menos aún. No, saldrían a cenar fuera y punto. Se acercó a la ventana del salón. El suelo antiguo de roble crujió bajo sus pasos. Era un ruido tranquilizador. Por esos detalles había elegido aquel piso en el casco viejo. Las ventanas desconchadas cerraban mal, a las paredes les hacía falta una mano de pintura y los radiadores emitían estertores de anciano reumático cuando los encendía, pero prefería aquello a los apartamentos asépticos de dos dormitorios que crecían como quistes a orillas del canal. Aquellos cubos sin alma le evocaban inevitablemente un universo de campo de concentración con un regusto a Orwell. Miró la acera de enfrente. Los adoquines de la Grande Rue relucían bajo la lluvia y no había un alma por la calle.

[2] Cadena francesa de resorts vacacionales de lujo.

2

¿Qué fue lo que le hizo empezar a perder el control? ¿Cuándo? ¿Y por qué? No había ingresado en la policía nacional para cambiar el mundo, pero al principio había sido un buen poli. Implicado, trabajador y concienzudo, podía presumir de acumular en su haber una buena cantidad de casos resueltos. Conservaba la cabeza fría y, cuando trabajaba en un caso, se esforzaba por concentrarse en los hechos, las fechas, las cifras, y sus informes eran de una precisión quirúrgica. Los expedientes se acumulaban y apenas cerraba uno aparecían diez nuevos, a cada cual más sórdido, pero él no se desanimaba y, sobre todo, cuando volvía a su casa, lograba dejar atrás todo el fango. Sin embargo, poco a poco, el teniente Andreani había empezado a tomar lo que se llamaban «atajos». Aún no se podía hablar de patinazos, pero, cada vez con mayor frecuencia, el poli interpretaba a su manera el reglamento y el código deontológico. En la Brigada se decían que no era nada grave y como, al fin y al cabo, los resultados eran buenos, todo el mundo hacía la vista gorda.

Con el caso Lanfranchi saltó la alarma. Andreani trabajaba en el caso de unos pequeños robos cuando ese expediente aterrizó sobre su escritorio. Jean-Louis Lanfranchi, un amigo de la *jet set* y los famosos, proveedor de putas de lujo y traficante de coca, era un conocido de la casa, como solía decirse. A pesar de todo, al estudiar los documentos que la Unidad Central contra la Trata de Seres Humanos acababa de hacerle llegar, Andreani comprendió que se enfrentaba a un caso fuera de lo normal. Las imágenes que aparecieron en la pantalla de su ordenador quedaron para siempre grabadas en su retina. Había oído hablar de las *snuff movies*, películas en las que se grababa el asesinato de víctimas, a veces,

pero no siempre drogadas, aunque nunca se había enfrentado a ellas. Las chicas que tenía ante los ojos debían de tener catorce o quince años a lo sumo. Tras haber visto las películas que contenía el *pendrive* adjunto al expediente, sacó la botella de coñac que guardaba en el fondo del cajón de su escritorio. Un sobre de papel de estraza contenía fotos tomadas en una discoteca. Reconoció a dos de las chicas asesinadas junto a un tipo alto y musculoso con pinta de chulo. No se distinguía bien su rostro, pero se veía el tatuaje de una serpiente enrollada en su antebrazo, lo que permitió identificarle: se trataba de una de esas estrellas efímeras de un *reality* de cadena de segunda. Cuando Couturier y él lo interrogaron, no tuvieron ni que zarandearlo un poco para que cantase todo lo que sabía: nunca había participado en una de aquellas fiestas y juraba que nunca sospechó lo que allí sucedía. Él sólo reclutaba a chicas y las ponía en contacto con Lanfranchi, pero no sabía lo que pasaba después. Se conformaba con cobrar, quinientos por cabeza, nada más. Se dictó inmediatamente una orden de arresto contra Lanfranchi, pero los múltiples registros no llevaron a nada. El traficante y proxeneta era el eslabón que les permitiría, con un poco de suerte, cazar a quienes se ocultaban tras aquel tráfico inmundo, pero parecía haberse desvanecido. Los polis presionaron a sus confidentes y sacudieron el hormiguero de la mafia local, para dar a entender que nadie iba a estar en paz hasta que encontrasen a Lanfranchi. Los búlgaros que estaban al frente de las redes de prostitución, los marroquís que se ocupaban de distribuir la droga y los corsos que regentaban las discotecas recibieron el mensaje alto y claro. Pero, aun así, Lanfranchi siguió desaparecido.

Hasta que salió a la superficie al cabo de unos días.

Un hombre había ido a mear detrás de un contenedor en la obra de construcción de un aparcamiento. Al levantar la cabeza, vio algo que sobresalía, algo tremendamente parecido a una mano. Se mojó los zapatos y el bajo del pantalón y llamó *ipso facto* a la policía. Cuando se presentaron los municipales de Vandœuvre, el hombre seguía blanco como una sábana. El cuerpo al que iba unida la mano

estaba en un estado lamentable, pero era identificable. Antes de morir, Lanfranchi debía de haber rezado para que le pegasen un tiro en la cabeza. Pero nadie lo había rematado. Lo dejaron agonizar allí, en una postura ridícula, como una marioneta dislocada, con las articulaciones reventadas a golpes de palanca o de bate de béisbol, el forense aún no estaba seguro, a juzgar por cómo se habían ensañado con él. Y para asegurarse de que no pudiese pedir socorro, su verdugo le había hecho tragar una botella entera de desatascador que le había quemado la boca y la garganta, por no hablar de las tripas.

Andreani recibió la noticia sin inmutarse. Nunca se alegraba de la muerte de un criminal, ni aun de la peor especie, pero, a fin de cuentas, una rata menos era un expediente menos, y eso que se ahorraba.

Para él, esa parte del caso estaba cerrada. Lanfranchi era un pececillo sin importancia, teniendo en cuenta los casos en los que se implicaba, pero, a juzgar por el suplicio que le habían infligido, Andreani sospechó de un asunto de chantaje. Probablemente se había vuelto codicioso, convencido de tener a sus clientes agarrados por el cuello. Alguno de ellos le había hecho pasar un mal rato, unas cuantas malas horas incluso, pero nadie lo iba a echar de menos. Los tipos enmascarados de los vídeos no habían podido ser identificados y debían de haber movido cielo y tierra para asegurarse de que nadie pudiera dar con ellos. ¿Quiénes serían? ¿Políticos? ¿Millonarios en busca de sensaciones extremas? ¿Y por qué no médicos, profesores o hasta policías? En cualquier caso, el mensaje estaba claro y el asunto quedó enterrado.

El caso seguía abierto, pero nadie se ocupaba de buscar nuevas pruebas. Nadie quería pringarse, máxime cuando sabían que estaba ya en punto muerto. Un esbirro había pagado por los auténticos culpables y habría que conformarse con eso. El comisario Berthaud no era de los que se rinden, pero después de varias semanas sin que la investigación avanzase ni un palmo, aparcó el caso a la espera improbable de elementos nuevos y asignó otras prioridades a su

equipo. En cuanto a Andreani, no lograba liberarse de las escenas que había visto. No era la primera vez que se enfrentaba a la violencia, pero en aquella ocasión el dique se había roto. No había podido evitar imaginarse a su hija entre aquellas chicas.

Al hilo de las conversaciones frente a la máquina de café o en el patio trasero donde los inspectores echaban un pitillo, surgieron ciertos rumores. Las preguntas dieron paso a las dudas y las dudas a las insinuaciones. ¿Habría querido Andreani «simplificar el proceso», como se comentaba? ¿No habría querido, una vez más, coger un atajo? No había eliminado al camello por sí mismo, estaba claro, pero había podido filtrar información u olvidarse de informar a sus superiores. ¿Habría intentado acelerar la marcha de la justicia? Era absurdo, pero ¿qué podía hacer él contra la estupidez humana?

No podía quitarse de encima las habladurías y era consciente de que nadie se privaba de ir con el cuento a los inspectores jóvenes que iban llegando al servicio. Lo sentía inmediatamente por la manera en que estos se dirigían a él, por sus miradas llenas de temor y respeto, pero también de aversión. Era inútil explicar, tratar de justificarse, no habría servido de nada. Leyendas así son demasiado buenas para no ser verdad. Una especie de aura negra con relentes de azufre flotaba sobre él. Andreani, el poli que había cruzado el Rubicón.

Después de aquel caso, se fue encerrando en sí mismo. Se aislaba cada vez más, ya no hablaba prácticamente con nadie y ese silencio seguía alimentando el rumor. Pero le daba lo mismo. Algo se había roto en él y sentía que bajo sus pies el suelo empezaba a agrietarse, a abrirse ante un abismo que parecía no tener fondo. Acababa de tomar conciencia del vacío sobre el que caminaba, como un funambulista suicida. Por primera vez en su carrera, había mirado al Mal a los ojos.

Comenzó entonces a darle a la botella, una de vino cada noche, seguida por unas cuantas piscinas olímpicas de coñac. Era el único medio que había encontrado para borrar los cadáveres que veía desfilar por el día y que lo atormentaban por la noche.

Andreani contempló su reflejo en el cristal. Las ojeras le comían la mitad de la cara. Eres la viva estampa del fracaso, masculló al desecho humano que tenía enfrente. No podía presentarse con esa pinta aquella noche. No sería justo. Si alguna razón quedaba para no hundirse de forma definitiva, era su hija Lisa; tenía que cumplir un mínimo. Se afeitó, se puso la primera ropa que encontró y salió dando un portazo sin querer.

Recuerdo de una época pasada, la campanilla sobre la puerta sonó alegre cuando entró en el bar.

—Señor comisario, le deseo muy buenos días.

Hacía tiempo que Andreani había renunciado a explicarle la jerarquía de la casa al dueño de El Gran Serio, el bar de la esquina de la calle Raugraff al que iba cada mañana. El café solo apareció en la barra antes incluso de que llegase a poner los codos encima.

—Muy cargado y sin azúcar, como de costumbre. Ahora viene la aspirina.

El Gran Serio tenía una de las cocinas más recomendables de la ciudad, con una carta que iba a lo esencial, sin refinamientos superfluos y al margen de cualquier moda, pero el teniente no solía comer allí. Prefería la calma de la mañana, tras la primera ola de oficinistas que tomaban un solo o uno con leche a toda prisa antes de ir a trabajar. El local, a imagen de su dueño, parecía estar fuera del tiempo, fusionados el hombre y el local en una sola entidad. El barniz de las sillas de madera se desconchaba, el mármol de los veladores había perdido el brillo, el cuero verde inglés que tapizaba los bancos pegados a la pared estaba cuarteado y raído hasta la trama. Pierre Timonier, el «Gran Serio», reinaba tras la barra como un capitán al timón de su navío. Debía su apodo a las lecturas en voz alta de clásicos de la literatura que asestaba sin previo aviso a sus clientes. Su cráneo perfectamente lustrado, las gafas redondas con montura de metal plateado sobre la punta de la nariz y un delantal de blancura inmaculada sobre una camisa abotonada hasta el cuello le conferían la clase y el refinamiento de un mayordomo al servicio de Su Majestad la reina de Inglaterra. Su flema, su

pragmatismo y su cultura general sorprendían invariablemente a quienes se aventuraban por primera vez a entrar en su local y encontraban a un filósofo que tanto citaba a Cioran como a santo Tomás de Aquino. Era una de las poquísimas personas con las que Andreani todavía conversaba. Timonier jamás se habría rebajado a comentar el tiempo o los sucesos, como tampoco habría hecho la menor pregunta indiscreta a sus clientes, pero no por ello era menos observador.

—Hay una buena tintorería al final de la calle, barata, servicio impecable, a la antigua —dijo Pierre Timonier sin ironía.

El policía se miró la camisa. Tenía razón el Gran Serio, parecía un trapo de cocina. Habría mandado a la mierda a cualquier otra persona que le hubiera hecho ese comentario, pero conocía a Timonier lo suficiente como para saber que no se estaba burlando de él.

—Si conociese también a una buena asistenta… —dijo con un suspiro.

—Un momento, por favor —dijo Timonier mientras desaparecía en el cuarto trasero que servía de cocina, antes de regresar con una tarjeta y una bolsa de papel que tendió a Andreani.

—Esto es el número de la asistenta y esto unos boletus. Los he cogido esta misma mañana en el bosque de Saulxures. Son maravillosos, ya lo verá. Con nata y perejil, y no olvide las chalotas. Una pizca de pimienta, como mucho, pero no vaya a echarlas a perder poniendo ajo, que no son rebozuelos.

Sorprendido, Andreani no supo qué responder.

—*Ars longa, vita brevis* —declamó Timonier—. El arte es largo, pero la vida es breve. Cinco o seis minutos a fuego fuerte y ya verá, una maravilla. Hala, ya me contará, comisario.

Andreani dejó el dinero del café en el mostrador, dio las gracias al dueño del bar, que se limitó a menear la cabeza, se levantó y se dirigió a la puerta. En la calle, contempló la bolsa de papel que llevaba en la mano. No era Bocuse,[3] desde luego, pero no acababa de animarse a llevar a Lisa a cenar fuera. Era su cumpleaños y no

podían celebrarlo rodeados por desconocidos que los mirarían a lo mejor con la idea de que se tiraba a una cría, en un lugar anónimo con el hilo musical demasiado alto y camareros peinados como futbolistas que les preguntarían cada dos minutos si todo iba bien. No, no era buena idea. Reflexionó un momento, dio media vuelta para ir a la panadería, compró una tarta de pera, volvió a su casa, metió las setas en la nevera, abrió las ventanas, se deshizo de la *pizza*, lavó los platos y bajó la basura mientras pensaba que debería pasar también la aspiradora. Después de llevar al tinte la ropa sucia, buscó el móvil y por fin respondió al mensaje de Lisa.

[3] Paul Bocuse (1926-2018) fue un reputadísimo chef francés.

3

El teléfono llevaba un buen rato vibrando a su lado, pero Andreani, absorto en la escucha de Monk, no quería interrumpir aquel breve instante de felicidad. Debía de haber escuchado aquel disco un millón de veces, hasta el punto de perforar los microsurcos. Conocía cada nota, cada movimiento. No había podido acostumbrarse a la frialdad de los CD, a esa absurda búsqueda de perfección sonora que no había producido más que una música neutra y sin alma. *Straight no chaser.* Un trago de alcohol puro, sin mezclar, sin nada para calmar el fuego que te devora la garganta. En la forma de tocar tanto como en la composición, Monk iba a lo esencial. Era una de las razones por las que el teniente apreciaba a aquel pianista de *jazz*, al que lamentaba no haber escuchado nunca en directo. La ironía del título le hizo gracia, pero se había prometido no echar a perder el cumpleaños de su hija. Esa noche tomaría una copa de champán y ni una gota más. El teléfono seguía vibrando. Suspiró y acabó por responder.

—¿Qué? —vociferó.

—Soy yo, Couturier. Menudo humor tenemos…

—¿Qué quieres? —preguntó Andreani obviando el comentario de su colega.

—¿No lees tus correos? Te ha convocado el jefe para dentro de una hora…

—No tengo nada que decirle…

—A él, no —interrumpió Couturier—. Pero al psicólogo…

—¿Al psicólogo? ¿Estás de broma?

—Era de esperar, ¿no? Espabila y ven para acá —dijo Couturier antes de colgar.

Andreani se lo esperaba, pero trataba de convencerse de que aún

podía librarse. Con todo, sabía que sacar el arma y disparar a un sospechoso en plena calle sin un buen motivo no era algo que Asuntos Internos fuera a pasar por alto. Un psicólogo…, ya Sylvie le había perseguido con el tema. «Deberías buscar ayuda», le decía cada cinco minutos, como si estuviera enfermo. Pero él no era el problema, se decía, no era él quien necesitaba ayuda, sino ese mundo enfermo, absurdo, en el que tarados y pervertidos despedazaban a jovencitas con una sierra mecánica mientras otros se masturbaban contemplando la escena. ¿Cómo iba a entender eso un psicólogo?

De pronto tuvo náuseas. Las tripas se le contrajeron, algo amargo le subió por la garganta y tuvo una imperiosa necesidad de liberarse de toda la porquería acumulada con los años. Sintió el deseo de beber coñac. Buscó con la mirada en el mueble donde guardaba las botellas. No, pensó, ahora no. Tenía que controlarse. Si llegaba borracho a la Brigada, era *game over* automáticamente, pero sobre todo tenía el cumpleaños de Lisa aquella noche. Se puso el abrigo y se fue dando un portazo, sin molestarse en cerrar con llave. El aire fresco lo espabiló. A paso ligero, se dirigió hacia el bulevar Lobau, sede de la Brigada Criminal.

Cuando llegó, encontró a Couturier fumando un cigarrillo en la puerta.

—¿Has visto qué hora es? —le dijo—. No haces el menor esfuerzo por arreglar las cosas.

—¡No me jodas, Couturier!

—Sí, yo también te quiero… Pero bueno, el jefe te está esperando. Ya sabes dónde.

Andreani subió en ascensor al cuarto piso, pasó por delante de los despachos acristalados sin saludar a nadie y se plantó ante la puerta del despacho del comisario principal Berthaud. Inspiró profundamente y llamó a la puerta.

—¡Adelante!

—Señor comisario…

—Vamos al grano, Andreani —lo interrumpió el comisario—. Me

tiene harto. Asuntos Internos reclama un peritaje psicológico como consecuencia de sus… hazañas. La doctora… La doctora…

Berthaud interrogó con la mirada a la mujer que se encontraba apartada en un rincón del despacho. Andreani no la había visto.

—Rossini, doctora Francesca Rossini.

—Eso, la doctora Rossini va a tener que hacerle una serie de entrevistas. Arréglelo con ella, yo no quiero oír nada más al respecto, Andreani. La doctora Rossini está al mando, ¿le queda bien claro? Al menor problema, lo prejubilo. Doctora, si me disculpa…

No podía culpar a Berthaud. El comisario principal era un poco rudo, pero siempre ponía los intereses de la Brigada por delante. Un tipo legal. Cuando recibía una llamada del director de los servicios judiciales, o incluso del prefecto, apechugaba. Nunca se le había oído echar la culpa a uno de sus subalternos. Las meteduras de pata sobre el terreno, los expedientes perdidos, los procedimientos chapuceros, él cargaba con todo. Era el fusible, así entendía su función, lo que le había granjeado el respeto unánime de la Brigada. Pero también le había valido ser marginado por sus superiores, que acabaron por mandar a aquel incorruptible al exilio de una brigada criminal de provincias. Sabía imponerse sin abusar nunca de su autoridad, pero no toleraba que se la jugasen y, como Andreani últimamente era cada vez más propenso a hacer lo que le venía en gana, no era de extrañar que Berthaud lo metiese en cintura como acababa de hacer.

La psicóloga le tendió la mano.

—Teniente Andreani, espero que nuestro trabajo le resulte útil —dijo en un tono que inmediatamente lo incomodó.

Empezaba bien la cosa.

—Oiga… —Hizo una pausa—. Si no le importa… Si pudiéramos esperar a mañana…

—Sin problema, teniente. Me han dado su expediente y, a juzgar por la extensión, me va a llevar todo el día leerlo. Mañana, si le parece. ¿En la sala seis, a las dos?

Andreani asintió con un gesto y se fue tras obligarse a estrechar la

mano que le tendía. Quería salir de aquel sitio lo más rápido posible, pero sabía que tenía aún una cosa por hacer. En el primer piso, se detuvo ante la puerta acristalada del despacho de Couturier, que estaba sentado frente al ordenador. Entró sin llamar.

—Perdona, Couturier, estoy…

—¿Sabes qué te digo? Que eres gilipollas. Y te digo otra cosa, por si no te has dado cuenta: tienes suerte de currar conmigo. ¿Y sabes por qué? Porque yo soy todavía más gilipollas que tú. No sé cómo te soporto. Ni te pregunto qué tal ha ido. Para lo demás, si te hace falta me llamas. Venga, largo.

Andreani examinó detenidamente a su colega. Camisa de un color rojo que debía haber hecho juego con su pelo, pero que había virado al rosa a fuerza de lavados, pantalón de pana marrón desgastado en los muslos que se le había quedado pequeño, zapatillas Nike destrozadas, flequillo despeinado, metro setenta justito, en el límite mínimo para entrar en el cuerpo, y unos veinte kilos de más; la encarnación del *playboy* en su más pura esencia. Se conocían desde hacía más de ocho años. Couturier era soltero y no parecía tener más pasión que su trabajo. Había nacido poli, no había más explicación posible. Era un corredor de fondo, de insaciable curiosidad, que no soltaba jamás una presa y comprobaba meticulosamente cada línea de cada informe para asegurarse de que ningún desgraciado se librase por un vicio formal. Un puro y duro que debía de acostarse con el Código Civil. Pero ¿cuántas veces había hecho malabarismos para que pareciesen aceptables las infracciones al reglamento que Andreani se permitía para llegar a sus fines? ¿Cuántas veces había cubierto a su colega, cuántas veces le había sacado las castañas del fuego? Couturier era el fruto del improbable amor entre un san bernardo y la Madre Teresa. Y, como de costumbre, tenía razón: el teniente Philippe Andreani era gilipollas.

—Couturier…

—¿Sigues ahí?

—Gracias.

4

Andreani consultó el reloj. Las cinco menos cuarto. Le quedaba una hora larga para ir a la Fnac. ¿Qué necesidad tenían los chavales de esos malditos teléfonos inteligentes que lo hacían todo menos el café? Esos chismes costaban más caros que su tocadiscos, pero, en cuanto a la música, era como comparar a Bach con *Operación Triunfo*. Los jóvenes se cebaban con un refrito adulterado, engullido con unos auriculares que les dañaban los tímpanos y que los dejarían sordos antes de encontrar su primer trabajo. Los cascos que le regaló a Lisa el año pasado se habían quedado en la caja. «Parezco una idiota con eso en la cabeza», se justificó antes de meterse unos minisupositorios Bluetooth en los oídos. Quinientos euros a la basura. Se abrieron las puertas de cristal y se puso a buscar el chisme que le había pedido su hija.

Mientras contemplaba la sección de telefonía con aire dubitativo, se le acercó un vendedor, un larguirucho con la cara cuajada de granos y *piercings* que empezó a alabar las cualidades de un aparato en oferta, pero que, tras una mirada suya, se esfumó al instante. Andreani cogió una caja, se aseguró de que fuera el color correcto y se dirigió a pagar.

—Es genial, ¿verdad?

—¿El qué?

—Este teléfono.

—¿Genial?

—Sí, tiene…

—¿Genial? Este cacharro cuesta tres cuartas partes de su sueldo, lo han fabricado en la otra punta del mundo unos críos que ganan diez dólares al mes, los adolescentes se pasan el día embobados con él soñando con la siguiente versión y todo para mandarse mensajes

insulsos y jugar con sus amigos virtuales, ¿y a usted le parece genial? ¡Es que es increíble! Tiene razón el Gran Serio, la masa quiere ser esclavizada.

Se iba a marchar cuando el guardia de seguridad se percató de la agitación que reinaba en la caja.

—¿Va todo bien? —preguntó a la cajera.

—Sí, va todo bien —replicó Andreani sin darse la vuelta—, vuelve a tu garita.

Llevaba un cuarto de hora esperando frente a la residencia de ancianos, quejándose en su interior de la molesta costumbre de su hija de no ser nunca puntual. Se quedó allí congelado unos minutos más hasta que decidió que ya estaba bien y entró en el edificio.

—¿Puedo ayudarle, caballero? —lo acogió una voz melosa que le crispó los nervios sin que supiera por qué.

—Busco a una persona que trabaja aquí, Lisa Andreani.

—Ah, Lisa… ¿Es usted su papá?

No pudo contenerse.

—No, soy su novio, si le parece.

Mierda, deja de hacer el imbécil, se refrenó. Ya la has liado bastante por hoy.

—Sí, soy su padre —rectificó con gesto avergonzado—. Discúlpeme, estoy un poco…

La recepcionista, con el rostro enrojecido y los labios apretados, no respondió. Se ajustó las gafas, se levantó y desapareció por el pasillo.

Después de un breve instante, apareció Lisa. Andreani se fijó en primer lugar en un nuevo *piercing* en la oreja izquierda; pero, al prestar atención al rostro de su hija, supo que algo iba mal.

—Hola, cielo.

—Hola, papá.

—¿Cómo estás?

—Bueno…

—¿Es por tu compañera? —dijo mordiéndose el labio.

—¿Mi compañera? Qué va, paso de ella, es tonta y además

siempre está de mal humor.

—¿Te habías olvidado de mí?

—No, es que ha habido un problema en la doce.

—A ver si lo adivino: ¿un pañal desbordado?

—Para, papá. Se ha muerto un anciano.

—¿Un muerto? ¿Tan mala es la comida?

—¡No tiene gracia! Se ha caído y se ha golpeado la cabeza con la mesita de noche. Había un charco de sangre enorme en el suelo. Ha venido la ambulancia, pero el médico de guardia ha dicho que era demasiado tarde, que ya no servía de nada.

—Ah, bueno, pues si está muerto, claro que no sirve. Un genio, el médico…

—Para ti es fácil, tú ves muchos, pero para mí es la primera vez y, la verdad, preferiría habérmelo ahorrado.

—Ahí te equivocas, cielo, a eso nunca te acostumbras. Pero bueno, por otra parte, igual mejor así que acabar como un vegetal preguntándote cada mañana cómo te llamas.

—¿Quieres dejarlo ya, papá? Venga, vámonos, ya he tenido suficiente. Hoy se muere uno, ayer otro la monta con el peluquero… No puedo más. ¿A dónde me llevas? —preguntó Lisa mientras se ponía el abrigo.

Andreani quería dosificar el efecto. No dijo nada hasta que llegaron al *parking*.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella de nuevo.

—A mi casa.

—¿A tu casa? —se sorprendió Lisa—. Pensaba que íbamos a cenar fuera.

—Esta noche cocino yo —precisó Andreani y cerró de golpe la puerta del coche.

Lisa le dirigió una mirada en la que su padre podría haber leído sorpresa y escepticismo, pero, fingiendo concentrarse en la conducción, se cuidó de no volver la cabeza. Lisa se encogió de hombros, se abrochó el cinturón y encendió la calefacción.

—Puaj, qué mal huele —se quejó con una mueca de asco.

No se dio por aludido. Su coche era un Volvo de 1981, color Swedish Brown según el folleto publicitario de la época que conservaba en la guantera. Era el coche de su madre, heredado tras su muerte. Doscientos veinte mil kilómetros, un poquito de óxido aquí y allá, pero marchaba como un reloj.

—Bueno, por lo menos hay un McDonald's cerca de tu casa, por si acaso… —dijo Lisa sin que él supiera si estaba hablando en serio.

Aparcó tras el imponente portón gótico de la Craffe y subieron unos cien metros por la Grande Rue. Cuando llegaron al 41, se metieron en el edificio.

Philippe Andreani no solía cocinar y, si acaso, sólo platos sencillos. Pero siguiendo las instrucciones del Gran Serio, había fundido mantequilla en la sartén, pochado las chalotas y añadido las setas laminadas. Un poco de nata y perejil y las había servido aún humeantes. Un olor a bosque y tierra mojada llenaba la estancia.

—No está nada mal…

Andreani recibió el halago con un orgullo mal disimulado.

Al final de la comida, desapareció un instante en la cocina para regresar con una tarta de pera con dos velas encendidas y, colgada de la muñeca, una bolsita blanca que hizo que el rostro de la joven se iluminara.

—Feliz cumpleaños, cielo —dijo tendiéndole el paquete.

Lisa desgarró febrilmente el papel de colores y luego el celofán del embalaje.

—¡Ostrás, cómo mola! —exultó al descubrir su regalo.

Aunque su propio registro tampoco es que fuera muy refinado, al teniente le costaba acostumbrarse a aquel lenguaje, pero no quería arruinar la velada. Llenó dos copas de champán y le tendió una a Lisa.

Parecía contenta, pero desde el principio de la cena Andreani se daba cuenta de que algo no iba bien.

—Es duro, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo de ese anciano.

—Sí, la verdad —reconoció ella con una franqueza que lo sorprendió—. Da mucha cosa. Hablaba poco, menos cuando tenía una crisis. Buenos días, buenas noches, sí, no, poco más. Y su cuarto…

—¿Su cuarto?

—Pues… Estaba vacío. Una medalla en un marco en la pared; aparte de eso, nada, ni fotos, ni libros, ni objetos personales, nada.

—¿Recibía visitas?

—Dos o tres vejetes pasaban a verlo de vez en cuando. Pero tenía alzhéimer. A veces, por la mañana, ni sabía quién era ni dónde estaba. Pobre hombre.

—Vaya… Es terrible hacerse mayor.

—Sí, desde luego. En su caso, era tan triste que… Bueno, eso, que era triste, digo —rectificó.

A las diez, Lisa quiso marcharse con la excusa de que estaba agotada. Después de todo, se dijo Andreani, seguramente fuera verdad. Aquel servicio cívico en una residencia de ancianos era su primera experiencia laboral. Madrugar, ir al trabajo, lidiar seis horas al día con colegas veinte o treinta años mayores que ella que nunca tenían tiempo que dedicarle, los ancianos incontinentes o que morían de improviso como aquel mismo día. Todo aquello era nuevo para ella, y estaba descubriendo que la vida no se resumía en los parciales, las fiestas de estudiantes o los festivales de tecno en verano. Aunque protestó, Andreani se empeñó en acompañarla a casa. Alquilaba un pequeño estudio cerca de la Facultad de Humanidades del tamaño de un pañuelo a diez minutos andando de casa de su padre, pero allí era independiente. No hablaron mucho por el camino, pero al policía le gustaba caminar con ella, estar sencillamente a su lado. Era el único vínculo familiar que había logrado mantener y se cuidaba de no dañarlo.

Cuando se separaron, Andreani decidió no volver directamente a casa. No recordaba quién había escrito *Qué hermosa es la ciudad de noche*,[4] pero él no lograba encontrar poesía alguna en esas calles vacías, alumbradas por pálidas farolas, con aceras salpicadas de

chicles aplastados, colillas y cacas de perro, que apestaban a pis y a podredumbre. Tal vez fuera porque sabía lo que pasaba detrás del decorado, por más que fuese tan impresionante como el portón de la Craffe. En un recoveco, un indigente cubierto con cartones trataba de protegerse del frío; en la acera de enfrente, dos chavales borrachos se burlaban de otro que vomitaba contra el escaparate de una tienda. Una ambulancia cruzó a toda velocidad y los fulgores azulados del girofaro estriaron las fachadas grises de los edificios. Los insomnes se atontarían frente a algún patético programa de televisión, pero en algún lado una pareja se pelearía, la mujer cogería un cuchillo o el hombre la golpearía con tanta violencia que se rompería el cuello al caer. Se enteraría por el periódico local a la mañana siguiente. De la pelea en la salida de una discoteca donde dos grupos, con la tasa de alcoholemia por las nubes y testosterona chorreante, se enfrentasen con cascos de botellas; de los líos con algún camello; de un miserable atraco que sale mal o de un cadáver anónimo flotando en el canal, se enteraría antes. No había nada que pudiera hacer. Siempre llegaba tarde y debía conformarse con constatar el desastre. A lo lejos sonó la alarma de algún coche. No, no era hermosa la ciudad de noche.

[4] *C'est beau une ville la nuit* es el título de un libro escrito por el actor y director Richard Bohringer, así como de una película basada en el libro y realizada por el autor, y de un programa de televisión que él mismo presentaba.

5

A la mañana siguiente se afeitó, fue a El Gran Serio a tomar un café y a darle las gracias a Timonier y se acercó a la tintorería a recoger las camisas y los pantalones que había llevado el día anterior. Se sintió algo reconfortado al ponerse la ropa limpia y planchada con olor a almidón. Servicio a la antigua, le había dicho el Gran Serio. En ayunas y hecho un pincel, Andreani estaba dispuesto a enfrentarse a la sesión con Francesca Rossini. Se puso el abrigo y se dirigió hacia el bulevar Lobau. El trayecto a pie llevaba apenas un cuarto de hora, pero se las arregló para llegar tarde.

Lo esperaba en la sala de reuniones. Sobre la mesa, Andreani se fijó en el dosier que llevaba su nombre y, apilados junto a su bolso de mano, los de varios casos de los que se había ocupado recientemente, el de Lanfranchi en lo alto del montón.

—Buenos días, teniente. Le agradecería que fuera puntual en la próxima cita, tengo una agenda muy cargada. Debo informarlo de que hoy llevaremos a cabo una entrevista preliminar que me servirá de base para nuestros futuros encuentros.

—Es la obertura, ¿no? Me encantan las obras de Rossini —ironizó Andreani.

—Muy gracioso. Me han dicho eso millones de veces, así que si no quiere que pasemos directamente al último acto de *Don Giovanni*, hágame el favor de ahorrarse las bromas, sentarse y cooperar.

Se sentó frente a ella y pensó en los torneos medievales.

—Tiene toda la información delante. ¿Qué más quiere? ¿Mis recuerdos de infancia, mi primer amor, mi primer porro? —espetó en tono provocador, consciente de que estaba jugando con fuego.

—Guárdese el sarcasmo para otra ocasión, teniente Andreani. Hago mi trabajo, eso es todo. Cuanto más haga el tonto, más

tardaremos. El problema es que sólo me han concedido cinco horas, ni una más, facturadas a tarifa mínima, para que determine si puede usted seguir ejerciendo sus funciones. Si quiere acabar en los archivos, dígamelo ya y no perdamos más tiempo.

Andreani se resignó y se dispuso a responder a sus preguntas.

—Está bien. Adelante —dijo.

—Bien. Cinco horas no es mucho. He detectado en su dosier varios puntos, de carácter privado o profesional, de los que querría hablar con usted.

—Dígame. Cuanto antes terminemos…

—Me temo, teniente, que no es tan sencillo. Sus respuestas sin duda suscitarán más preguntas, pero le recuerdo que tenemos poco tiempo. No tengo una bola de cristal, no puedo saber si me dice la verdad o no. Tengo que fiarme de mis impresiones.

Andreani frunció el ceño. Su irritación se transformó en cólera. ¿Sus «impresiones»? Pero ¿qué se había creído aquella mujer?

—Oiga, eh…

—Doctora.

—Sí, doctora, todo lo que sale en las películas, lo que se escribe en las novelas policíacas, la intuición de los polis, el olfato, las «impresiones», esas cosas, ¿sabe?, la parte de suerte, la revelación divina, los giros inesperados, todo eso son tonterías. ¿Sabe lo que permite resolver un caso la mayoría de las veces? Los testigos, los indicios, el error de un sospechoso. Cosas tangibles, concretas. Los hechos, vaya.

—Pues bien, precisamente, ya que lo menciona, hablemos de los hechos. Los hechos del 6 de septiembre, por ejemplo.

Aunque ya se esperase la pregunta, le llegó como un puñetazo en la cara. Había caído en su propia trampa y eso no le gustaba, pero seguir por el mismo camino no le iba a llevar lejos.

—¿Qué quiere saber? —preguntó arisco.

—Lo que pasó. Lo que pasó de verdad.

—Ya lo escribí todo en mi informe.

La doctora Rossini dejó el bolígrafo, se levantó, abrió su maletín,

sacó una hoja y la deslizó sobre la mesa.

—Este es nuestro informe de entrevista de hoy. Si quiere firmarlo, creo que hemos terminado.

Delgada, unos cuarenta, elegante. Pelo negro muy corto, grandes ojos castaños. Sin joyas, sin maquillaje, un sobrio traje de chaqueta que resaltaba discretamente un culo capaz de provocar incendios. Un detalle curioso le llamó la atención. No se teñía el pelo, unos hilos plateados daban fe.

—Está bien. Vale. Siéntese —dijo él, incómodo—. Lo del 6 de septiembre. Quiere saber por qué disparé, ¿no?

—Puede imaginarse mi reacción al leer su informe, teniente. No son más que palabras vacías, no dice usted nada en realidad.

—¿Nuestras entrevistas son confidenciales?

—Por supuesto, inspector.

—Quiero decir, ¿quién va a leer su informe? ¿Berthaud?

—Sí, claro, pero el informe sólo incluye mis conclusiones, nada más.

—Muy bien —asintió Andreani—. Entonces, la cosa es que…

—¿Cómo sucedió de verdad?

6

Andreani se pasó la mano por el pelo y se frotó el cuero cabelludo mirando al vacío. Comenzó su relato con voz vacilante.

—Lo del 6 de septiembre tenía que haber sido una operación como cualquier otra. Puede que hubiera un poco más de presión que de costumbre, porque los de Estupefacientes habían aceptado que los acompañásemos nosotros, los de la Criminal, como refuerzo, por si surgía algún problema. Aunque era nuestra jurisdicción, el caso lo habían traído ellos, así que el jefe nos lo dejó muy claro: cada cual en su lugar, nada de barrer para casa y arriesgar el caso. Yo estaba con el novato en la esquina de la calle Tiercelins para cortarle el paso al camello, por si decidía escapar por allí. Al otro extremo de la calle, Moret y Peyrot tenían que encargarse de impedir que huyera. Moret es un imbécil profesional, pero Peyrot se lleva la palma. Sobre las seis y cuarto, salió un tipo del edificio.

—¿El sospechoso?

—El camello, sí. Da unos pasos hacia la calle Charles III. Yo eché un vistazo por el retrovisor: Moret se paseaba con un café humeante y un *croissant* en la mano, el muy inútil.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Se lo deletreo? Moret concentrado en desayunar y Peyrot solo en el coche. Y no estoy seguro de que ese imbécil no estuviera viendo una revista porno o echando una cabezadita. El camello debió de olerse algo, porque la calle estaba vacía, ni un coche, nada. Arrestar a alguien in fraganti es como ir de pesca. Lleva horas hacer que pique el pez, pero hay que sacarlo del agua en el instante o se escapa. El tipo se dio cuenta y echó a correr.

—¿Y entonces salió usted?

Convencidos de que Moret y Peyrot le iban a echar la red, los de

Estupefacientes no se movieron. Andreani supo que lo perderían. El joven inspector se quedó en el coche, preguntándose qué pasaba. Antes de que pudiera abrir la boca, Andreani ya estaba fuera. Echó a correr tras él, pero un dolor fulgurante le atravesó la rodilla y lo clavó al suelo. Entonces desenfundó, apuntó, disparó. Era eso o dejar que el sospechoso se esfumara.

—Bueno, ya lo sabe todo, doctora. ¿Contenta?

—No tengo por qué estar contenta, teniente. Soy neutral.

—Claro, cómo no, es usted neutral, todo el mundo es neutral, y pasa lo que pasa…

—¿Que el sospechoso se escapa?

—¡Sí, que el sospechoso se escapa! —respondió Andreani alzando la voz.

—Entonces, usted dispara sin necesidad. Así de sencillo. ¿No es una reacción desproporcionada? ¿Disparar por la espalda a un camello porque huye? ¿No había otra solución?

—¿Desproporcionada? ¡Ese tipo es una escoria humana! Ya no hablo de lo que le cuesta a la sociedad, hablo de lo que le hace. ¿Tiene usted hijos? ¿Ha visto alguna vez lo que les hace la meta a los críos? En determinadas situaciones hay que actuar. Es demasiado tarde para pararse a pensarlo.

—¿No tiene la sensación de haber infringido las reglas, teniente?

—¿Qué sabe usted de las reglas de mi mundo, doctora? No estamos en su mundillo, haciendo perfiles psicológicos a base de cuestionarios. No tenemos manuales que nos indiquen cómo reaccionar en cada situación. No tenemos tiempo de compartir nuestras «impresiones». Vivimos situaciones de urgencia y debemos arreglárnoslas con lo que haya para que la bomba no nos explote en la cara.

—¿La bomba? ¿Puede ser más preciso, teniente?

—No estoy seguro de que quiera usted eso, doctora.

—Lo escucho.

Para entenderlo, le habría bastado a la psicóloga leer el periódico local. Después de los titulares de primera plana y la política, habría

encontrado en la sección de sucesos el día a día del inspector. Un ahogado en el canal de la Meurthe, un jubilado muerto de una paliza por setenta euros, una jovencita hallada muerta detrás de los bloques del Haut-du-Lièvre, con una jeringuilla clavada en el brazo. Eso es lo que habría leído en el periódico, y seguramente ya lo habría olvidado al llegar a la sección de cultura. Pero Andreani no podía pasar la página. Estaba obligado a chapotear en ese lodazal y a hacer que las calles no apestasen demasiado cuando los ciudadanos honrados salieran de su casa a la mañana siguiente.

—Si no lo he entendido mal, fueron sus colegas quienes hicieron fracasar la operación, ¿no es así?

Andreani guardó silencio.

—¿Por qué no lo indicó en su informe?

No respondió.

—Todo el mundo lo sabe, ¿verdad? Su patinazo…

—No patiné. ¡Reaccioné!

—Está bien… Su… gesto le viene bien a todo el mundo. Usted se hace responsable y al mismo tiempo se sabotea. Se arriesga a ser expulsado, teniente, doy por hecho que es usted consciente de ello. Quiere que se aplique la ley, pero al mismo tiempo, en nombre de algo que yo interpreto como lealtad, se pone a sí mismo fuera de juego. Me cuesta entender su lógica.

—¿Fuera de juego? ¿Cree que esto se trata de un juego, doctora?

—¿Cree que sigue usted teniendo el control de la situación, teniente?

—Tuve que tomar una decisión en el momento, puede que no fuera la mejor posible; en su opinión, ¿qué tendría que haber hecho? ¿Cuál hubiese sido la decisión correcta?

—Le repito mi pregunta, teniente: ¿cree que sigue usted teniendo el control de la situación?

Duró el silencio. Después el policía miró a la psicóloga a los ojos.

—Y usted, doctora, ¿de verdad piensa que actualmente alguien siga teniendo el control de algo?

La doctora Rossini puso fin a la entrevista sin hacer comentarios. Le

dio una nueva cita para el día siguiente. Cuando volvió a casa, Andreani se entregó a su ritual favorito: subir el volumen de su amplificador, encender el tocadiscos que, pese a su concepción antediluviana, no tenía comparación en el mercado, poner el vinilo, Bach, interpretado por Karl Richter, un 33 revoluciones que le había costado un riñón, y relajarse en su sillón Eames, único vestigio del mobiliario que había comprado con Sylvie. Cerrar los ojos y dejarse llevar por la música que salía de los altavoces *vintage* que eran su mayor orgullo. Le había llevado años reunir aquel equipo, pero mientras estuvo con Sylvie no había podido disfrutarlo a fondo. La música clásica, aún, pero el *jazz* ella no lo soportaba. Con frecuencia, se servía también un coñac y eso convertía el momento en felicidad pura, el gozo egoísta. Pero aquella noche algo fallaba.

¿Sería capaz de aguantar otras cuatro sesiones con aquella mujer? Siempre había tenido en mente el cliché del psicólogo con cuello vuelto, traje de *tweed* y gafas de carey, pero se encontraba frente a una mujer que no soltaba prenda y sobre la que sentía que no tenía la menor influencia. Debía admitir que era muy sexi. No, sexi no, se corrigió, atractiva. Emanaba de ella una especie de seguridad, de serenidad, que lo había derrotado en el primer asalto. Ni siquiera trataba de disimular las canas, y eso le gustaba. La señal de alerta pasó de pronto al ámbar. Hacía tiempo que su vida sentimental era inexistente y, si no se ponía en guardia, aquella psicóloga era capaz de hundirlo. No podía permitirse hacer el tonto con ella.

Abrió el armario de la cocina, vacío, como la nevera. Ni sobras del día anterior, ya que Lisa había repetido. No tenía la menor gana de salir a hacer la compra, pero, si quería comer, no quedaba más remedio. Suspiró, se puso el abrigo y salió. Pensaba ir a la tienda de la calle Saint-Nic', que abría hasta las diez, pero de pronto tuvo una idea mejor.

7

—¡Señor comisario! —exclamó el Gran Serio—. Qué sorpresa…

—Buenas noches, señor Timonier. Ya sé que es tarde, pero…

—Déjese de formalidades. Siéntese, la cocina cierra pronto. Cobro un par de mesas y soy todo suyo. En la barra, ¿le importa?

A Andreani no le importaba. Hasta prefería no tener que soportar las conversaciones de las mesas vecinas.

—Me queda un costillar de cordero magnífico. Con corteza de hierbas y mostaza, acompañado por un *gratin dauphinois* y judías verdes. Todavía no se ha hecho vegetariano, ¿verdad?

—Todavía no —confirmó Andreani.

—¡Estupendo! *Beatus homo qui invenit sapientiam*…

El chef desapareció en la cocina. La mayoría de los clientes iban por el postre o el café. ¿Qué se contaría esa gente? ¿Sus historias del trabajo que ya no soportaban, las vacaciones de verano en los países que habían tachado de la lista, los coches con los que soñaban y por los que iban a endeudarse durante años? ¿Quizás hablaban de sus mujeres, que los tenían hartos, o de sus maridos, que no las entendían, de sus hijos que crecían y empezaban a ignorarlos? ¿Tal vez de sus amantes? De todo lo que compone una existencia, en suma, pero raramente una vida.

—Si me lo permite, un Pauillac. Sería un error despreciarlo.

El Gran Serio no esperó confirmación para servirle una copa y se sentó en un taburete a su lado.

—El cordero —empezó— es peculiar. Primero hay que sellarlo, dejar que la superficie se caramelice un poco para que esté crujiente, pero protegiendo el jugo para que la carne quede tierna. Es muy importante no salarlo todavía y dejarlo reposar unos minutos después de la cocción. Como verá, querido comisario, hay que saber

tomarse su tiempo, no quemar etapas. *Vincit qui se vincit*.

—Perdone, señor Timonier, pero… No conozco el latín como usted.

—Perdóneme usted a mí, querido comisario. Significa: vence quien se domina. Hoy en día va todo tan deprisa, nadie se toma su tiempo, es una auténtica lástima. Y además, mire, me apena profundamente que me llame señor Timonier. Me llamo Pierre —añadió el Gran Serio tendiéndole la mano.

Tuvo una sensación extraña al estrechar aquella mano. Por primera vez desde hacía meses, se sorprendió manteniendo una conversación. Resultó que Pierre Timonier era un incondicional admirador de Bobby Timmons, el pianista.

—Dos acordes le bastaban para poner la sala patas arriba. Un *swing* monstruoso, pero delicadísimo, un dominio magnífico. No actuaba mucho en Europa, por desgracia. En 1969, o puede que en 1970, me falla la memoria, gasté una cantidad indecente en ir a ver a Ella Fitzgerald a Nueva York. ¿Y sabe qué? Pues que cuando llegué se había anulado el concierto y en lugar de la señora Fitzgerald estaba Bobby Timmons de cabeza de cartel. Debíamos de ser tres en la sala con el barman y el portero, pero ¡qué concierto! —exclamó el Gran Serio con una carcajada.

8

El *jazz* había sido para él una conmoción de inaudita violencia. Una conmoción tardía. De la familia Rollins había cambiado, literalmente de la noche a la mañana, a Henry por Sonny. Henry Rollins, líder del grupo *hardcore* Rollins Band, había sido el ídolo de su adolescencia. Tenía una pinta digna de liderar el cartel de los diez sospechosos más buscados por el FBI y su música era un sonido brutal: textos escritos bajo la influencia del ácido que prescindían de melodías y estribillos. Para su treinta cumpleaños, creyendo complacerlo, un amigo había invitado a Andreani a un concierto de Rollins. De Sonny Rollins, el saxofonista de *jazz*. No había querido ofender a su amigo y acudió, forzándose a disimular su aburrimiento. Sin embargo, una vez hubo terminado el concierto, permaneció en la sala, grogui, sin poder pronunciar palabra, hasta que el servicio de seguridad terminó por pedirle que se fuera. Durante tres días no pudo escuchar música. El cuarto día tomó una decisión descabellada: se prohibió escuchar nada durante un mes. Pasado el plazo, compró el vinilo *Saxophone Colossus*. Cuando puso el diamante del cabezal en el surco del disco, le temblaba la mano; pero, con las primeras notas, supo que la magia seguía estando allí. Vendió su colección de vinilos y CD y se lanzó de cabeza al *jazz*. No fue una renuncia, sino una transformacion.

Le vibró el teléfono en el bolsillo. Consultó la pantalla.

—Hola, cielo.

—¿Te molesto? —preguntó Lisa cuando oyó el ruido de fondo.

—Nunca. ¿Cómo estás?

—Bien, bien. Quería darte las gracias por el teléfono, ¡es genial! Y estaba todo buenísimo ayer, ¿sabes?

—Gracias. Igual debería pensar en abrir un restaurante. Podría

llamarlo El Pollo Asado,[5] fíjate…

—Ya… Mejor, porque no vales para humorista.

—Qué juventud más ingrata. ¿Ha sido muy duro el trabajo?

—Bueno, no tanto. Pero quería preguntarte una cosa. ¿Qué hay que hacer cuando alguien no tiene número de Seguridad Social?

—¿Cómo que no tiene número de Seguridad Social?

—Pues es que hoy me han pedido que recoja las cosas del anciano que murió ayer. La verdad es que poco había que recoger, algo de ropa, sus cosas de aseo… Después mi colega me ha encasquetado el formulario de baja de la Seguridad Social. Baja del perceptor de prestación, lo llaman, mira qué finos. Pero bueno, el problema es que no he encontrado su número.

—¿Cómo que no lo has encontrado?

—He buscado en su cartera y no tenía tarjeta sanitaria. Entonces he mirado en su historial médico y en su dosier de admisión, pero nada. Se lo he dicho a mi jefa, aunque a ella no le ha parecido tan raro; dice que en lo que a nosotros respecta está todo en orden porque los pagos están al día.

—Si tu jefa te dice que está todo en orden…

—Sí, bueno, a mí personalmente me da igual. Cinco mil euros mensuales, ¿te imaginas?

—¡Cinco mil!

—Pues claro, la habitación, la atención sanitaria, las comidas, ¡es carísimo!

—¿Y lo pagaba todo él? Cinco mil euros… Debía de tener una buena pensión…

—No, no, se hacía cargo una sociedad.

—¿Una sociedad?

—Sí, una empresa, vamos.

—Ya veo… Una pensión privada de empresa, o algo así. No entiendo mucho de eso, para ser sincero. De hecho, tendría que mirar mis papeles, llevan siglos acumulándose en la mesa.

—Bueno, tienes tiempo… Todavía no te jubilas, ¿no?

—No estoy tan seguro, cielo, no estoy tan seguro…

Se despidió de su hija. Le quedaban cuatro sesiones con la psicóloga para pensar en ello. ¿Qué haría si lo suspendían? Hacía más de veinte años que trabajaba en la Brigada Criminal y no había pasado de teniente. No era por falta de ambición, porque no le importara subir en la jerarquía, sino sencillamente porque quería quedarse sobre el terreno. Tampoco era por la adrenalina, como algunos de sus colegas, sino porque necesitaba estar «en el centro de las cosas», como había leído en Camus, quedarse en contacto con el crimen. Tenía que verlo, olerlo, respirarlo. Cuando leía un informe, trataba de representarse la escena, el antes, el después, el durante, pero la terminología administrativa de la policía era demasiado estéril para que eso funcionase. Había mentido a la psicóloga. Los hechos, la escena, los indicios recogidos *in situ* eran en realidad el pincel, el lienzo y los colores del pintor. Pero había que crear la obra. Había que comprender los motivos del criminal, qué lo había llevado a actuar de esa manera y no de otra, en ese momento preciso y no antes ni después. Había que reconstituir el desarrollo de los acontecimientos planteándose varias hipótesis, algo así como tratar de anticipar los movimientos del adversario en el ajedrez. Los elementos de balística, las constataciones de la policía científica, los testimonios cuando los había, todo estaba ahí, ante sus ojos. Había que encontrar entonces el fino hilo que le permitiría orientarse en el laberinto. Para dar con él, se embarcaba en los casos con sus presentimientos, con sus «impresiones», como había dicho la psicóloga. Un abordaje arriesgado, pero en su trabajo no había instrucciones de uso.

Vence quien se domina. Andreani sabía lo que iba a tener que hacer si no quería encontrarse definitivamente aparcado.

[5] *Poulets* (pollos) es una forma argótica de designar a los policías. El juego de palabras en francés se extiende incluso al adjetivo *grillé*, que tanto significa «asado» como «acabado, derrotado, exhausto, sin futuro».

9

—Buenos días, teniente.

—Buenos días, doctora.

—¿Cómo se siente?

—Siguiente pregunta.

—Muy bien. He leído su expediente.

Bien sabía él lo que había leído. Veintidós años de carrera, un índice halagador de casos resueltos, expedientes tratados de forma concienzuda y nada de líos, hasta el pasado 6 de septiembre. Y, sin embargo, Andreani seguía siendo inspector de primera clase, cuarto grado. Sabía a dónde quería llegar la psicóloga y trató de adelantarse.

—No hay nada que decir al respecto, ni sacar conclusiones. Serían falsas. ¿Le basta con eso?

—Me basta.

Andreani frunció el ceño. ¿Se estaba rindiendo la psicóloga? No pudo evitar sospechar. Llevaba un traje de chaqueta tan severo como el de la víspera, con blusa blanca, medias negras, sobrios zapatos de tacón alto, pero un fular de un naranja brillante, a juego con su bolso de mano que daba un toque cálido al conjunto. Tanto buen gusto como encanto.

—Me gustaría abordar un punto más preciso, más… personal. Su separación.

Andreani no pudo evitar echarse a reír.

—Desde luego, hoy empieza fuerte.

—Sabe perfectamente que algo así puede dejar secuelas.

—Vamos a hacer un inciso, doctora. ¿De acuerdo?

—¿Qué quiere decir?

—Que se equivoca. Deje un momento al margen a la psicóloga y

escúcheme.

—Muy bien. Lo escucho.

—Voy a hacerle ganar tiempo. Hacernos ganar tiempo. No vale la pena investigar ese aspecto. Sylvie fue un clásico error de *casting*.

—¿La madre de su hija fue un error de *casting*?

—Sylvie no es la madre de mi hija. Tendría que haber estudiado mejor el expediente, doctora. Pero no hay reproches ni nada bajo la alfombra. Ya no nos entendíamos, eso fue todo. Mi trabajo y mi forma de ver las cosas tampoco ayudaron, es verdad, pero no ha quedado ninguna secuela.

Francesca Rossini lo observó largo rato sin hablar, como si lo pasara por rayos X.

—De acuerdo. No volveré a hablar de ello. Ahora deje usted al policía al margen. ¿Cuál es su forma de ver las cosas?

—No pasa usted nada por alto, ¿verdad?

—Cuando tengo delante a un policía que usa su arma en plena calle sin justificación, y dispongo de cinco horas para pronunciarme sobre su readmisión, en aras del interés general, más me vale no pasar nada por alto, sí. Lo escucho.

Se sintió entre la espada y la pared. ¿Su forma de ver las cosas? ¿Qué podía decir? Tenía su propia forma de hacer las cosas, de pensar, era así de sencillo. No buscaba tener razón ni convencer, eso le parecía una inútil pérdida de tiempo, una guerra de egos que no llevaba a ninguna parte. No se creía mejor que sus colegas, sencillamente prefería seguir su propio camino. De haber tenido paciencia, o haber creído que aún pudiera servir de algo, habría tratado de explicar que, en ciertos casos, había que dejarse llevar por los acontecimientos, seguir su curso sin tratar de entender el cómo o el porqué, pero sabía que era inútil. Hoy en día se examinaba cada caso, se desmenuzaba, se analizaba meticulosamente el menor elemento recurriendo a una parafernalia tecnológica cada vez más perfeccionada. Cuando, en ocasiones, ese método permitía resolver el caso, a él le parecía que se dejaba pasar lo esencial, que no se hacía más que arañar la superficie de las

cosas. A contracorriente de lo que se enseñaba en las academias de policía, sabía que la suma de esos ínfimos elementos sólo creaba, en el mejor de los casos, la apariencia de un todo. Se limitaba a tratar los síntomas del mal sin atacar sus raíces. Había que aumentar las cifras, obtener resultados, mejorar las estadísticas. Cuando la mayor parte de sus colegas se alegraban de haber resuelto un caso, él miraba atrás y pensaba que, para las víctimas, nunca sería posible cerrar el expediente y archivarlo en un recoveco de su mente. Para la policía era otro caso cerrado; para él, una nueva cicatriz que nunca se cerraría del todo.

—Su informe menciona una incapacidad casi patológica de trabajar en equipo, con la excepción de Laurent Couturier, por lo visto.

—Si lo pone ahí…

—No consigue confiar en sus colegas, ¿verdad?

—No es una cuestión de confianza, doctora… A Couturier no necesito explicarle nada, nos entendemos. Con los demás, no sé… Cada cual tiene su método, eso es todo.

—¿Se siente usted al margen, teniente?

—¿Al margen de qué? No tengo tiempo que perder explicando mi visión de las cosas. ¿A dónde quiere llegar con sus preguntas? Abra los ojos a lo que la rodea, mire a su alrededor y entenderá por qué hay semejante caos en todas partes.

—Yo tampoco tengo tiempo que perder, así que explíquemelo, acabaremos antes.

—El peso del sistema, la apatía generalizada, todas esas reglas que nos ponen trabas, los procedimientos que nos impiden tomar la menor iniciativa… ¿De verdad cree que vamos por buen rumbo?

—¿Preferiría un mundo sin ley?

—La ley no es la justicia.

—Ese es un camino peligroso, teniente.

—Sabe muy bien que tengo razón, doctora. No espere de mí que asista a esta broma siniestra sin decir nada. Estoy en primera fila y el espectáculo no es nada agradable.

La psicóloga puso fin a la entrevista. Le dio las gracias y recogió

sus papeles sin hacer comentarios, limitándose a fijar su próxima cita para el día siguiente. Andreani no sabía qué pensar. ¿Jugaba limpio Rossini? Se había abierto demasiado. ¿No le estaría tendiendo una trampa?

Bajó al despacho de Couturier y lo encontró tirado en el sofá, con una taza de café en la mano.

—¿Qué tal las vacaciones, Philippe?

—¿No tienes nada que hacer? ¿Revisar algún caso o hacer un solitario en vez de fastidiarme?

—Eres tú quien ha venido a mi despacho, te señalo, y además está todo muy tranquilo. Los entretenimientos de costumbre. Tú no te habrás aburrido… ¡Menudo culo tiene!

—Te cedo mi sitio encantado, si quieres.

—No te digo yo que no… Bueno, tú dirás, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Por qué crees que quiero algo?

—Sabes, Philippe, me encanta cuando me tomas por tonto. No, en serio, pensé que venías a felicitarme el cumpleaños, pero como estamos en febrero…

Así como Andreani se forzaba en ocasiones en guardar las formas, Couturier se había liberado de ellas desde hacía años. Era preferible ir al grano.

—Hay algo que me mosquea… ¿Puede ser que un tipo no tenga número de Seguridad Social?

—¿Un francés?

—Pendiente de comprobar, pero creo que sí.

—En ese caso, no creo, no.

—¿Y si no ha nacido en Francia?

—Si es un francés nacido en el extranjero, lo habrán inscrito en algún consulado y necesariamente lo habrán dado de alta. Ahora, si es un extranjero naturalizado habría que ver, pero me extrañaría.

—¿Es posible que una empresa se haga cargo de los gastos sanitarios de un particular en lugar de la Seguridad Social?

—¡Joder, Philippe! ¿Qué quieres? ¿De qué caso hablas? Te recuerdo que estás suspendido, ¿no? ¿Qué son esas preguntas?

—Nada, te lo juro, no es ningún caso. Es mi hija la que me habló del tema. Un viejo que se acaba de morir en la residencia donde trabaja, sólo quiero comprobarlo.

—Bueno, va… —refunfuñó Couturier—. ¿Cómo se llama?

—¿El muerto?

—No, el papa, si te parece.

—No sé, pero ¿por qué quieres…?

—Porque no tengo nada más que hacer por las noches en casa, ya lo sabes. Entérate y me cuentas. Y ahora lárgate antes de que te vea Berthaud. No quiero que piense que ando en malas compañías.

Mientras bajaba la escalera de la Brigada, Andreani vio a Berthaud saliendo de su coche. Dio inmediatamente media vuelta, pero era demasiado tarde.

—No se esconda, Andreani, que parece un niño pequeño.

—Señor comisario…

—¿Va todo bien con la psicóloga?

—Esté tranquilo, jefe, me tumbo en el diván y lo cuento todo.

—No se burle, Andreani. Y, sobre todo, no se me desmadre. Sea bueno, haga lo que le diga y deberíamos poder controlar los daños. Lo necesito aquí. Oficialmente, la ha cagado y, aunque me tome por idiota, sé perfectamente lo que pasó con Moret y Peyrot. Eso lo arreglaré a nivel interno, cuando llegue el momento. Así que sea usted profesional, deje su ego al margen y vuelva a la Brigada lo antes posible.

El comisario lo dejó allí plantado y subió las escaleras de la entrada resoplando como un buey. Andreani no pudo disimular su sorpresa. ¿Quién había informado a Berthaud? ¿Los de Estupefacientes? No, esos protestaron, su comisario principal pidió una cabeza, la de Andreani concretamente, y la consiguió. ¿Por qué habrían ido a contárselo todo a Berthaud? ¿Couturier? Imposible, ni aun para salvarle el culo a su compañero. Couturier consideraba que su colega era capaz de arreglárselas solo y si había decidido no denunciar a los dos imbéciles, no le correspondía hacerlo a él. ¿El novato? Se había quedado en el coche, incapaz de reaccionar. Sólo podía haber sido la

psicóloga. Había ignorado las primeras señales de alarma y había caído en la trampa. Esa mujer no sabía lo que había hecho; Berthaud tendría que intervenir de un modo u otro y se iba a liar parda en la Brigada. A Moret y Peyrot les faltaba un hervor, pero el principio básico era arrimar el hombro y hacerse cargo. El famoso RAP de Berthaud: Respetar, Asumir, Priorizar. Y, sobre el terreno, una vacilación, una duda podía terminar con la vida de un colega. Un desastre absoluto.

10

Había llamado varias veces a su hija, pero no respondía y terminó por dejarle un mensaje. Fue a comer *dim sums* a Veng Hour. La mejor comida china estaba en un local de la galería Saint-Seb; no parecía gran cosa, pero los platos merecían la pena y los precios eran correctos. Luego fue a buscar el vinilo de Bobby Timmons que había encargado la víspera. En la última tienda de discos que quedaba en la ciudad le habían garantizado una entrega en veinticuatro horas. Cuando se sorprendió de la rapidez, el comerciante le había confesado que, para sobrevivir, él también pedía por Amazon. Todo se iba a la mierda… Era una reedición, pero el prensado se había hecho a partir de las bandas sonoras originales y sonaba bien. De todas formas, el sonido le daba igual. Durante mucho tiempo fue un audiófilo integrista, llegando al extremo de escuchar las variaciones que aportaba tal o cual cable en la calidad sonora, hasta que un acúfeno en el oído izquierdo se lo echó a perder. Pero no hay mal que por bien no venga. Abandonó la búsqueda estéril del sonido puro para entregarse a la música y al fin comprendió dónde estaba la magia de una grabación tan penosa como el *Concert by the Sea* de Erroll Garner.

Estaba en la ducha cuando sonó el teléfono. Estuvo a punto de resbalar sobre las baldosas húmedas, logró recuperar el equilibrio agarrándose al borde del lavabo y maldiciendo descolgó.

—¿Lisa?

—¿Hola?

—¿Eres tú?

—¡No oigo nada!

Se abalanzó hacia el equipo de música y bajó el volumen.

—Hola, cielo.

—¿Estás dando una fiesta o qué?

—Todavía no, aunque algo me dice que los vecinos no tardarán en llegar. Debería meter champán en la nevera.

—He pedido vacaciones hasta el lunes. Lo del viejecito que se murió, el señor Lourdier, se me está haciendo cuesta arriba.

—Has hecho bien. Distráete un poco. ¿Qué vas a hacer?

Era una pregunta estúpida. Sabía perfectamente que iría a casa de su amigo Alex, en París. Alex no era el novio de su hija, sino su mejor amigo, su confidente, aunque le había llevado tiempo entenderlo. No se inmiscuía en los asuntos románticos de Lisa, no era el más adecuado para ello, pero le costaba admitir que una chica y un chico pasaran juntos la mayor parte del tiempo —por no mencionar que dormían en el mismo cuarto— sin que se creasen otra clase de vínculos, pero así era. Lo que unía a aquellos dos era el tecno, las fiestas, los festivales de verano. Respeto, como decía Lisa.

—Voy a casa de Alex, en París. Tenemos entradas para DJ Snake.

Bingo.

—DJ Snake… Sí. Ya veo.

—No, qué vas a ver. No tienes ni idea de quién es. No sabes lo que te pierdes.

—Sí, sí, creo que sí lo sé.

—Vale, te llamo cuando vuelva. Chao.

Lourdier. Había apuntado el nombre del anciano muerto. ¿De qué le iba a servir? Una caída, nada raro. Lo intrigante era el curioso detalle de la Seguridad Social, y no quería dejarlo pasar. No era como para quedarse la noche en blanco, pero la experiencia le había enseñado que, cuando se ahonda un poco, los detalles más insignificantes a veces revelan sorpresas que pueden suponer un giro en el caso. O resultar una verdadera mina de problemas. No tener número de Seguridad Social era posible, pero raro. Al fin y al cabo, desde que nacemos nos marcan con toda clase de números y la cosa empeora cuando entramos en la vida activa. Es difícil librarse. Mandó un SMS a Couturier. Un nombre no era gran cosa, pero si había algo que encontrar, su compañero lo encontraría. Él

personalmente habría metido el nombre en algún buscador de internet, consultado los ficheros policiales por si el tipo tenía antecedentes, en resumen, habría pensado de manera lógica, cartesiana. Como un poli, vaya. Couturier, por su parte, había desarrollado un método propio basado en la teoría del azar y los fenómenos aleatorios. Andreani había tratado de entender las apasionadas explicaciones de su colega sobre el tema, pero cuando este empezó a hablar de las obras del matemático Benoît Mandelbrot, Andreani se dio por vencido. En la Brigada lo consideraban, en el mejor de los casos, un tipo extravagante y la mayor parte de los policías se burlaban de él cuando trataba de explicar su enfoque; hasta el día en que recibió una invitación de la oficina central de Interpol, en Bruselas, para ir a exponer su teoría a la élite de los investigadores europeos. Desde entonces lo consideraban el oráculo de Delfos, versión poli, y todo el mundo lo dejaba en paz.

La respuesta no tardó. Un SMS aterrizó en su teléfono pidiendo más datos.

—¿Nombre de pila? ¿Fecha de nacimiento?

Era más fácil llamarlo. Couturier respondió al primer tono y se adelantó a Andreani.

—Philippe, ¿tú te crees que soy Dios o qué?

—Ya sé que es poca información…

—¿Poca? Eres un maestro de la lítote, eso te lo reconozco. Joder, un viejo del que no tienes más que el apellido la palma en una residencia, ¿y tú sales de caza porque no está dado de alta en la Seguridad Social? ¿Qué sentido tiene eso? Ni siquiera sabemos cómo se escribe su apellido exactamente. ¿No crees que ahora mismo tienes otras preocupaciones?

—Es eso de la Seguridad Social, no sé lo que pensé, pero bueno, tienes razón, déjalo, es una estupidez.

—Sí, Philippe. Desde luego que sí, una estupidez. Venga, chao.

Couturier tenía razón. ¿Qué podía ser más banal que un anciano que se muere en una residencia? Con unos ochenta años, no tiene

nada de excepcional. Nada concreto justificaba dar la señal de alarma. Además, de todas formas, estaba fuera de juego.

Se acostó y siguió leyendo por donde lo había dejado la noche anterior. Ya no leía más que novelas policíacas. Las intrigas, nada realistas, no le interesaban y mucho menos el estilo, pero era el único género de libros que podía reanudar a la mitad sin necesidad de releer las veinte páginas anteriores. En general, le costaba leer un capítulo entero. Sin embargo, aquella noche se tragó más de cincuenta páginas, aunque no tenía la menor idea de lo que había leído. La historia del anciano lo perseguía. Seguramente Couturier tenía razón, pero él no lograba pasar página. A veces le daba vueltas a algo durante días sin lograr concretarlo, podía pasarse horas ocupado con un detalle que lo obsesionaba, aislándose del mundo hasta que encontraba algo o terminaba por aceptar que no había ninguna anomalía. ¿Qué tenía delante de los ojos y no lograba ver? La sensación de que algo no cuadraba le iba a arruinar la noche.

El timbre del teléfono lo sacó del sueño en el que al fin se había sumido.

—¿Philippe?

—¿Couturier? Joder, ¿qué hora es?

—No he encontrado nada, Philippe.

Andreani buscó el interruptor de la lámpara de su mesilla de noche y se incorporó en la cama. El despertador marcaba las tres y diez.

—¿Qué? ¿Me llamas a las tres de la mañana para decirme que no has encontrado nada? Pero si me dijiste que lo dejabas…

—¿Alguna vez me has visto dejar algo? El apellido Lourdier por sí solo ya te imaginas que no ha llevado a nada, más de doscientos mil resultados. Entonces, por la edad que tenía, reduje el ámbito de la búsqueda a los años treinta. Obtuve catorce mil resultados. Puedo continuar, pero me hace falta algo más consistente. Necesito comprobar cómo se escribe el apellido, un nombre de pila, una fecha de nacimiento, una foto que me sirva para identificar al tipo, lo que sea, porque con lo que tenemos ahora es dar palos de ciego. Aunque diésemos con él, no lo sabríamos. ¿Puedes pedirle a tu hija

que eche un vistazo a su dosier?

—Está de vacaciones hasta el lunes.

—Mierda. Yo no puedo presentarme en la residencia pidiendo que me dejen hurgar en los dosieres, y tú menos.

—No te embales, Couturier, seguro que no es nada.

—Vamos a ver, Philippe, ¿me metes en tu historia de los cojones para luego decirme que no es nada? Llevo cinco horas rompiéndome los cuernos buscando la aguja que has metido en el pajar, ¿y sólo se te ocurre decirme que lo olvide y me vaya a dormir? Hay algo sospechoso en todo esto. Lo he comprobado, cada persona nacida en territorio francés o naturalizada recibe un número de Seguridad Social. Igual no es nada, o el tipo es extranjero o se trata de una anomalía administrativa o cualquier otra cosa, pero pienso averiguarlo.

Couturier nunca soltaba a su presa antes de haber rebañado hasta los huesos, un verdadero perro de caza.

—Podemos esperar al lunes —sugirió Andreani.

—Sí, claro. Pero hay otra posibilidad, querido… La nevera.

11

Andreani se levantó tarde. Lo había despertado el sonido característico de sus mensajes. Como tono de notificación, Lisa le había descargado el *riff* inicial de *Highway to Hell* de AC/DC. En un primer momento le hizo gracia, pero no tardó en cansarse y no sabía cómo recuperar el tono original. Era la psicóloga. Su cita cotidiana se posponía hasta pasado el fin de semana. Se sintió aliviado, podría respirar un poco y ella no perdería nada por esperar. Tenía el resto del día por delante. Teniendo en cuenta el sitio al que pensaba acudir, no necesitaba darse prisa. Hasta tendría tiempo de ir a tomar un café en El Gran Serio. Abrió el armario. El consejo que le había dado Pierre Timonier era una bendición. En la Brigada todos podían predecir cómo iría vestido Andreani: en cualquier estación, llevaba la sempiterna camisa negra, un jersey de pico gris claro o gris oscuro, unos vaqueros, unas Doc Martens bajas y, en invierno, bufanda y abrigo de paño negro. Inspeccionó sus camisas impecablemente planchadas, y el olor a almidón, el cuello pulcro, la pechera sin arrugas de las camisas le dieron la impresión de estar poniendo un poco de orden en su vida. Por su aspecto, era difícil deducir que fuera poli. Pero ¿qué aspecto tenía un policía? El único detalle que habría podido traicionarlo era su eterna barba de tres días, testigo de las jornadas interminables y las noches sin dormir. Y además, afeitarse le fastidiaba, simplemente. Hoy, sin embargo, Andreani se sentía como nuevo. No era que fuese importante para los clientes con los que se iba a reunir, pero a él lo puso de buen humor.

—Señor comisario, le deseo muy buenos días.

—Buenos días, señor Timonier.

—Ah, no, hemos hecho un pacto, ¿ya no se acuerda?

—Disculpe. Buenos días, Pierre.

Aquella familiaridad casi le raspaba la lengua. Llamar al Gran Serio por su nombre de pila era dejarlo acercarse demasiado, pero Andreani sentía, de forma instintiva, que podía confiar en él.

—Perfecto, señor comisario.

Cuando alguien te invita a llamarlo por su nombre de pila o a tutearlo, en general espera que sea algo recíproco. Pero en aquel caso no era necesario. Para Timonier, nada de cortesías por obligación ni de cercanía fingida. Emanaba del dueño de aquel café una seguridad y serenidad en sí mismo que imponía respeto. El Gran Serio era a la vez la forma y el fondo, el arte y la manera, la plenitud y el vacío, el todo y la nada, y era eso sin duda lo que le había hecho bajar la guardia.

—Dígame, Pierre, ¿desde cuándo tiene usted El Gran Serio?

—Pues bien, desde el siglo pasado. Unos treinta añitos.

—¿Y antes qué hacía?

—¿Soy sospechoso, señor comisario? —preguntó el Gran Serio con una estruendosa carcajada.

—Lo siento, Pierre, no…

—Hombre, no, no lo sienta, era un broma. Verá usted, antes era legionario. Sí…

—¿Legión extrajera?

—Honor y Fidelidad, señor comisario, pero tengo la sensación de que eso fue en otra vida.

—¿Prestó servicio en Indochina?

—Es curiosa esa palabra, ¿no le parece? Prestar servicio en Indochina, prestar servicio en Argelia. Cuando uno piensa en lo que pasó allí…

—Perdone, Pierre, no pretendía ofenderlo.

—Por favor, no, no, no me ofende. Son sólo manías lingüísticas. Esa forma de vaciar ciertas cosas de su sentido recurriendo a frases hechas a veces me irrita, pero probablemente soy demasiado puntilloso en ese aspecto. Y, para responder a su pregunta, aunque ya estoy crecidito, aún era demasiado joven para Indochina o Argelia. No, yo estuve en África Central, o en sitios tan improbables

como las Comoras o Mozambique. Un *tour* completo, como solía decirse, del 64 al 69.

—Muchos recuerdos, ¿verdad?

—Buenos y menos buenos… Combatíamos, ¿sabe?

—Desde luego, soy un torpe. No quería reavivar malos recuerdos.

—No se preocupe, es cosa del pasado —dijo el Gran Serio con fatalismo—. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis*. Los tiempos cambian y nosotros también cambiamos con ellos.

Andreani terminó su café meditando sobre el comentario. ¿Por qué había hecho aquella pregunta estúpida? Se reprochaba haber invadido de esa manera la intimidad de su amigo. Apesadumbrado, salió del bar saludando con un vago gesto de la mano, sin atreverse a mirar a Timonier.

Llegó al *parking* subterráneo donde guardaba el coche. El Volvo arrancó a la primera y sólo le llevó unos veinte minutos llegar a su destino. No le hizo falta pedir indicaciones. Conocía de memoria el laberinto de pasillos cubiertos de linóleo verde que llevaban a la morgue municipal. La nevera, como los policías la llamaban entre ellos.

—Andreani. ¿Sigues vivo? —inquirió el médico sin dar señales del menor asombro.

—Legast. ¿Cómo estás?

—Mejor que mis clientes, en cualquier caso —respondió el forense sin dejar de morderse una uña.

—Sigues con las malas costumbres, por lo que veo.

12

El forense tenía otras malas costumbres y, si se hubiera limitado a morderse las uñas, sin duda habría conocido la brillante carrera que en un primer momento se le auguraba. De unos cuarenta años, pulcro, a su alrededor flotaban eternamente los efluvios de un perfume de Caron que contrastaba de forma especial con los olores que impregnaban la morgue. Cabeza rapada, gafas redondas de pasta negras posadas en la nariz aguileña, Legast había sido el primero de su promoción. Con zapatos y trajes a medida, reloj de lujo, Porsche 911 Carrera en la puerta del Instituto de Medicina Legal, llevaba un nivel de vida desproporcionado con su puesto de forense. Había heredado un pequeño imperio inmobiliario y todo el mundo se preguntaba por qué, con todo ese dinero, había decidido enterrarse en una morgue. Sus modales refinados y sus gustos demasiado ostentosos irritaban a los policías, pero sobre todo los exasperaba su aparente desenvoltura, esa impresión de que nada le importaba. Nadie sabía qué esperar de él. Sin embargo, cuando fue detenido durante un control de carretera por exceso de velocidad, apareció un elemento de respuesta. Legast iba colocadísimo, pasado de coca, y el registro de su vehículo sacó diez gramos de polvo a la luz. En su casa, la búsqueda no dio ningún resultado, por lo que el juez lo atribuyó al estrés y esa clase de cosas y lo mandó a una cura de desintoxicación. A su regreso, lo dejaron aparcado en un oscuro despacho donde pasaba los días jugando al póquer en el ordenador. Podrían haberse olvidado de él, pero, para sorpresa general, pidió recuperar sus funciones y, como los buenos forenses no abundan y en el fondo a nadie le importaba lo que pudiera esnifar Legast, se lo concedieron sin mayor dificultad.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito información.

—Soy forense, no confidente.

—Es sobre un viejecito que han debido de traerte hace unos días.

—¿Ahora te interesas por la tercera edad?

—Nada serio, un accidente. Unas aclaraciones nada más. No se trata de nada oficial. Sólo es algo que no me quito de la cabeza, pero nada concreto. Un tal Lourdier… Residencia Las Espigas Azules, en Vandœuvre. Necesito lo que tengas sobre él, por si…

—¿Por si qué, teniente?

—No lo sé con exactitud, pero hay algo que no cuadra con su número de la Seguridad Social y…

Legast se sentó y consultó el ordenador de su escritorio.

—Algo que no cuadra, ¿eh? —dijo sin poder evitar una mueca escéptica—. Bueno, a ver, Lourdier… Lo tengo… Lourdier, Roger Bernard, nacido en Garches el 19 de abril de 1931. ¿Es este?

—Sí, supongo. ¿Lo has examinado?

—No, ¿por qué? El certificado de defunción iba firmado por el médico de guardia, confirmado por el médico jefe del SAMUR.

—¿Puedo ver el cuerpo? —intervino Andreani.

—¿Qué quieres exactamente? Está refrigerado hasta que la familia lo reclame.

—No lo sé. Algo me preocupa, seguro que no es nada, pero no encontramos ningún dato del tal Lourdier, ni papeles, ni número de la Seguridad Social, nada.

—No es el primer indigente que me traen sin papeles.

—No era un indigente. Todos sus gastos médicos los pagaba directamente una empresa privada, la habitación, los tratamientos, todo. Tiene que haber una razón para eso, igual es una tontería, pero no lo sé, así que…

—Ya veo. Sígueme —se limitó a responder el forense mientras se levantaba.

Entraron en el laboratorio, enteramente alicatado en blanco, donde reinaba el olor del formol.

El forense se dirigió hacia una pared cubierta de puertas metálicas

y tiró de una de ellas. Una plataforma de acero se deslizó hacia fuera y apareció el cuerpo desnudo y flácido de un anciano.

—Aquí lo tienes.

—¿Puedes echarle un vistazo?

—Supongo que no tienes una orden judicial, ¿verdad?

—Oye, Legast…

—No, oye tú. Sé lo que te debo, pero como comprenderás no voy a ponerme a abrir a este hombre. Aunque me mantenga al margen, tengo ojos y oídos. Me la suda tu historia del camello, pero sé perfectamente que te han suspendido. Así que no me tomes por tonto y habla claro.

Andreani lo evaluó con la mirada.

—Para serte sincero, Legast, podría decirte que estoy con un caso, pero ni siquiera es así. Sé que es una estupidez, pero quiero estar seguro. ¿De qué? No lo sé ni yo… De que todo esté en orden, vaya. Así que, si no te importa, echarle un vistazo…

El forense suspiró, meneó la cabeza imperceptiblemente y se inclinó sobre la ficha.

—Traumatismo craneal, consecutivo a una caída —leyó recorriendo el documento con el dedo.

—Sí, es la versión oficial.

—¿Oficial? —repitió el forense con un gesto suspicaz.

—Joder, Legast, deja de analizar cada palabra que digo. Si tú lo confirmas, te aseguro que me conformaré y me alegraré muchísimo de no haber levantado una liebre.

—Sí, bueno, contigo —comentó Legast— es lógico sospechar. Acércate, me vas a ayudar.

—¿Ayudarte?

—Si quieres que examine la herida que tiene en la parte de atrás de la cabeza, hay que darle la vuelta. Ponte unos guantes y agárralo por los pies.

Andreani ya había visto más de uno, pero no pudo evitar una mueca cuando tocó el cadáver. Le dieron la vuelta y el forense se inclinó para examinar la herida. No pudo retener un silbido de

admiración.

—Madre mía, menudo golpe.

—Se cayó contra la esquina de su mesilla de noche.

Legast alzó la cabeza. Arrugó la frente.

—¿En serio? Debió de caerse desde muy arriba, entonces. ¿Estaba subido a una escalera? —preguntó mientras cogía un separador quirúrgico.

—No que yo sepa.

El médico reanudó su examen, se detuvo para ir a buscar algo parecido a unos bastoncillos de algodón gigantes y los impregnó con un producto que asaltó inmediatamente la nariz del inspector.

—Esta herida no ha podido causarla la esquina de una mesa —acabó por decir el forense alumbrando la herida—. No está lo bastante definida: tendríamos un impacto triangular y, si el borde de la mesa fuera redondeado, no se constataría tanta profundidad. Además, fíjate en que el cuero cabelludo está arrancado hacia abajo. Si se hubiera caído contra una mesa, estaría hacia arriba. Te ahorraré los detalles técnicos, pero tu fiambre presenta una herida muy reveladora. El hundimiento de los huesos y los bordes de la fractura indican que el golpe se asestó de arriba abajo, por la izquierda, con un objeto redondo, romo en todo caso, y muy pesado, yo diría de tres o cuatro centímetros de diámetro como máximo. Un martillo, tal vez. Un golpe contundente que no le dejó la menor posibilidad.

Andreani se quedó atónito.

—¿Estás seguro, Legast? —acabó por preguntar en tono incrédulo.

—Haría falta un examen más en profundidad; pero, si lo he entendido bien, habrá que prescindir de él. La herida no deja lugar a dudas —añadió palpando la nuca del difunto—. Además, estoy segurísimo de que las cervicales están afectadas. Sí, a tu buen hombre se lo han cargado como Dios manda y, a juzgar por los destrozos, el que le dio pasaporte quería asegurarse de que no sobreviviera.

Andreani necesitó unos segundos para recobrarse de la impresión.

Pese a las revelaciones del médico, sabía que tenía que seguir concentrado para no pasar nada por alto.

—¿Algo más?

—Sí, unos arañazos en la base del cuello, seguramente las marcas de unas uñas, y una rareza.

—¿Una rareza?

—Sí. Tu fiambre igual no tiene número de Seguridad Social, pero lleva una matrícula —precisó el forense señalando con el dedo el cuello del muerto—. Justo debajo de la protuberancia occipital, en la base del cuero cabelludo…

Acercó su lupa encendida. Andreani se inclinó y descubrió lo que había llamado la atención del forense. Un tatuaje. Varias letras y cifras en tinta azul desteñida aparecían bajo la luz: SO. 3-02.AB+. Cuando entró en la morgue, Andreani quería saber más sobre la identidad de un anciano. Cuando salió, era consciente de que se había dado de bruces con un caso criminal.

13

Desde que vivía solo, Andreani pasaba la mayor parte del fin de semana encerrado en casa. Mientras los demás iban al supermercado, recorrían las calles comerciales o paseaban con la familia por el parque de la Pépinière, él aprovechaba para escuchar música, combatir el desorden que reinaba en su apartamento o sentarse en el sillón a esperar que no pasara nada. Pero aquella mañana no paraba de darles vueltas a los nuevos descubrimientos.

A pesar de las conclusiones del forense, le costaba aceptar que Lourdier hubiera sido asesinado. ¿Por qué motivo? ¿Robarle sus ahorros? ¿Una partida de cartas que hubiera acabado como el rosario de la aurora? ¡A los ochenta y seis años no iba a tratarse de un crimen pasional! Puede que el golpe en la cabeza fuera asestado por efecto de la cólera, podría haber sido un gesto irracional. Ahora bien, ¿las vértebras? Puede que Lourdier se hubiera roto el cuello al caer, Legast no había podido excluir esa posibilidad. El hecho cierto es que se trataba de un homicidio. Asesinato en la residencia de ancianos. Buen título para una novela de Agatha Christie. Seguramente todo sucedió muy deprisa. ¿Fue premeditación? Habían encontrado a Lourdier con la cara en un charco de sangre, seguramente no pudo ver el rostro de su agresor, debía de darle la espalda. Tal vez estuviera un poco sordo, lo que explicaría que no se diera la vuelta cuando su agresor entró en la habitación. Todo eso no llevaba a ningún lado. Y ese tatuaje… SO. 3-02.AB+. ¿Iniciales? ¿Coordenadas geográficas? ¿Una fecha? ¿Un grupo sanguíneo? Era un código, sin la menor duda, pero ¿quién se tatuaba algo así detrás de la cabeza? ¿Un tipo a quien hubiera que poder identificar en cualquier circunstancia? ¿Y si llevara un nombre falso? Quizá Lourdier viviera con una falsa identidad. ¿Un testigo protegido?

Sacó el teléfono.

—Philippe, es sábado.

—Lo siento, Couturier, pero no quería hablar contigo ayer en la Brigada.

—Has encontrado algo, ¿verdad?

Transmitió todos los datos que había reunido a su compañero, que no hizo comentario alguno cuando le comunicó los descubrimientos de Legast. Pero, cuando quiso hablarle de sus suposiciones, Couturier lo interrumpió.

—Los hechos, Philippe. Los datos en bruto. Al ordenador le dan igual tus interpretaciones y no quiero arriesgarme a que me influyan tus conclusiones. Enciendo la máquina y te vuelvo a llamar.

Andreani apenas había colgado cuando volvió a sonar el teléfono.

—Ya lo tengo. Roger Bernard Lourdier, L, O, U, R, D, I, E, R. La fecha y el lugar de nacimiento coinciden.

—¿Lo has encontrado? ¿Ya? ¿Estás seguro de que es el mismo?

—No cabe la menor duda, y no te va a decepcionar… —respondió Couturier dejando la frase en suspenso.

—¿Me lo cuentas ya, hombre?

—Allá va. Escucha bien, porque es una bomba. Roger Bernard Lourdier, nacido en Garches el 19 de abril de 1931, sin antecedentes penales, teniente del 1.er Regimiento de Infantería Paracaidista del Ejército francés desde 1954, anteriormente en Transmisiones. Desaparecido durante una operación en el Aurés en 1958. El 15 de mayo, para ser más preciso.

—¿Un oficial? ¿Desaparecido en Argelia? ¿Quieres decir muerto?

—No. Desaparecido, esfumado. Fuera del radar. No volvió al redil con sus compañeros.

—Lo mismo es un homónimo.

—Lo dudo mucho. Tengo la cuasi absoluta certeza de que se trata del mismo. El nombre, la fecha y el lugar de nacimiento coinciden, y no hay duplicados.

—Espera… ¿No volvió al redil? ¿Me lo explicas?

—Defección. En lenguaje militar, deserción.

—¿Y reaparece en una residencia de ancianos de Nancy cincuenta años después? ¿Qué demonios es esto?

—Espera, que hay más. Ya te he dicho que era una bomba. Aunque no lo conozcan nuestros honorables servicios, tiene un esqueleto en el armario. Una condena en contumacia en 1958. Veinte años de prisión militar.

—¿Veinte años? ¿Por qué motivo? ¿La deserción?

—Ahí es donde la cosa se pone más… Añade el calificativo que quieras, pero yo propongo «pantanosa». Imposible saberlo.

—¿Cómo que imposible?

—Nos vamos a ver reducidos a hacer conjeturas, porque no hay absolutamente nada. Tengo cuatro o cinco entradas distintas sobre el tipo, extractos de la secretaría del Ejército, sobre todo, pero nada, absolutamente nada sobre las razones de la condena. La única certeza es que no fue amnistiado después.

—¡Pero de eso hace lustros! ¿No fue amnistiado, estás seguro?

—Categóricamente.

¿Lourdier había desertado? ¿Por qué motivos? ¿Se había pasado al enemigo? No era probable, pero sí posible.

—La deserción fue lo primero que me vino a la cabeza, aunque no creo que se pasara al Frente de Liberación Nacional; se dan poquísimos casos, según creo. Puede que la condena fuera la causa y no la consecuencia.

—No te sigo.

—Se entera de la que se le viene encima, por un motivo que no conocemos, y desaparece para librarse.

—Sí, también es posible. ¿Has encontrado algún número de registro?

—Sí, tenía un número de Seguridad Social. 1310492516077. Pero ya no está operativo. He buscado en el registro de la Seguridad Social, lo retiraron de la circulación en junio del 58. Y lo mismo con todo lo que he podido averiguar sobre él. Carnet de conducir, cuenta bancaria, lo han borrado todo.

—¿Borrado? ¿Pero por qué han querido borrar todos los rastros de

su existencia? ¿Y quién tendría tanto poder?

—Ni idea, pero me hace pensar que seguramente alguien quería evitar que se pudiese llegar hasta él.

—¿«Alguien», quién? ¿El Ejército?

—No creo. ¿Por qué se iban a molestar los militares en borrar del mapa su existencia? No, me inclino por otros. Aquellos que le permitieron desparecer en el 58.

—¿Estamos pensando en lo mismo, el tatuaje?

—Sí, podría darnos mucha información. Pero de momento no tengo gran cosa. Lo único prácticamente seguro es AB+. Muy probable que se trate de su grupo sanguíneo. Eso, por lo menos, será fácil de comprobar.

—¿Sabes cuándo volvió a aparecer Lourdier?

—¿A qué te refieres?

—¿A partir de cuándo has encontrado su rastro?

—Philippe, su rastro lo has encontrado tú. Yo ni siquiera he podido averiguar en qué fecha entró en esa residencia. El tipo es un fantasma. No tenemos nada, *rien de rien*. Habría que acudir al Ejército para tratar de averiguar algo más, pero sabes que no les gusta nada que vayamos a husmear en su cocina. Y este plato en concreto no parece muy apetitoso.

Andreani dio las gracias a su colega. Necesitaba poner orden en aquel batiburrillo. La cosa iba deprisa, demasiado, y corría el riesgo de pasar por alto algún detalle crucial. Tenía que tomarse el tiempo de digerir esa avalancha de datos. En menos de cuarenta y ocho horas, Lourdier había pasado de ser un simple anciano en una residencia accidentalmente fallecido a ser un antiguo militar condenado desaparecido durante más de cincuenta años y asesinado. Tal vez eso tuviera relación con los motivos de su condena, pero tal vez no, ya se vería. Había que concentrarse en lo que le había parecido raro desde el principio. No se habían limitado a borrar su número de Seguridad Social, sino también todos los demás documentos administrativos. ¿Por qué? Oficialmente, constaba como desaparecido. ¿Al cabo de cuánto tiempo lo habrían

declarado muerto? Unos diez años, probablemente. Por lo visto querían que el tipo desapareciese lo antes posible. Una vez más, ¿por qué? Había pasado más de cincuenta años escondido. Volvía a aparecer en Las Espigas Azules, con su verdadero nombre. ¿Qué había pasado entretanto? ¿Pensaba que se habían olvidado de él, que ya no estaba en peligro? Y estaban también los veinte años de prisión militar, sin amnistía. A semejante precio, debía de ser muy gordo lo que había hecho. Andreani sabía que el tiempo no jugaba en su favor y la niebla que envolvía el pasado de la víctima no lo hacía más sencillo. Si se descubría que había sido asesinado, se abriría una investigación y se atribuiría el caso a alguno de sus colegas. Pero él lo había sacado a la luz y no estaba dispuesto a pasar el relevo.

¿Estaría el forense de servicio aquel fin de semana? Andreani probó suerte.

—¿Legast?

—Desde luego, Andreani, si esto sigue así acabaremos yendo juntos de vacaciones —ironizó el médico.

—Oye, ¿cuánto tiempo puedes guardarme al viejo?

—¿El de la residencia? ¿Lourdier? Técnicamente, por toda la eternidad. ¿Por qué?

—No me refiero a eso… ¿Ya has comunicado tus conclusiones a la Brigada?

—No te sigo.

—¡No te hagas el loco! ¿Cuánto tiempo puedes dejarlo durmiendo tranquilamente en tu nevera sin entregar el informe?

—Es arriesgado, Andreani. Peligrosísimo. Hablamos de un homicidio. Me arriesgo a que me expulsen, lo sabes perfectamente.

—Legast, de verdad te necesito.

El forense sabía lo que le debía. Si el juez había sido clemente con él, era gracias al teniente, que había ido a limpiar su casa antes del registro de los de Estupefacientes. Si la policía hubiese encontrado su farmacia personal, no se habría librado de la expulsión definitiva. Nunca había comprendido el gesto del policía, ni qué lo había

empujado a llamar para avisarlo. Cuando se reincorporó, Legast quiso agradecérselo, pero Andreani fingió no entender de qué le hablaba.

—Mira, lo que puedo hacer es no darme prisa en comunicar mis conclusiones a los de arriba, eso te hará ganar algo de tiempo. Mientras ningún miembro de la familia venga a reclamar el cuerpo, no debería haber problema. Pero yo no sé nada, no he visto nada. Y tú nunca has venido a la morgue.

—Puedes estar tranquilo, Legast, estoy seguro de que nadie se interesará por tu fiambre.

Acababa de ganar tiempo, ya era algo. Sin embargo, no podía investigar abiertamente. Si Berthaud se enteraba de lo que estaba haciendo le podía despedir de manera fulminante. Y además tenía encima a la psicóloga. Se estaba metiendo en un lío bien gordo, era consciente de ello. ¿Por qué no dejaba el tema? Todavía estaba a tiempo.

14

Andreani pasó el resto del día sumergiéndose en lo que comúnmente se llamaba los «acontecimientos» de Argelia. Un eufemismo para calificar una guerra de independencia que había durado ocho años y había dejado cientos de miles de víctimas. Aquel periodo le evocaba recuerdos que prefería no reavivar. Las páginas web sobre el asunto eran incontables y le costaba cotejar los datos que recogía, sobre todo porque a veces parecían contradecirse. Necesitaba una visión de conjunto, una cronología de los hechos, esquemas, tablas. ¿Era posible relatar una guerra sin tomar partido o, por lo menos, con una mínima perspectiva? Después de cierto tiempo investigando, le pareció haber encontrado lo que buscaba. Llamó a la librería Hall du Livre para saber si lo tenían en *stock*. Lo dejaron en espera durante varios minutos antes de responder con una negativa. Colgó, buscó la página de la biblioteca municipal —la Bibal, como la llamaba Lisa— y marcó el número de la recepción.

—¿*La guerra de Argelia*, de Yves Courrière?

—Está disponible. Bueno, debería decir están disponibles, porque hay cuatro tomos.

—Paso a buscarlos en media hora.

Estaba al lado. Una vez allí, se dio cuenta de que no tenía carnet. Tuvo que rellenar un formulario de inscripción y pagar la tarifa anual. Luego preguntó dónde podía encontrar los libros que buscaba; la recepcionista le señaló una estantería en la que destacaban los cuatro volúmenes.

—Se los he apartado —dijo con una amplia sonrisa.

Tras darle efusivamente las gracias, volvió a su casa evitando las calles abarrotadas.

Toda guerra tenía su lado oscuro y aquella no era una excepción.

Un enfrentamiento militar recrudecido por una guerra civil, que había dado lugar a oleadas de atentados, masacres y asesinatos a ambos lados del Mediterráneo. El Frente de Liberación Nacional del lado argelino, contra la Organización del Ejército Secreto del lado de los franceses, que se oponían a la independencia. La cantidad de desaparecidos no se conocía, por lo que resultaba imposible saber con precisión la amplitud de las pérdidas humanas. Aquella guerra que nunca había querido decir su nombre, incluso después de los enfrentamientos, había dejado una tremenda deuda entre ambos países. En el momento de la independencia, el éxodo de los *pieds noirs*[6] y la masacre en Argelia de los harkis[7] fieles a Francia no contribuyeron a calmar las tensiones entre los antiguos beligerantes.

Andreani trató de ubicar a Lourdier dentro de aquel océano de sangre y violencia. ¿En qué se había metido?

Los partidarios de una Argelia francesa no habían esperado a que la situación degenerase y, ya en 1954, se adelantaron para impedir que sucediera lo mismo que en Indochina. No escatimaron medios: atentados, asesinatos de oponentes y tentativas de golpe de Estado. Un hecho le llamó la atención. En Argel, el 13 de mayo de 1958, el general Salan había perpetrado, con el apoyo de la 10.ª División de Paracaidistas del general Massu, un golpe de Estado a fin de impedir la constitución de un Gobierno favorable a la independencia argelina. Después de la victoria del Viet Minh en 1954 y de la firma de los acuerdos de armisticio de Ginebra, el Ejército francés no podía tolerar una nueva derrota, sobre todo sin haber combatido. Argelia, última perla del imperio colonial, debía seguir siendo francesa a cualquier precio.

¿Había sido Lourdier un oficial golpista? El golpe había tenido lugar el 13 de mayo, Lourdier había desaparecido el 15. Era plausible. Anotó esa hipótesis en la esquina de una factura de electricidad que había sobre la mesa y siguió leyendo.

De Gaulle volvió al poder con una jugada fabulosa y fue excluyendo progresivamente a Salan, que participaría en el Golpe de los Generales de 1961 y se convertiría en jefe de la Organización del

Ejército Secreto. Detenido y condenado a cadena perpetua en 1962, se libró por poco de la pena capital.

Andreani llamó a su adjunto.

—Couturier, ¿Lourdier más golpe de Estado da algún resultado?

—Philippe, justo me iba a ir al club.

—¿Haces deporte? —preguntó Andreani sin poder ocultar su incredulidad.

—Deporte cerebral. Juego al *bridge*. A ver, el golpe, sí, ya lo había pensado, pero voy a decepcionarte. No se sostiene.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Lourdier había recibido una condena larga, le explicó Couturier, y había desaparecido el 15 de mayo, es decir, apenas dos días después del golpe. La idea era seductora, pues había encontrado que su regimiento estaba alineado con los golpistas, pero no se mantenía. Lourdier estaba al mando de una pequeña unidad que, en el momento de los hechos, se encontraba en misión a cientos de kilómetros de Argel. Aunque hubiera apoyado a Salan, nada justificaba semejante sentencia. Aparte de las cabezas del movimiento, la mayoría de los que participaron en el golpe habían caído en el olvido. Como mucho los expulsaron del Ejército y amnistiado más tarde, mientras que Lourdier seguía siendo *persona non grata*. Veinte años de prisión militar ocultaban otra cosa. Su expediente podría haberlos informado, pero no se había abierto ninguna investigación oficial y, además, ni siquiera con una orden judicial habría sido fácil. De forma general, el Ejército siempre se hacía de rogar y podía llevar meses recibir cualquier información. Obtener el expediente de un tipo que lo había pagado tan caro iba a ser extremadamente difícil. Aun sesenta años después, al Ejército no le gustaría que anduviesen revolviendo en sus recuerdos menos gloriosos.

—¿Y en la Organización del Ejército Secreto? —preguntó Andreani en un tono que dejaba entrever su decepción.

—A primera vista, nada. En todo ese lío, su nombre no aparece en ningún sitio. Lo siento, Philippe. Me voy corriendo, llego tarde.

Dio las gracias a su colega y colgó. Había creído dar con una pista, pero se le había derrumbado como un castillo de naipes. Cuanto más buscaba, más espesa parecía la niebla que rodeaba a Lourdier. Tampoco iba a poder dormir aquella noche.

[6] Franceses de origen europeo instalados en Argelia y el norte de África hasta su independencia.

[7] Efectivos no militares que fueron enrolados en territorio de Argelia por el Ejército francés durante la guerra de Independencia.

15

El domingo por la mañana, Andreani se levantó al alba. Quería llegar a la piscina de Nancy-Thermal en cuanto abriese y aprovechar los carriles aún desiertos. Tras haber recorrido sus treinta idas y vueltas habituales, se impuso un pequeño suplemento de diez largos para tratar de deshacerse de las preguntas que no lo abandonaban; en vano. El resto del domingo lo pasó dando vueltas por su casa, tomando un café tras otro. Luego, durante la noche en blanco, reunió los elementos en los que podía basarse para construir múltiples hipótesis. Pero ninguno de los itinerarios que tomó le había aportado respuesta alguna. La vida de Lourdier tenía una laguna de más de cincuenta años y Couturier no había encontrado ni un solo dato que permitiese llenar ni una ínfima parte de ella.

Pero no era esa la única razón que le impedía dormir. Cuando se levantó, sus músculos doloridos le recordaron el esfuerzo que se había impuesto la víspera y, mientras tomaba el café, reflexionó sobre cómo enfocar su cita de las nueve con la psicóloga.

Cuando llegó al bulevar Lobau, la doctora Rossini lo esperaba.

—Buenos días, teniente Andreani. ¿Buen fin de semana?

No respondió, se sirvió un café sin proponerle uno a ella y se sentó al otro extremo de la mesa con los brazos cruzados.

—¿Algún problema?

Se columpió en la silla.

—¿A qué está jugando, teniente?

—Y usted, ¿a qué juega usted, doctora?

Francesca Rossini observó el rostro cerrado, analizó la ironía que se vislumbraba en el tono de su voz.

—Ponga las cartas sobre la mesa, teniente, si le parece. Lo escucho.

—Berthaud —espetó en tono seco.

—Tendrá que darme más datos, porque no lo entiendo.

—Ah, ¿no lo entiende? Le ha contado a Berthaud lo de Moret y Peyrot, ¿no?

—Teniente, ya le dije que estas entrevistas eran absolutamente confidenciales. No he transmitido ninguna información al comisario Berthaud.

Andreani se levantó de golpe.

—No me tome por tonto. Berthaud está al tanto de lo de esos dos idiotas. ¡No tiene ni idea de lo que ha hecho!

—En eso tiene razón, teniente Andreani —replicó ella sin inmutarse —, no tengo ni idea. Me crea o no, el comisario Berthaud no sabe absolutamente nada de lo que hablamos aquí. Le recuerdo que estoy sujeta al secreto profesional.

Andreani la miró fijamente. ¿Era sincera o le estaba tomado el pelo?

—Escúcheme bien. La filtración no viene de los de Estupefacientes. Ellos saben perfectamente lo que pasó, pero había un pequeño litigio entre nosotros, así que pidieron mi cabeza, que es lo que querían desde hacía tiempo, y se la dieron. Couturier está exonerado de oficio. Sólo queda usted.

—¿Y por qué no Moret o Peyrot?

—¿Moret y Peyrot? Son imbéciles, pero no hasta el punto de denunciarse a sí mismos.

—Juntos tal vez no, pero por separado, ¿se le ha ocurrido?

No se había planteado aquella posibilidad. Si alguno de ellos tenía algo que hacerse perdonar, los dos eran tan corruptos como para tratar de cubrirse delatando a su compañero. Verdaderas hienas. No era imposible. Sacó el teléfono sin molestarse en pedir disculpas y marcó un número.

—¿Couturier? Sí, nos ahorramos las formalidades, si no te importa. Una pregunta: Moret y Peyrot ¿tienen algún problema entre ellos?

Escuchó la respuesta de su colega, alzó las cejas y colgó sin siquiera despedirse. Permaneció en silencio, con la mirada perdida,

pero no tardó en hablar.

—Todavía no estoy seguro, pero podría ser que tenga que pedirle disculpas, doctora. Peyrot…

Andreani no se dejaba sorprender fácilmente. Por lo menos, eso creía, pero debía admitir que Rossini acababa de marcar un tanto a su favor. Se aprovecharía de su ventaja y él tendría que portarse bien hasta el final de la entrevista.

—¿Empezamos? —preguntó ella simplemente.

El teniente no comprendió, cuando lo pensó más tarde, lo que se le había pasado ese momento por la cabeza.

—Empezamos, pero no aquí.

—¿Perdone?

—Respondo a todas sus preguntas, sin rodeos, sin excepción, pero vamos a tomar un café de verdad a otro sitio.

—¿Ir a tomar un café? No sé si es muy ortodoxo…

No había dicho que no. Él se metió de cabeza en la brecha.

—Olvídese un momento de la ortodoxia. Es aquí al lado. Y no esquivaré ninguna pregunta.

Ella pareció sopesar los pros y los contras.

—Si con eso recuperamos el tiempo perdido… De acuerdo, tomemos un café —aceptó al fin.

Cuando entraron en el bar, el Gran Serio se quedó mudo. Era la primera vez que Andreani acudía acompañado.

—Buenos días, Pierre. ¿Nos pone dos cafés, por favor? —preguntó interrogando a la doctora con la mirada.

Ella asintió con la cabeza.

—Ahora mismo, señor comisario…

—¿Señor comisario? —se sorprendió la psicóloga volviéndose hacia Andreani.

—No intente entenderlo, el Gran Serio es un original. En el mejor sentido del término.

—¿El Gran Serio? Desde luego…

—Bien, doctora, lo prometido… Soy todo suyo.

La psicóloga no fue al grano de inmediato, como había hecho en

las sesiones anteriores. Evitó los temas personales y se interesó por el día a día de la Brigada. En los detalles se comprendía mejor la personalidad de los pacientes, explicó. Recogía las piezas del rompecabezas y las ensamblaba pacientemente para hacerse una idea del desconocido que tenía enfrente. Su trabajo no era muy distinto del de un policía, al fin y al cabo. Andreani mantuvo su promesa y no se escabulló. Se soltó y emprendió un monólogo que ella no interrumpió. Se había hecho policía por vocación, pero no tenía nada de soñador, ni siquiera en sus inicios. No se engañaba sobre la amplitud ni sobre la dificultad de la tarea. Como la mayor parte de los policías, sufría el desgaste. Las dificultades para obtener una orden judicial cuando la implicación de un sospechoso era más que evidente, los casos de pequeños atracos y agresiones que se iban aparcando por exceso de trabajo, mientras que hasta la menor infracción del Código de Circulación era inmediatamente perseguida y sancionada. La amargura de no llegar nunca a cerrar un caso y que, cuando se llegaba, estuviera tan mal elaborado, por la falta de tiempo, que el sospechoso terminara saliendo libre por vicio formal. Entonces, sí, a veces estaba justificado infringir el reglamento, porque uno quería ir más rápido, todavía creía en ello. Pero veía agrietarse el edificio y sabía que no estaba haciendo más que retrasar las cosas.

A menudo pensaba en dejarlo todo. Algunos casos especialmente sórdidos, el de Lanfranchi en particular, lo habían sacudido y fragilizado, lo admitía. Cada vez le llevaba más tiempo recuperar la perspectiva y la distancia con un mundo cuya negrura lo desesperaba más cada día. Bebía de más las noches de profundo cansancio, pero era una simple válvula de descompresión. Admitía que había ido demasiado lejos el 6 de septiembre, pero sabía exactamente lo que hacía. Era una elección y no dudaba en asumirla hasta sus últimas consecuencias. No se había vuelto loco, se había salido del marco. Para él, en ciertas circunstancias, el fin justificaba los medios, aunque admitía que el sistema no pudiese tolerar ese enfoque por parte de un policía.

La psicóloga no dio a entender nada, no hizo comentarios. Él era consciente de haberse arriesgado. Se había entregado y le era imposible saber lo que iba a sacar la psicóloga de aquella entrevista. Pero se dio cuenta de que le había sentado bien, de que se relajaba, quizás incluso se liberaba.

Eran las once pasadas cuando se estrecharon la mano y se fueron en sentidos opuestos. Apenas había tomado la calle Raugraff cuando le sonó el teléfono. Descolgó.

—Hola, cielo. ¿Ya has vuelto de…?

—Se ha muerto otro —anunció Lisa sin dejar que su padre terminara la frase.

Andreani se detuvo en seco.

—¿Dónde estás?

—En el trabajo. Acabo de llegar, estoy de tarde esta semana —respondió su hija con voz tensa.

—Voy enseguida.

16

Dos muertos en una semana. Tal vez fuese una casualidad, pero para una residencia de ancianos privada no era precisamente la mejor publicidad. Además, después de lo que había averiguado sobre Lourdier, todos sus pilotos de alarma parpadeaban.

Lisa lo esperaba en el vestíbulo. En cuanto vio a su padre, corrió a refugiarse en sus brazos. Él la estrechó en silencio.

—Es el señor Slimani —dijo al fin—. Ha tenido un infarto.

La noticia lo tranquilizó. No esperaba precisamente encontrarse con un cadáver apuñalado o acribillado, pero no había dejado de darle vueltas durante todo el trayecto.

—¿Lo conocías bien?

—No mucho, llegó hace sólo unas semanas, pero era un señor muy agradable.

—¿Te lo has…?

—No, la enfermera de guardia, esta mañana. No se había levantado, así que se acercó a ver.

Andreani se sintió aliviado

—Oye, cielo, ya sé que no es el momento, pero…

—Dime, está bien, no pasa nada, no pasa nada —repetía Lisa como para consolarse.

—¿Quién constató el infarto?

Lisa lo miró con los ojos muy abiertos.

—El médico de guardia, ¿por qué? ¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada, tranquila. Es mi lado Colombo, nada más.

Se abrió una puerta ante una mujer en la cincuentena con los brazos cargados de carpetas. Su traje de chaqueta gris amenazaba con estallar de un momento a otro. Apoyó las carpetas en una mesa y, perentoria, preguntó a Lisa si había comenzado su turno y lanzó

una mirada crítica a Andreani.

—Inspector Andreani, Brigada Criminal —se presentó él.

—Buenos días, inspector —replicó la mujer sin ocultar su disgusto.

—Soy el padre de Lisa.

—Ah, bueno —asintió ella con un esbozo de sonrisa—. Laurence Roussel, soy la directora del establecimiento. Es muy triste, ¿verdad, Lisa, cariño? —se sintió obligada a añadir—. Pobre señor Slimani. Creo que te apreciaba mucho. Un infarto… Pero, en fin, murió mientras dormía, no sufrió.

Ese tipo de comentario solía crisparlo, pero no era el momento de discutirlo con esa mujer.

—Sí, mi hija está bastante afectada por estas… desapariciones. Ya la semana pasada, con el señor que se cayó.

—Ah, sí, el pobre señor Lourdier.

—Debe de hablar usted mucho con los residentes, ¿verdad?

—Naturalmente, es parte de nuestro trabajo, las relaciones humanas ante todo.

Sí, seguro… Una caja registradora en lugar de corazón, más bien.

—El señor Lourdier no recibía muchas visitas, ¿verdad?

La directora frunció el ceño.

—Esa clase de información es confidencial y Lisa no debería…

—No se preocupe, señora Roussel. Deformación profesional, sencillamente.

—Ah, entiendo… No, desde luego, estaba muy solo. Pobre señor Lourdier… Sus antiguos camaradas pasaban por aquí de vez en cuando, pero como su alzhéimer estaba muy avanzado, no estoy segura de que siempre los reconociera.

—Sí, para la familia, incluso a esa edad, es terrible —dijo Andreani.

—El señor Lourdier no tenía familia. Como le he dicho, de vez en cuando venían sus amigos, pero aparte de eso era un hombre solitario. A veces daba pena verlo, sobre todo los domingos.

—Pero ¿a quién debían avisar en caso de emergencia, entonces? —continuó aguantando la respiración.

—No tengo derecho a decírselo —respondió la directora—. Si me

disculpa…

Cogió sus carpetas, le dirigió un saludo y se alejó. El teniente se reunió con su hija. No tenía certeza alguna, pero esta vez no pensaba pasar por alto la oportunidad. Había que actuar deprisa.

—Lisa, necesito que hagas algo por mí. Tienes tu nuevo teléfono, ¿verdad?

—Sí, claro, pero…

—Quiero que fotografíes todo lo que haya en la habitación del señor Slimani.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—Escúchame. Quiero simplemente que fotografíes su habitación desde todos los ángulos, lo que haya en las paredes, en la mesilla de noche, en las estanterías, en los armarios, fotos de todo.

Lisa lo miraba completamente atónita.

—Pero ¿por qué me pides eso? ¿Qué ha hecho el señor Slimani?

—Nada. De momento no puedo decirte nada, Lisa, porque no estoy totalmente seguro.

—¿Seguro? ¿De qué?

—Nada en concreto, sólo quiero asegurarme de que todo esté en orden, nada más.

—Joder, papá, ¿qué es lo que pasa?

—Ya te lo explicaré, te lo prometo. Pero, antes de nada, necesito esas fotos.

Lisa terminó aceptando. Andreani se reprochaba mezclarla en aquello, pero era la única que podía proporcionarle los elementos necesarios para asegurarse de que todo cuadrase con Slimani.

Al pasar por la recepción, reconoció a la colega de su hija, a la que había contestado mal la semana anterior.

—Buenos días, señorita. Mire, querría pedirle disculpas por lo de la otra vez. Estaba cansado, lo lamento muchísimo.

—Bueno, no pasa nada —respondió ella en tono casi avergonzado —. Son cosas que pasan. Y, además, estoy acostumbrada. La verdad —sonrió—, yo también tengo ganas de explotar a veces.

—Me lo imagino, sobre todo porque con estas muertes debe de

tener usted mucho trabajo, ¿verdad?

—Sí, en este momento es un no parar. El señor Lourdier la semana pasada, el señor Slimani hoy… Pero bueno, casi podría decirse que es normal, ¿no? A estas edades, ya se sabe…

—Debe conllevar mucha burocracia, supongo.

—Con el señor Slimani, sí, me va a llevar todo el día —lamentó señalando la carpeta de cartón sobre su escritorio—. Si todo fuera como con el señor Lourdier, sería mucho más sencillo.

—¿Se ocupó alguna de sus colegas? Qué amable por su parte.

—¿Una colega? Eso sí que me extrañaría… No, sólo es que no tuve nada que hacer. Como siempre con el señor Lourdier, se encargó de todo la Sogemed.

La voz de la directora resonó en el pasillo.

—Isabelle, ¿puedes venir un momento, por favor?

La joven le pidió disculpas. Él fingió dirigirse a la salida. Unos segundos más tarde, tras haberse asegurado de que se había marchado, dio la vuelta, rodeó el escritorio y sacó el teléfono para fotografiar las primeras páginas del dosier Slimani sin pensárselo dos veces.

Antes de que volviese la recepcionista, ya estaba en la calle.

Tenía toda la tarde por delante. Decidió volver a casa.

No podía evitar pensar en su entrevista con la psicóloga. Esa mañana lo había escuchado sin interrumpirlo, animándolo a seguir de vez en cuando, pidiendo aclaraciones. Parecía escucharlo de verdad y en ningún momento se había sentido juzgado. ¿Cómo se podía formar una opinión sobre alguien en unas pocas horas? Su carrera dependía del informe que ella iba a redactar. Se había entregado como no lo había hecho nunca con nadie. Había abierto las compuertas y se preguntaba si había sido sensato, pero ya era demasiado tarde para preocuparse.

Un *riff* de guitarra lo sacó de sus reflexiones. Luego otro, otro más… La lista de mensajes se iba alargando a una velocidad vertiginosa. Trató de abrir el primero, pero el archivo pesaba demasiado. Conectó el teléfono a su ordenador y transfirió las fotos

al disco duro.

Lisa no había perdido el tiempo. Ya volvería a mirar las fotos de la habitación más adelante para examinarlas detalladamente; de momento estaba impaciente por consultar la ficha de Slimani. Se preguntó si, al igual que el de Lourdier, el dosier de Slimani presentaría anomalías. La foto de su ficha de inscripción en la residencia Las Espigas Azules estaba un poco borrosa, pero los datos eran legibles.

Redouane Slimani, nacido el 16 de mayo de 1934 en Tlemcen, Argelia. Número de documento de identidad, pasaporte, tarjeta sanitaria, historial clínico, cuenta bancaria para el pago mensual de la residencia, no faltaba nada. Todo parecía estar en orden. El inspector se sintió algo decepcionado, pero enseguida se sobrepuso. Para una vez que se trataba de una muerte natural, tampoco iba a quejarse.

Fue revisando las otras fotos. Lisa había seguido las instrucciones al pie de la letra y había sacado fotos de todo lo que había en la habitación, desde las medicinas que tomaba el anciano y la pila de libros en la mesilla de noche, hasta el cepillo de dientes y el dentífrico. Nada le llamó la atención. Fotos familiares en las paredes, la mayoría en blanco y negro, niños vestidos de domingo, una mujer mayor con traje tradicional delante de tres jóvenes —una mujer y dos hombres—, el retrato de otra mujer; algunos objetos personales, un álbum con una colección de sellos. Nada en la vida y la muerte de Redouane Slimani parecía salirse de lo normal. Podía volver a concentrarse en el caso Lourdier. Vaya por Dios, ¡había olvidado lo que le había revelado la recepcionista! Couturier tendría que colaborar de nuevo.

17

Aunque llevase años trabajando con él, Andreani no dejaba de sorprenderse de la eficacia de Couturier. Apenas unas horas después de su petición, su colega le transmitió una síntesis de todo lo que había que saber sobre la Sogemed, más de treinta páginas. Tras haberlas imprimido, se acomodó en el sillón para leerlas.

La Sogemed era una filial española de la Sogemines —Sociedad General de Minas—, una empresa de las que ya no existían. Si bien Couturier no había encontrado gran cosa sobre la sucursal española, la historia de la casa matriz no carecía de interés. En Villiers-en-Braine, donde se hallaba su sede, la Sogemines era omnipresente. La estatua de su fundador, Pierre-Henry de Royan-Longuet, destacaba frente al ayuntamiento y la calle comercial llevaba su nombre. La sociedad había sido creada en 1867 y se desarrolló rápidamente. Su nombre lo indicaba claramente, la Sogemines era una empresa minera, como abundaban en la región a finales del siglo XIX, pero el señor Pierre, como llamaban al fundador, había puesto en marcha la idea de transformar *in situ* la materia prima que sus fábricas extraían del subsuelo. Así pues, la empresa fue una de las pioneras en la manufactura de raíles de ferrocarril en sus cubas de fundición. En espacio de medio siglo, se había convertido en una de las fábricas francesas de acero más importantes. Entretanto, Pierre-Henry de Royan-Longuet fue elegido alcalde de la ciudad y después diputado del departamento. Ocupaba un escaño en la Asamblea Nacional junto a los católicos liberales. Se decía incluso que había contribuido a derrocar a varios gobiernos en la Tercera República. Cuando murió, su hijo Aubin ocupó su puesto. La Sogemines prosperó con la producción de cañones y, más adelante, con blindajes para tanques de guerra. Pero fue el nieto, Charles,

quien llevó la empresa familiar a otro nivel. Elegido alcalde y diputado, como su padre y su abuelo, no tardó en entender el alcance de los cambios sociales sobrevenidos en los años treinta. Emprendió la rehabilitación de las termas romanas —abandonadas desde hacía más de un siglo—, construyó un parque de atracciones en las afueras de la ciudad, hoteles, del más económico al más lujoso, y obtuvo incluso la licencia de apertura de un casino gracias a sus relaciones políticas. De ser una pequeña ciudad industrial de provincias, Villiers-en-Braine pasó a ser un centro turístico regional. Cuando la empresa celebró su centenario, Jean ya había tomado el relevo e invertía a diestra y siniestra en los medios de comunicación para asentar su influencia en la sociedad. Hoy en día era Guillaume, tataranieto de Pierre-Henry de Royan-Longuet, quien dirigía la casa, más floreciente que nunca tras haber anticipado la revolución digital. Los Royan-Longuet siempre iban por delante.

La familia Royan-Longuet reinaba, la ciudad le pertenecía. Había financiado con su propio patrimonio la construcción del centro preolímpico y el estadio de atletismo donde se disputaba cada año el trofeo Pierre-Henry de Royan-Longuet. Poseía el periódico local, *La Libertad de la Braine*, así como la cadena de radio que emitía para toda la región. Patrocinaba la mayoría de los espectáculos celebrados en el Palacio de Congresos, subvencionaba las guarderías municipales, las asociaciones. En Navidad hacía regalos a los hijos del personal y en verano los mandaba a campamentos por todo el mundo. Naturalmente, no olvidaba a sus once mil empleados —en una población de cuarenta mil habitantes—, poniendo a su disposición viviendas por un alquiler simbólico. Cuando algún empleado sentía ganas de independencia, le ofrecía, por medio de uno de sus bancos, financiar y construir su sueño familiar en condiciones más que ventajosas.

En la actualidad, la familia Royan-Longuet, la empresa y la ciudad se fundían en una entidad única que controlaba a cada uno de los habitantes, desde su nacimiento hasta su muerte. Además de todas las ventajas que proporcionaba a sus «hijos» y de los beneficios con

los que inundaba la ciudad, la Sogemines había puesto en marcha células de detección en los clubs deportivos y las escuelas de la ciudad. Había entrenadores y profesores particulares que se hacían cargo de los alumnos que mostraban algún talento específico. Por otra parte —y seguramente por su propio bien—, participaba en la vida privada de sus trabajadores proponiendo asesores matrimoniales a las parejas con dificultades o apoyo psicológico a los empleados con problemas de estrés. En Villiers-en-Braine los colegios obtenían mejores resultados que en las demás instituciones de la República; la tasa de divorcio era una de las más bajas del país y el suicidio prácticamente inexistente. Además, cuando en el resto del territorio los sacerdotes celebraban la misa ante unos pocos jubilados marchitos, la iglesia de Villiers no tenía sitio para acoger a sus fieles. Pero la Sogemines no tardaría en remediarlo; porque la Sogemines estaba en todas partes, la Sogemines se ocupaba de todo.

Sin embargo, la familia Royan-Longuet era muy discreta. Couturier no había encontrado más de diez artículos sobre ella, y se trataba sólo de actas de inauguración y de la puesta de la primera piedra del nuevo hospital o el nuevo teatro de la ciudad.

Con todo, había encontrado un artículo del *Republicano de Lorena* de junio de 1962, que señalaba «el gesto excepcional del joven director de la empresa Sogemines, Jean de Royan-Longuet», que acababa de recibir con los brazos abiertos a varios centenares de repatriados de Argelia —los llamados pies negros— ofreciéndoles vivienda y empleo.

Aparte de aquel artículo, vacío total. Argelia aparecía como trasfondo, pero eso no les servía de nada. Era imposible relacionar a Lourdier con la Sogemines. ¿Por qué una de sus filiales se había hecho cargo de los gastos de su estancia en Las Espigas Azules? Tal vez hubiera trabajado para la empresa, con un nombre falso necesariamente —de otro modo, Couturier habría encontrado en la Seguridad Social el rastro de Roger Bernard Lourdier—, o para la Sogemed en España. Seguramente las respuestas se encontrasen en

los archivos de la empresa, pero, obviamente, resultaba imposible solicitar la consulta de los registros de personal.

Sabía que en cualquier momento aquella historia podía estallarle en la cara. Si se descubría que había ocultado un homicidio para investigar por su cuenta —mientras estaba suspendido, por si fuera poco—, lo expulsarían inmediata y definitivamente. Un investigador suspendido, un asesinato no declarado, millones de preguntas, ninguna respuesta, el caso Lourdier ni siquiera estaba oficialmente abierto todavía y ya era un callejón sin salida. ¿Qué le quedaba?

Encendió el ordenador y volvió a examinar las fotos que le había mandado Lisa. Un traje raído y anticuado. Medicamentos para la insuficiencia cardiaca, toneladas de libros, fotografías amarillentas colgadas en la pared. Una foto descolorida en blanco y negro llamó su atención. Mostraba a dos jóvenes sentados en unas rocas, rodeándose los hombros con los brazos. De no ser por la inscripción «Redouane y Mehdi» en la parte de abajo, habría sido imposible decir de quién se trataba. ¿Slimani y un amigo, un primo, un hermano? Agrandó la imagen al máximo. Era difícil sacar conclusiones de una foto tan desvaída. Los dos muchachos debían de tener unos veinte años, no más. Bajo los nombres había una inscripción casi ilegible. «Tebera» o «Tebena», un lugar probablemente, seguido por una fecha, «1954». «El año en que empezó la guerra de Argelia», pensó el policía.

18

Ya era bastante por hoy. La psicóloga por la mañana, la llamada de Lisa, el resto del día tratando de seguir pistas que no llevaban a ninguna parte o no existían… Seguía sin saber nada de su futuro y se veía reducido a llevar a escondidas una investigación que no era tal cosa. Por si acaso, sin realmente saber por qué, le había pedido a su colega que comprobase si Slimani había trabajado en la Sogemines, pero resultó que Redouane Slimani había abierto una frutería nada más llegar a Francia y no había tenido nunca vínculo alguno con los Royan-Longuet.

Puso un disco en el plato, se desató los cordones y se arrellanó en el sillón. No estaba enfocando bien el caso, era consciente, pero no podía hacerlo de otra forma. Se dio cuenta de que estaba jugando con sus gafas, cuando se ponía nervioso no podía evitar hacerlas girar por una patilla.

Recibió un mensaje que acabó de arruinarle la noche. Era Legast. Un tipo de la Sogemines había ido a entregar un permiso de inhumación. Después de todo, era lógico. Una funeraria con un nombre estúpido debía llevarse el cuerpo de Lourdier, con todos los gastos pagados por la Sogemines. El entierro estaba previsto el miércoles en Villiers-en-Braine. Era imposible evitarlo. Andreani juró y maldijo. A dos metros bajo tierra, Lourdier ya no podría revelar nada. Iban a enterrar el caso, nunca mejor dicho, y no había nada que él pudiera hacer.

Había jugado todas sus cartas sin ganar nada.

En la cocina, eligió una botella de Rioja, la abrió, llenó una copa y olió el vino antes de acercarse a la ventana del salón que daba a la Grande Rue. En la acera, los adoquines dibujaban una fecha, 1477, que supuestamente indicaba el emplazamiento del estanque de San

Juan junto al cual se había encontrado el cuerpo desnudo, en parte devorado por los lobos, de Carlos el Temerario, Gran Duque de Occidente y último duque de Borgoña. Sin hacer caso a nadie, el Audaz había creído poder ganar la batalla contra Renato II de Lorena, cuando todo indicaba un desequilibrio de fuerzas en su contra. Su arrogancia lo había perdido y lo había llevado a un sórdido final.

Y él, ¿a quién hacía caso? Yendo siempre por su cuenta, tomando sistemáticamente por tontos a los demás, incapaz de confiar en nadie. ¿Acaso Couturier se merecía que lo tratase de aquella forma? Siempre podía contar con su compañero, que le había sacado las castañas del fuego en múltiples ocasiones, sin hacerle el menor reproche y sin pedirle nada a cambio. Que Couturier no hubiera pasado de inspector ¿tenía algo que ver con su fidelidad? Y él iba dando lecciones, él, que estaba al borde de ser relevado de sus funciones por haber recurrido a una forma de justicia más expeditiva, con un homicidio entre las manos que no se decidía a pasar a sus colegas. ¿Y si en su tiro al camello de Saint Nic' hubiera resultado herido un transeúnte? ¿O muerto? Un niño de camino al colegio o una mujer embarazada. Pero ¿y si nunca se encontrase al asesino de Lourdier? ¿Por quién te tomas, Philippe Andreani?, se recriminó.

Se sirvió otra copa. Había caído en su propia trampa. Podía guardarse lo que sabía o contárselo todo a Berthaud, venía a ser lo mismo, el caso se le escapaba.

Mingus interpretaba *Better not wait 'till it's too late.*[8] Tenía razón sin duda, se dijo Andreani.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta.

Se resignó a marcar.

—¿Andreani? ¿Sabe qué hora es? —preguntó el comisario con voz pastosa.

—Jefe, no lo habría molestado si no fuera importante.

—¿Qué pasa? ¿Ha vuelto a cagarla?

—No… Bueno, sí y no. Pero no por teléfono. Quedemos en algún

sitio.

—¿Qué? ¿Ahora? Joder, Andreani, que mi mujer está viendo una película, me ha dejado a mi aire, puedo leer tranquilamente y ¿me quiere usted sacar de casa? Está mal de la cabeza, lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé, jefe, no lo habría llamado si no fuera importante.

—¿Hasta ese punto?

—Eso me temo, sí…

Un lunes, a las diez de la noche pasadas, la vida nocturna de Nancy era inexistente. Se citaron en el bar Mustang.

—¿No ha encontrado nada mejor que un puticlub? —preguntó Berthaud consternado—. Espero que no me haya sacado de la cama para nada, porque esta vez no me va a hacer falta el informe de la psicóloga para expulsarlo.

—Es algo serio, jefe —dijo el inspector, seguro de que Berthaud no bromeaba.

Emprendió un largo monólogo, deshilvanando el caso desde cero: la residencia de ancianos, la llamada de su hija, el accidente de Lourdier, la ausencia de número de Seguridad Social que lo había intrigado, las dudas sobre la naturaleza de las heridas de Lourdier, los elementos que llevaban a la Sogemines, la guerra de Argelia de trasfondo, el segundo deceso. No mencionó a Couturier en su relato, pero Berthaud no se dejó engañar.

—Andreani —dijo el comisario tras haber escuchado al inspector sin interrumpirlo—, desde luego tiene usted el arte de meterse en problemas. Puedo entender que el caso le haya caído del cielo sin que usted lo buscara, que no haya podido evitar meter las narices aun estando suspendido y hasta que haya esperado tanto para contármelo. Paso por lo de Couturier…

—Couturier no tiene nada que… —trató de intervenir Andreani.

—Paso por lo de Couturier —insistió Berthaud—, paso por lo de Legast, porque supongo que no se ha convertido usted en experto en medicina forense de la noche a la mañana, y hasta paso por que haya llevado todo esto suspendido. Vamos, que me trago lo que me eche, teniente Andreani. Pero si pudiera dejar de tomarme por

imbécil, le estaría muy agradecido.

No pudo más que admitir que el jefe tenía razón. Le pidió disculpas.

—Bueno, ya está. Entonces, ¿ahora qué pasa?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que me encanta pasar la noche con usted, Andreani, bebiendo un champán infame a veinte euros la copa, en presencia por añadidura de estas encantadoras señoritas que revolotean a nuestro alrededor, pero ¿qué tal si va usted al grano? ¿Qué es lo que espera de mí?

—Deme el caso, comisario.

Berthaud abrió los ojos de par en par y se echó a reír.

—¡Lo suyo es grave, Andreani! —eructó sin preocuparse de que lo oyeran—. Lo que necesita no es un seguimiento psicológico, es un ingreso en un psiquiátrico. ¿Es usted consciente de su situación? ¿De lo que acaba de contarme? Tengo por lo menos diez motivos para expulsarlo.

—Jefe, usted entiende que este caso huele a problemas desde lejos. El Ejército, esa empresa… No encontrará nadie mejor que yo para hacer de fusible. Si sale mal, asumo toda la culpa.

Berthaud se agarró la cabeza con las manos y se frotó el cuero cabelludo.

—¡Está usted loco, Andreani! —dijo con un suspiro—. De verdad, está empeñado en jugar con fuego. Déjeme darle una vuelta —continuó—. Tengo que reflexionar. Y hablar con la psicóloga también. Pero luego no venga a llorarme si se quema las alas, porque no pienso mover un dedo. Y, además, si le soy sincero, no me convence el tema. Presiento que con la muerte del tal Lourdier va a abrir usted la caja de Pandora y no me gusta nada. En fin, ya lo hablaremos mañana, en mi despacho, a las nueve. Invita usted, obviamente.

Se levantó, se puso el abrigo y salió sin despedirse del inspector perdido en sus pensamientos, que se quedó solo en el canapé tapizado de malva que olía a tabaco frío.

—¿Un poco de compañía? —le propuso una chica de alterne

recauchutada, con una botella de champán en la mano.

Alzó la mirada y comprendió que lo que realmente necesitaba era un poco de aire fresco.

[8] Es mejor no esperar hasta que sea demasiado tarde.

19

No eran ni las cinco y media, pero de nada servía quedarse en la cama rumiando. Se levantó y fue a la cocina. Generalmente le bastaba una dosis de café molido. Esa mañana añadió una más. Mientras esperaba a que se hiciera el café, fue a su habitación, eligió una camisa planchada y pensó que también le haría falta afeitarse. Se dijo que parecía un estudiante de camino a la selectividad, aunque no era un título lo que estaba en juego, sino un caso de homicidio que no quería que se le escapara y también su carrera, que bien podría tomar el mismo camino.

Se duchó, se afeitó, se puso la ropa almidonada y volvió a la cocina para tomar el café. No tenía ningún plan. La noche anterior lo había contado todo, sin tapujos, dejando que su jefe se ocupara de separar el grano de la paja. Le había parecido que era la forma más apropiada. Cuando llegó al Mustang, Berthaud estaba furioso. Era inútil jugar al gato y al ratón con él, siempre iba de frente y esperaba que los demás lo tratasen igual. Si tenía algo que decir, no mandaba mensajeros, y cuando se le exponía un caso no le gustaba que anduviesen con rodeos. Si se tocaba la punta de la nariz, era señal de que había que ir al grano urgentemente, y quien lo ignorase se exponía a una de sus broncas homéricas. Pero la noche anterior el jefe no había dado nada a entender.

Las siete menos cuarto. Andreani se puso el abrigo, cerró la puerta tras él; los peldaños de la escalera crujían bajo sus pasos. Fuera hacía un frío de perros y había olvidado la bufanda. Se dirigió hacia El Gran Serio apretando el paso.

—¡Madruga mucho hoy, señor comisario!

—Buenos días, Pierre. Sí, hoy es un día especial.

—Todos lo son, ¿no?

—Es cierto, pero digamos que este lo es un poquito más.

—Aquí tiene uno solo bien cargado —dijo el Gran Serio mientras deslizaba la taza sobre la barra.

Andreani bebió en silencio.

—Es el café, ¿verdad? Cambié de proveedor la semana pasada y me parece que no ha sido una buena decisión.

Andreani observó el poso que tapizaba el fondo de la taza como si allí fuera a leer una objeción cualquiera, pero no respondió.

El Gran Serio se decidió a traicionar uno de sus principios profesionales.

—*Aegroto dum anima est, spes est*, señor comisario. No es asunto mío, pero, sean cuales sean sus preocupaciones, mientras le quede un aliento al enfermo, hay esperanza.

Andreani alzó la vista y miró al Gran Serio a los ojos. No pudo retener una sonrisa. Hundió la mano en el bolsillo y dejó unas monedas en la barra.

—Que tenga un buen día, Pierre. Y gracias —añadió antes de salir del bar.

Llegó con tiempo de sobra a la Brigada. Quiso saludar a Couturier, pero no había nadie en su despacho. En el cuarto piso reconoció la silueta del comisario recortada en el pasillo.

—¡Ah, ya está usted aquí! Muy bien, a mi despacho, ya —dijo sin molestarse en saludarlo.

Una vez cerrada la puerta tras ellos, Berthaud no se anduvo con miramientos.

—Viene usted hecho un pincel, Andreani… Parece un confirmante.

No le convenía replicar. Se había ganado la broma, después de darle la noche.

—Siéntese, esperaremos a la señorita Rossini. Pero antes de que llegue, déjeme decirle algo, teniente Andreani. Sea cual sea mi opinión sobre este asunto, tengo la obligación de tomar en cuenta la suya. No le va a gustar y seguramente ponga pegas. Si no se niega. La decisión es mía, pero no quiero arriesgarme a que se me vuelva a desmadrar usted y no actuaré en contra de la opinión de la

psicóloga. ¿Está claro?

—…

—¿Está claro? —insistió Berthaud.

—Está claro —asintió Andreani de mala gana.

Para no perder la compostura, Berthaud se levantó, se acercó a la ventana y fingió contemplar el paisaje. Andreani se columpiaba en la silla, de brazos cruzados. La calma antes de la tempestad, se dijo.

Tres golpes secos. El comisario se volvió y se dirigió a la puerta.

—Entre, doctora Rossini. La estábamos esperando.

—Disculpe el retraso, no encontraba…

—No hay problema —la interrumpió acompañando sus palabras con un gesto pausado de la mano—. Siéntese, por favor.

Era patente que no sabía por dónde empezar. No era algo propio de él.

—Iré al grano, doctora. El teniente Andreani, aquí presente —se animó al fin con cierta ironía en la voz—, ha dado con un caso, cuyos detalles obviamente no puedo comentar. Sólo puedo decirle que se trata de un homicidio en un entorno lo bastante, cómo decirlo… —buscó durante unos segundos la palabra apropiada—, sensible, sí, en un entorno lo bastante sensible como para decidirme a pedirle su opinión.

—¿Mi opinión? ¿Sobre qué? —preguntó Francesca Rossini visiblemente sorprendida.

—Bueno, dado este contexto… particular, diría yo…

Claramente Berthaud iba pisando huevos. Elegía las palabras con cuidado. Andreani no sabía cómo interpretar aquel exceso de prudencia inhabitual en el comisario.

—Parece ser —prosiguió Berthaud— que el comisario Andreani podría ser el investigador más adecuado para… dirigir esa investigación. Eso es —concluyó Berthaud dejando que la psicóloga sacara sus propias conclusiones.

La doctora Rossini tardó unos instantes en comprender lo que el comisario no se atrevía a decirle directamente.

—Si lo he entendido bien, me está preguntando si el teniente

Andreani está en condiciones de reintegrarse, ¿es así?

—Reintegrarse… de forma inmediata —consideró necesario aclarar Berthaud.

—Eso había entendido —respondió ella con voz cortante—. Y, naturalmente, debo pronunciarme ahora mismo —añadió.

—Las circunstancias exigen…

—Está bien, ya veo.

Durante un momento que a Andreani le pareció una eternidad, permaneció en silencio. Se limitaba a mirarlo fijamente, pero él no conseguía afrontar su mirada.

—Muy bien. Quiero hablar con usted y, después, con el inspector Andreani.

20

Llevaba más de veinte minutos esperando cuando la psicóloga salió con el rostro serio del despacho. No tuvo que esperar mucho para saber a qué atenerse. Berthaud apareció en el marco de la puerta y le hizo un gesto para que se acercase.

—Le asigno esta investigación, Andreani. Me la lleva usted de manera impecable, porque a la mínima que saque los pies del tiesto, lo pongo de patitas en la calle. Quiero que nos informe a diario de todo lo que haga, y digo bien, a diario, ¿está claro?

—¿«Nos» informe?

—Sí, a la doctora Rossini y a mí. Obviamente, los aspectos puramente técnicos de la investigación resérvemelos a mí, pero en lo que se refiere a cómo gestionar el caso, la doctora Rossini tendrá que ser informada sistemáticamente. Será su…carabina. Eso es, Andreani, su carabina —sentenció sin el menor asomo de humor.

Andreani iba a protestar, pero el comisario no le dejó abrir la boca.

—No hay nada que negociar, Andreani. Es eso o nada. Y ya puede dar gracias a la doctora Rossini por haber sido tan comprensiva. No tenía ninguna obligación.

Andreani no daba crédito. Suspiró, se frotó la frente con el índice y el pulgar, tratando de digerir la noticia.

—Vamos a tener que hablarnos, teniente.

¿Qué había que decir? Estaba pillado y no tenía elección. ¿Cómo iba a llevar una investigación con la psicóloga a
cuestas?

—¿Qué es lo que espera de mí? —preguntó.

—Mejor no hablarlo en el pasillo, ¿no le parece? —respondió ella indicándole con la cabeza que la siguiera a una sala de reuniones.

Cuando le anunció que no pensaba estar con él sobre el terreno,

Andreani trató de ocultar su alivio.

—No se alegre tanto todavía —dijo ella—. Tengo que saber dónde está y qué hace, o me veré obligada a informar al comisario Berthaud de que ya no estamos permanentemente comunicados. Ese es el trato, teniente.

—Muy bien. La mantendré al tanto, doctora.

—Regularmente.

—No iré ni al baño sin informarla —bromeó con torpeza.

—¿Se cree usted gracioso, teniente Andreani? Es vulgar, como mucho. Ya conoce las condiciones, usted sabrá si las aplica o no. Tiene mi número de teléfono y mi *email*. Si se sale del radar, envío inmediatamente las conclusiones de mi informe al despacho de Berthaud —respondió mientras salía.

Andreani sintió que había ido demasiado lejos. Se levantó y llegó hasta ella.

—Doctora… —vaciló—. Discúlpeme, ha sido un mal… enfoque. Sé lo que le debo. Quiero darle las gracias.

—La mejor manera de darme las gracias será respetando los términos de nuestro acuerdo, teniente. Si usted falla, yo también sufriré las consecuencias.

La situación distaba mucho de ser ideal. Berthaud querría resultados rápidos. Lo iban a freír a llamadas para saber por qué había vuelto a poner a Andreani en circulación. La psicóloga le iría pisando los talones y no habría forma de olvidarlo. Iba a tener que hilar muy fino y, sobre todo, ponerse inmediatamente manos a la obra.

Andreani bajó los cuatro pisos andando. Su rodilla aprovechó para llamar la atención. Como de costumbre, entró en el despacho sin llamar. A Couturier, absorto en la pantalla de su ordenador, no le hizo falta volverse para saber quién era.

—Bueno, Philippe, ¿otra vez de servicio?

—Las noticias vuelan, por lo que veo.

—Supongo que…

—Supones bien. Empezamos de cero, recapitulamos. Y no hace

falta que te diga que es urgente, así que nos ponemos ya. Lo primero, el recuento de los hechos. ¿Te encargas tú?

Couturier no necesitaba explicaciones. Ahora que tenían vía libre, habría que sacar el dosier de Lourdier de Las Espigas Azules, interrogar al personal y, llegado el caso, a otros residentes, consultar el registro de visitas, solicitar el visionado de las grabaciones de las cámaras de seguridad si las hubiera, en definitiva, un trabajo ingrato y cronófago que a esas alturas seguramente no les aportase mucho, pero que no podían dejar de hacer.

Había que solucionar lo más urgente. La primera llamada fue para el forense.

—¿Legast? Andreani. Nuestro muerto, Lourdier, ¿te acuerdas? Me lo tienes que abrir. Necesito tu informe y tus conclusiones oficiales.

—¡Joder, Andreani, sabes perfectamente que no puedo hacer eso! Tendría que haber una investigación abierta —protestó el forense.

—La hay. Sácame a Lourdier del cajón, me lo autopsias y me mandas las conclusiones hoy mismo. Espero que no te hayas equivocado.

—Hay un problemilla, teniente.

—Como si no tuviera ya bastantes.

—Eres como la caballería, llegas demasiado tarde. Ya han venido a llevarse el cuerpo. Esta misma mañana.

—¿Esta mañana? ¡Podrías haberme avisado, Legast!

—No me jodas y mira el teléfono, llevo todo el día llamándote.

Andreani registró sus bolsillos, pero no encontró su móvil.

—¿La Sogemines?

—Sí. Un tal… Bastre, con un notario que no recuerdo cómo se llamaba. Me han entregado el permiso de inhumación en regla, firmado por el alcalde de Villiers-en-Braine.

—Bueno, a ver… ¿Cuándo va a ser el entierro?

—Mañana, miércoles, a las diez. ¿Lo anulamos y pido que vuelvan a traer el cuerpo?

Andreani reflexionó un momento, deslizando los dedos por la superficie del escritorio.

—¿Estás ahí?

—Déjalo, Legast. La autopsia puede esperar. Ponme por escrito lo que me contaste el otro día, de momento nos conformamos con eso.

—Mis primeras constataciones no tienen valor jurídico. Sólo los resultados de una autopsia realizada según las normas pueden incluirse en el expediente policial. Lo sabes de sobra, ¿no?

—Lo sé, Legast. Pero no será difícil obtener un permiso de exhumación.

—¿Quieres dejar que entierren a Lourdier para desenterrarlo después? Me cuesta seguirte, la verdad.

—Ni lo intentes. Ya te llegará el cadáver… De momento, quiero satisfacer mi curiosidad.

Couturier había escuchado la conversación en silencio y parecía haber entendido las intenciones de su compañero.

—Supongo que reservo un coche de servicio para mañana, ¿no?

—Exacto. Vamos a visitar a gente fina, así que, por favor, evita las camisas hawaianas y las corbatas de flores, ¿vale? Venga, empezamos.

A medida que Andreani enunciaba los hechos, Couturier los introducía en su ordenador. Había elaborado un programa de cotejo de datos que permitía establecer toda clase de relaciones. Todo pasaba por la «trituradora» —así llamaba él a su programa— y salía en forma de diagramas, tablas cronológicas, organigramas y diagramas de Venn. Supuestamente era comprensible para cualquiera, pero a Andreani le sonaba a chino.

—¿Qué sale?

—Basándome en el gráfico cronológico…

—Ahórrame el sufrimiento…

—Relax, buen hombre, relax… Deja que te enseñe esto.

«Esto» era el orgullo de Couturier. Un documento de síntesis que determinaba las prioridades de una investigación, cruzando las principales zonas de sombra con los vínculos más directos entre los distintos aspectos del caso tratado.

—Mira, todo es una cuestión de probabilidades. Esta primera línea,

aquí —explicó Couturier señalando un punto en la pantalla—, no significa que ahí se encuentre la solución, pero es muy probable que te indique cómo desenmarañar la madeja.

—¿Desenmarañar la madeja? —repitió Andreani con una mueca dubitativa.

—Por dónde buscar la aguja en el pajar, si lo prefieres…

—¿Y qué dicen tus probabilidades?

—Ya te lo imaginas. Vamos a tener que husmear en los asuntos de la Sogemines, y si es posible de la Sogemed, pero como esa estructura está registrada en España, llevará más tiempo… Tengo un índice de setenta y seis por ciento. Ya he pedido una orden al juez.

—¿Setenta y seis por ciento?

—Cuando un índice es superior a cincuenta, puedes estar seguro de que hay algo que rascar, algo que no está a la vista. Cuando es superior a setenta, es que acabas de pisar una mierda.

—Couturier, eres…

—Brillante, ya lo sé, gracias, Philippe. Pero espera, no he terminado.

—¿Tienes algo más?

—Slimani. Lo he pasado por la trituradora también, para que no se nos escape nada.

—¿Redouane Slimani? No hay mucho que decir, no ha saltado ninguna alarma.

—Con Redouane seguro que no, pero yo me refiero a un tal Mehdi Slimani. Y harías bien en echarle un vistazo al dosier que acabo de mandarte por *mail*.

21

Era el último día de las vacaciones de verano de 1956. Septiembre llegaba a su fin, pero aún hacía calor en las calles de Argel y la ausencia de viento volvía el aire asfixiante. En la calle de Isly, una docena de clientes buscaban algo de frescor en la terraza del Milk Bar, un café-heladería. Una abuela compraba a su nieta el último helado de las vacaciones, dos amigos arreglaban bulliciosamente el mundo ante unos cafés y unos niños jugaban a la pelota en la acera. Dos militares armados hacían la ronda en la acera de enfrente.

Se acercó una mujer joven. Apenas veinte años, el pelo recogido en un moño. Llevaba un vestido blanco, ligero, bailarinas blancas y un gran bolso de viaje colgado del brazo. El bolso era tan grande que resultaba absurdo. La joven se detuvo ante la terraza, lanzó una mirada rápida a su alrededor, dejó el bolso bajo una mesa libre y, en lugar de sentarse, echó a correr. Nadie tuvo tiempo de preguntarse por qué. Con un ruido ensordecedor, la explosión barrió la terraza. Los cuerpos salieron despedidos, volaron esquirlas de cristal por todas partes, resonaron gritos, llantos y chillidos llenaron la calle. La niña quedó sola en medio de la calzada, sentada en un charco de sangre con una pierna arrancada. Tenía la boca abierta, pero no emitía sonido alguno. Su abuela yacía a su lado, con los brazos flexionados y las piernas juntas, como si durmiera. De su espalda sobresalía un enorme pedazo de madera que se le había clavado entre los hombros y le salía por la garganta. El tronco de un hombre reposaba sobre una silla volcada. De pie en medio de esa pesadilla, con el rostro ensangrentado, un camarero seguía con la bandeja en la mano. Vaciló un largo instante como si se dejase llevar por el viento y entonces, como si al fin fuera consciente de lo que acababa de suceder, lanzó un gemido agudísimo, parecido al aullido de un

lobo. Todo su cuerpo temblaba. Tropezó y, pasando por encima de cuerpos y escombros, echó a correr sin soltar la bandeja.

Más adelante se sabría que la joven que había puesto allí la bomba se llamaba Malika Draif. Algo después se convertiría en esposa, y luego en viuda, de Mohamed Bajar, jefe del FLN en la ciudad de Argel. Su jefe de sección, el que había coordinado el atentado, se llamaba Mehdi Slimani.

Mehdi Slimani había nacido el 16 de mayo de 1934 en Tlemcen. Provisto de una sólida instrucción y una temible inteligencia, no tardó en convertirse en jefe de sección del Ejército de Liberación Nacional, la rama armada del FLN, en Tébessa, capital del valiato de Oued-Majid, al pie del macizo del Aurés y bastión histórico del Frente de Liberación Nacional durante la guerra de Argelia. Era sospechoso de haber organizado un ataque contra una base militar en Biskra, el 1 de noviembre de 1954, durante el tristemente célebre Día de Todos los Santos que había sumido irreversiblemente a Argelia en la guerra. Se encontraba entre los miembros del FLN más buscados por el Ejército francés. Se le atribuían al menos once atentados perpetrados entre 1956 y 1958 y, sobre todo, era sospechoso de haber secuestrado y ejecutado a una pareja de jóvenes maestros en 1956, asesinato que había provocado una ola de indignación sin precedentes en el territorio continental.

Había desaparecido durante el año 1958 y nunca volvió a haber noticias suyas; no reapareció después de la independencia. Al cabo de diez años, las autoridades terminaron por declararlo muerto.

Andreani sacó el teléfono y consultó las fotos del dosier. Slimani tenía una hermana, Fatiha, que se había hecho cargo de todo cuando él entró en la residencia. Se imponía una llamada.

Se disponía a salir del despacho cuando se acordó. ¡La psicóloga! Marcó su número y esperó a que respondiera.

«Francesca Rossini, no estoy disponible en este momento. Puede dejarme un mensaje después de la señal sonora».

Suspiró de alivio, dejó un mensaje, colgó y marcó inmediatamente el número de Fatiha Slimani. Esta, tras descolgar, se mostró

sorprendida y Andreani sintió cierta aprensión en su voz. La tranquilizó: sólo eran unas preguntas sin mayor importancia, cosas con las que su hermano estaba indirectamente relacionado, afirmó, y le propuso pasar dentro de una hora, cosa que ella aceptó.

Otro que había desaparecido, también en 1958. No necesitaba meter esos datos en la trituradora de Couturier para saber que era demasiada coincidencia. Se puso el abrigo, salió de la comisaría y se dirigió hacia la calle Saint-Nicolas. Ante el número 14, se arregló la ropa y llamó al timbre. Oyó pasos tras la puerta y el ruido de una llave girando en la cerradura. Se entreabrió la puerta.

—¿Sí? —preguntó una voz débil.

—Teniente Andreani, señora, Brigada Criminal de Nancy. La he llamado hace un rato, ¿se acuerda?

Sí, se acordaba. De la llamada del policía, desde luego, pero también de los años de plomo que su presencia sacaba a la superficie. Lo invitó a entrar, le ofreció un té, que él aceptó, y fue a sentarse en un sillón de brazos desgastados.

Fatiha Slimani había llegado a Francia en 1966. Su hermano la había seguido unos meses después. Había abierto una pequeña tienda de alimentación que funcionaba bien, algo más abajo, en la misma calle. Hacía unos meses que había tenido una operación de cadera y después una de rodilla, por lo que ya no podía desplazarse solo. Por eso su hermana le había buscado una plaza en una residencia medicalizada. Sufría del corazón, ya había tenido varias alertas más o menos graves, de modo que la noticia del infarto que puso fin a su vida no la había sorprendido.

Andreani sacó el teléfono del bolsillo, pasó varias fotos en la pantalla y cuando encontró las que buscaba se las mostró a Fatiha Slimani.

—¿Esta es usted? —preguntó.

—Soy yo —asintió ella con aire pensativo.

—Y en esta, es Redouane, ¿verdad?

—Es Redouane, sí.

—Con Mehdi, ¿no es así? —preguntó Andreani.

La anciana se echó imperceptiblemente hacia atrás y Andreani sintió que se ponía a la defensiva.

—Con Mehdi, sí —se limitó a repetir.

—Eran hermanos, ¿verdad?

Con la mirada perdida, asintió con la cabeza.

—¿Qué puede usted decirme de Mehdi? ¿Ha tenido noticias suyas desde su desaparición?

—No hay nada que decir, Mehdi está muerto y punto —replicó la mujer, abandonando los monosílabos.

—Desaparecido —precisó Andreani—, nunca se llegó a declararlo muerto.

La mujer soltó una risa amarga.

—En esa época, cuando el Ejército francés daba contigo, era imposible reaparecer vivo. Nunca he vuelto a ver a Mehdi.

—¿Cómo puede estar segura de que lo capturó el Ejército francés?

—Los paracaidistas, la Organización del Ejército Secreto, qué más da… No volvió nunca.

Andreani admitió íntimamente que tenía razón. Daba igual quién hubiera eliminado a Mehdi Slimani, pero él debía tratar de descubrir su relación con Roger Lourdier, si es que había alguna.

—Lourdier, teniente Lourdier, ¿le suena de algo?

Fatiha Slimani no pudo evitar sobresaltarse. Lo miró fijamente, como si fuera el diablo en persona. De pronto se vino abajo, escondió el rostro entre las manos y no fue capaz de retener el llanto.

—Señora Slimani, ¿qué evoca para usted ese nombre? —insistió.

—¡Váyase —gritó la mujer—, váyase ahora mismo! Redouane y Mehdi está muertos, no tengo nada más que decirle. ¡Déjeme en paz! ¡Déjeme en paz!

Andreani se levantó, observó un breve instante a Fatiha Slimani, que se había desplomado en el sillón, y salió en silencio.

Lo conocía, o había oído hablar de él, era evidente. Existía algún vínculo entre Lourdier y Mehdi o Redouane, estaba seguro. Había sido un idiota, había abordado el tema con demasiada brusquedad.

Fatiha Slimani se había quedado helada al oír el nombre de Lourdier y Andreani sabía que podría haberle sacado mucho más. En cuanto a Mehdi, sin duda tenía razón, con semejante currículum estaría más que muerto. En aquella época, lo más normal era salir con los pies por delante de un enfrentamiento con los paracaidistas de Massu o de Aussaresses. El estado de emergencia justificó todos los medios, hasta los más incalificables.

Lo que pudiera haberle ocurrido a su hermano le había envenenado la vida, pero había algo más. Su reticencia al evocar a Mehdi ocultaba algo. ¿O sería porque los recuerdos que le había traído le eran demasiado dolorosos?

Andreani iba a entrar en El Gran Serio cuando le sonó el teléfono.

—Philippe, estoy en Las Espigas Azules. A primera vista, nada nuevo, como pensabas. Me he llevado el registro de visitas y he pedido las grabaciones de las cámaras de vigilancia, cuarenta y ocho horas antes, cuarenta y ocho horas después. No deberíamos tardar en recibirlas, pero se me ha ocurrido algo cuando consultaba el dosier de Redouane Slimani. ¿Recuerdas que Mehdi Slimani nació el 16 de mayo de 1934 en Tlemcen?

—Sí, lo sé, ¿y?

—Tienes la ficha de Redouane Slimani en el teléfono, échale un vistazo. Salta a la vista, pero lo habíamos pasado por alto. Igual no es nada, pero, como diría Berthaud, abre muchas perspectivas.

Andreani colgó, buscó la ficha de inscripción de Redouane Slimani en Las Espigas Azules en el dosier que Couturier le había enviado en versión digitalizada, la agrandó y empezó a recorrerla. Redouane Slimani, nacido el 16 de mayo de 1934 en Tlemcen. Al principio no se percató de nada, pero luego, al releer la fecha de nacimiento, comprendió de qué le hablaba Couturier. Mehdi y Redouane eran gemelos. Lejos de aclarar la situación, este nuevo dato complicaba más las cosas. Aquel caso parecía no tener pies ni cabeza.

22

El bar estaba en calma. Andreani recordó que debía llamar a la psicóloga, pero retrasaba deliberadamente el momento. ¿Qué podía decirle? ¿*Todo va bien, no se preocupe, llegaré tarde esta noche*, como si fuera su madre? Se sentó a la barra. El Gran Serio apareció con un plato de embutido en la mano.

—¡Señor comisario, llega usted muy a propósito! Míreme esto, qué *andouillette* más hermosa, un paté de hígado casero, ensalada de gambas y aguacate para poner exotismo y un buen Bourgueil 2007 para bajarlo todo. Se dejará usted tentar, ¿verdad?

No eran más que las seis, pero después de semejante día no se vio capaz de declinar la invitación. El vino era excelente y la conversación con Pierre Timonier casi podría haberlo reconciliado con la especie humana.

—Verá usted, comisario —dijo el Gran Serio examinando la tonalidad del vino a través de su copa—, el vocabulario de la degustación es tremendamente aburrido. Uno habla, se escucha hablar y termina cayendo en su propia trampa, bebiéndose sus palabras, si me permite la licencia. Y venga inspiraciones líricas sin fin que a mí, mal que le pese a los puristas, me quitan las ganas. Uno acaba confundiendo churras con merinas. *Ab esse ad posse valet, a posse ad esse non valet consequentia*, en definitiva…

Andreani soltó una carcajada.

—Pero a ver, Pierre, ¿de dónde saca esas citas?

—Estudié con los jesuitas, señor comisario, y créame, casi venía a ser como la Legión.

—Tenga la bondad de iluminarme, Pierre. No soy tan ducho como usted en lenguas muertas, ya lo sabe.

—Muertas, muertas… Quizás —replicó el Gran Serio, falsamente

ofendido—, pero de una sensatez de la que nuestra época carece, si quiere usted mi opinión. Significa que de la existencia de una cosa puede concluirse su posibilidad, pero de la posibilidad de una cosa no puede concluirse su existencia. Y, verá, en lo que al vino se refiere…

—Perdone, Pierre, ¿podría repetirlo?

El Gran Serio, levemente sorprendido, repitió la cita. El teniente pensaba en su conversación con Fatiha Slimani. Redouane y Mehdi eran gemelos. Uno de ellos había sido una de las cabezas del movimiento contra el opresor francés. Un combatiente, inteligente y esquivo, seguramente con varias decenas de muertes en la conciencia. El otro, a juzgar por los datos reunidos por Couturier, se había mantenido lejos de los acontecimientos y había vivido una vida sin sorpresas. Muchos elementos relacionaban a Mehdi Slimani con Roger Lourdier y, sin embargo, nada concreto respaldaba ese vínculo con certeza. Dos combatientes en Argelia, en bandos opuestos, ambos desaparecidos con pocas semanas de intervalo. Lourdier había resurgido casi sesenta años después de su desaparición y se encontraba su rastro en la residencia a la que el hermano de Slimani acababa de llegar. Después, había sido asesinado. No podía ser una coincidencia.

Tenía que comprobar un detalle. Se disculpó y sacó el teléfono para llamar a Lisa.

—Hola, cielo, ¿todo bien?

—Sí, bueno, me pillas ocupada…

En realidad, debía de estar viendo en internet una serie americana tras otra, hinchándose a mantequilla de cacahuete.

—Oye, tengo una pregunta: ¿Lourdier y Slimani se conocían? ¿Hablaban entre ellos?

—¿Los dos ancianos que se han muerto? No, la verdad. El señor Lourdier no hablaba con nadie, aparte de con otros que habían estado en el ejército como él, en la guerra y todo eso, y el señor Slimani llegó hace poco y no había tenido tiempo de hacer amigos. Igual se cruzaron por los pasillos, pero yo nunca los vi juntos.

—Bueno, gracias —dijo él, ligeramente decepcionado—. Por lo demás, ¿estás bien?

—Sí, bueno, sí, pero… Espera, acabo de acordarme de una cosa.

—¿Una cosa?

—Sí, ¿te acuerdas de cuando viniste a buscarme para ir a cenar el día de mi cumpleaños? Te dije que un anciano se había vuelto como loco en el peluquero.

Trató de recordar lo que le había dicho Lisa, pero aquel incidente no le sonaba.

—Da igual, dos veces al mes viene el peluquero a Las Espigas. La última vez fue el día antes del accidente del señor Lourdier… Bueno, eso. Le estaba cortando el pelo. El señor Slimani era el siguiente y estaba esperando su turno, leyendo tranquilamente una revista. Le llevo un té, baja la revista, me sonríe, empieza a beber y entonces, de repente, se levanta y tira la taza por los aires. Casi me quema. Ni se disculpó. No dejaba de mirar al señor Lourdier, con los ojos como platos. Parecía…, no sé, sorprendido y… aterrorizado. Sí, fue muy extraño.

—¿Dijo algo?

—Refunfuñó cosas en árabe, no entendí nada. Cabreadísimo. Cuando le pregunté si iba todo bien, me mandó a tomar viento, y eso que siempre era muy bueno, muy amable.

—¿Y Lourdier?

—Ni se inmutó, aunque la verdad es que siempre estaba medio dormido…

—¿Y luego?

—Pues luego, nada, lo sujetamos y Slimani salió dando voces, nada más.

—Pero no he encontrado ni rastro de ese incidente en el registro de guardia de Las Espigas Azules.

—Bueno, es que tampoco fue nada. Sólo se registra lo que de verdad es importante. Si tuviéramos que escribir esa clase de cosas, no acabaríamos nunca —objetó Lisa.

Hizo prometer a su hija que se verían antes del fin de semana, le

dijo que la quería y colgó. Slimani debía de haber visto el tatuaje cuando el peluquero le rapó la nuca a Lourdier, pero ¿por qué había reaccionado de aquella manera? ¿Qué significaba aquel tatuaje?

—¿Va todo bien, comisario? Lo veo muy pensativo —comentó el Gran Serio mientras llenaba los vasos.

—Lo siento, Pierre, esta noche no soy buena compañía. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Y todo se acumula, ¿verdad? Tome un poco más de esta *andouillette* divina, no creo que le sirva para aclarar las ideas, pero para lo demás…

Andreani aceptó el ofrecimiento. El entierro de Lourdier estaba previsto para el día siguiente. Sabía que se estaba saltando las reglas, que tendría que haber impedido el funeral, pero le podía la curiosidad. Quería ver a toda costa quién estaría presente. ¿La familia? Aparentemente no tenía, o al menos nadie se había preocupado por él. ¿Algún representante de la Sogemines? Seguramente, pero tenía pocas esperanzas de sacarles cualquier información. Sin embargo, no quería dejar pasar la ocasión. Después iría a visitar a la familia Royan-Longuet. Pero, de momento, le interesaban los hermanos Slimani. Mehdi y Lourdier habían podido conocerse en Argelia. Tal vez hasta se hubieran enfrentado. Era posible. Pero ¿cuál era el vínculo entre Redouane y Lourdier? Había una posibilidad, que el descubrimiento de Couturier le hacía vislumbrar, pero no lograba ver adónde llevaba.

Si Redouane y Mehdi eran gemelos, podrían fácilmente confundirse, pero ¿y qué?

Tenía que llamar a la psicóloga, pero había cosas más urgentes. Era tarde, pero de todas formas marcó otro número.

—Legast al habla. Apertura de cadáveres las veinticuatro horas del día, para servirle, monseñor.

—Déjalo, Legast, ya deberías saber que tengo el sentido del humor de un secretario del juzgado mercantil. Todavía tienes ahí a Slimani, ¿no?

—Que yo sepa, mis clientes no tienen permiso para irse de copas

después de las ocho.

—Estás gracioso, hoy. Cuando estés listo para hablar en serio…

—Sigue aquí, la familia todavía no se ha presentado.

—Vas a tener que ocuparte de él.

—¿Sin avisar a los familiares? Va a estar complicado…

—No importa.

—Ya he…, ¿cómo decirlo?…, ya me he ocupado de él —reconoció el forense—. Si te esperabas un Lourdier bis, te diré que te equivocas.

¿Cómo podía estar seguro?

—Me sobra tiempo, ¿sabes? —prosiguió el forense—, y no me gustaría perder la práctica, así que digamos que he tenido la misma idea que tú.

—¡Joder! ¡No me digas que le has hecho la autopsia a Slimani sin decírmelo!

—Tranquilo, teniente, he podido contenerme. Un examen clínico rutinario, nada más.

—¿Nada más? Tendrías que haberme avisado. No hace falta que te diga que estás rozando lo ilegal.

—¿Me tomas el pelo, Andreani? ¿Me vas a dar tú a mí lecciones de legalidad? Me traes dos cadáveres del mismo asilo, uno de ellos asesinado, ¿y me reprochas que compruebe que esté todo en orden con el segundo? ¿En serio me lo dices?

—Vale, vale. Lo siento. De verdad. Ya sé que tienes razón, perdona…

Se instaló un pesado silencio al otro extremo de la línea.

—Eres un coñazo, Andreani —terminó diciendo el forense—. Tendrías que ponerte en tratamiento, coño. Me llamas a una hora indecente para echarme la bronca ¿y quieres que me quede tan tranquilo? Pues mira, voy a decepcionarte, Slimani murió de un infarto. Ni la menor duda al respecto. Pero he tomado muestras del cadáver. En principio, nada anormal, salvo que bajo las uñas tiene un montón de piel, como si se hubiera rascado con insistencia. Sólo que no es su propia piel.

—¿Y de quién es, entonces?

—No te lo puedo decir con exactitud. De momento, sólo estoy seguro de una cosa: es de otro varón, y anciano. No hace falta ser un genio para relacionarlo con Lourdier.

—¿Las marcas del cuello?

—Claro, ¿qué crees? Trata de visualizar la escena: Lourdier tiene marcas en el lado izquierdo del cuello, tres para ser exacto. Encontramos piel bajo las uñas de la mano izquierda de Slimani. Era zurdo, lo he comprobado, el golpe se dio por detrás. Todo encaja. Es mucho más que una simple serie de coincidencias, podríamos decir.

—¿Crees que Slimani asesinó a Lourdier?

—Lo único que sabemos con certeza es que no sabemos nada con certeza, teniente.

—¿Te has hecho filósofo, Legast?

—Es de Plinio el Viejo, ¿te suena de algo?

—No es uno de mis autores favoritos, pero recuérdame que te presente a alguien la próxima vez que tengamos una cita romántica. Gracias, Legast.

Por una vez, el Gran Serio se equivocaba: de la posibilidad de una cosa podía concluirse su existencia.

23

Mi padre siempre dejó clara su preferencia por mi hermano. Naturalmente, cuando acabé los estudios, fui yo, el mayor, quien tomó el relevo en la dirección de la empresa familiar, pero el futuro de mi hermano pequeño también estaba trazado. Al salir de Saint-Cyr,[9] siguiendo la tradición de la familia, emprendería la carrera militar. Durante la guerra, algunas de nuestras fábricas resultaron dañadas, pero, en conjunto, no sufrimos demasiado y, a principios de los años cincuenta, continuamos nuestra expansión a un ritmo desenfrenado. Las necesidades eran inmensas y la economía subía como una flecha. De un año a otro, duplicamos los beneficios, ampliamos las actividades y adquirimos a nuestros competidores. En menos de veinte años, nos habíamos convertido en un grupo de envergadura nacional que, antes incluso de la apertura del Mercado Común, mirábamos hacia el resto de Europa. Sin embargo, mi padre no me dio nunca la menor señal de reconocimiento. Entraba dentro de lo normal, simplemente. El fracaso no era parte de nuestro mundo. La expansión y los beneficios eran un fin en sí mismos y así eran las cosas desde que mi abuelo fundó la empresa. Cuando mi hermano, que ya era teniente, anunció en la comida del domingo después de misa que lo enviaban a Indochina para combatir contra el Viet Minh, mi padre sintió un orgullo sin límites. Dio un discurso sobre el honor, la defensa de los ideales, el sentido de la vida. Sentí rencor hacia mi hermano, aunque yo tampoco podía evitar admirarlo. Me habría gustado estar en su lugar, pero en el fondo sabía que no tenía madera. Nos habían dado la misma educación, habíamos jugado a los mismos juegos, pero enseguida me di cuenta de que mi padre tenía distintas expectativas para nuestro futuro. Mi hermano perpetuaría la tradición militar del linaje Royan-Longuet,

que contaba con varios miembros caídos en el campo de batalla en las dos guerras mundiales. Traería de este modo al apellido el prestigio y el honor que el éxito económico y político no podían reemplazar. Yo debía simplemente continuar la obra de mis antepasados, y lo que yo conseguía pesaba poco para mi padre frente a las batallas que mi hermano libraba por la patria.

[9] Escuela militar que forma a oficiales del Ejército de Francia desde principios del siglo XIX.

24

Habían tardado más de dos horas en llegar al cementerio de Villiers y Couturier estuvo roncando todo el trayecto. La psicóloga había llamado, pero el coche no contaba con un sistema de conexión telefónica y Andreani no quiso detenerse para responder. Si quería que lo dejaran en paz, debía seguir las normas. Tendría que llamarla en cuanto llegaran.

Poder llevar la investigación de forma oficial tenía ventajas. Aunque nada hubiera avanzado significativamente, la maquinaria estaba en marcha. Couturier había enviado una petición urgente al Servicio de Información del Ejército para obtener el expediente de Lourdier y había solicitado un complemento de información a Interpol. Iban lanzando anzuelos, y alguno acabaría por dar resultado en algún momento. Con Slimani la cosa era más difícil. El dosier de Redouane no había planteado problemas, pero el consulado de Argelia se había mostrado reticente ante la mención del nombre de su hermano. Los fantasmas del pasado salían a la superficie y nadie tenía ganas de sacar los esqueletos del armario en el que llevaban varias décadas acumulando polvo. Couturier había redactado una nota que aclaraba ciertos aspectos menos gloriosos de la historia de Argelia. Después de ocho años de guerra y ciento treinta y dos años de presencia colonial francesa, el Frente de Liberación Nacional había llegado al poder y el pueblo argelino había recuperado la libertad. Ese era el discurso oficial. Obviamente, las autoridades ocultaban los sobresaltos que agitaron el país cuando los héroes de la lucha por la independencia quisieron repartirse el pastel: revolución socialista, toma de poder por los militares, auge del islamismo, guerra civil latente, autocracia. Argelia no había parado de sufrir a lo largo del último medio siglo. El clásico esquema de la mayoría de los países

descolonizados, en cierto modo.

La visita al consulado no les proporcionó ninguna información nueva sobre Mehdi Slimani, cuyo rastro se perdía el 3 de marzo de 1958, ni sobre su hermano, Redouane, que había obtenido un pasaporte y un visado de salida a mediados de los años sesenta, lo que confirmaba las declaraciones de su hermana. El perfil de Redouane era transparente como el cristal.

Llovía a mares cuando llegaron a Villiers-en-Braine. Como nadie parecía arriesgarse a salir con aquel diluvio, les llevó un rato encontrar el cementerio. Llegaron finalmente a una vasta extensión verde, perfectamente cuidada y sin barrera, que evocaba un jardín inglés. Couturier aparcó frente al arco que materializaba la entrada al cementerio y los dos policías esperaron sentados en su coche a que pasara algo. A la hora prevista, se acercó un cortejo y desfiló ante sus ojos. «Cortejo» era sin duda una exageración. Un coche fúnebre color burdeos precedía a un hombre con traje negro y un paraguas en la mano izquierda, tieso como un palo. Detrás de él, varios ancianos de uniforme, con el pecho cargado de medallas, desfilaban con paso rígido, aunque un poco inestable. El espectáculo tenía algo surrealista. Pese a sus uniformes empapados, permanecían impasibles, con el rostro hierático, exhibiendo medallas y condecoraciones y sacando pecho de un modo casi forzado. Uno de ellos sujetaba con fuerza un estandarte que chorreaba; otro, una corona de flores para depositar ante la tumba.

Andreani sacó el teléfono y buscó en su lista de contactos. Francesca Rossini descolgó a la primera.

—Por fin…

—Estoy… Estoy en el cementerio de Villiers-en-Braine —respondió Andreani en tono inseguro.

—Supongo que eso tendrá algo que ver con su investigación.

—Más o menos, sí. De hecho, espero…

Vaciló. En realidad, no sabía qué esperar de aquella visita.

—Antes no pude atender su llamada… —se disculpó.

—No tiene importancia. ¿Avanza el caso? —preguntó la psicóloga.

—Mire, es todo muy confuso, ¿entiende? A veces no se sabe lo que uno busca hasta tenerlo delante. Espero, observo y ya veremos qué pasa, eso es todo.

—Muy bien. Entonces no tengo motivos para preocuparme, ¿verdad?

Aquel comentario lo dejó perplejo.

—Couturier está conmigo, si se queda más tranquila.

—Me quedo más tranquila, sí. ¿Cuándo vuelven?

—Esta noche, creo.

—Muy bien —concluyó ella lacónica—. Hasta pronto.

Andreani no entendía cómo lo que le había dicho podía tranquilizarla a propósito de su estado de ánimo o de sus actos. ¿Qué sentido tenía aquella conversación?

Mientras el coche fúnebre se detenía ante la sepultura recién cavada, cada policía cogió su paraguas, salieron del coche y observaron la escena desde lejos. Los enterradores sacaron el ataúd lacado que se cubrió de gotas de lluvia mientras pasaban las cuerdas por debajo y lo colocaban en los caballetes atravesados sobre la tumba. Un sacerdote emprendió la lectura del Libro de la Sabiduría, seguido por un salmo funeral antes de leer el Evangelio y finalmente dar la señal de inhumación a los dos enterradores. El hombre del traje arrojó un puñado de tierra antes de marcharse persignándose. Cuando los enterradores ya cerraban el hoyo, se alzó un coro de voces roncas y rotas, traspasando el restallido de la lluvia.

—Yo tenía un camarada / No había otro mejor / En la paz y en la guerra / Éramos como hermanos / Caminando al compás / Silba una bala de pronto / ¿A cuál herirá? / Veo cómo cae a tierra / Se queda quieto en el polvo / Mi corazón se desgarra / Quiere estrecharme la mano / Mas yo cargo mi fusil / Adiós, adiós, hermano / En el cielo y en la tierra / Siempre estaremos unidos.

Los ancianos dieron un paso adelante y dejaron la corona con solemnidad. En posición de firmes, saludaron con un gesto de una agilidad sorprendente, guardaron silencio durante unos instantes y al fin, sin romper filas, se dieron la vuelta y se fueron caminando al

paso.

Los dos policías se acercaron a la tumba y Andreani se inclinó para leer la inscripción en mayúsculas doradas que adornaba la corona:

MIENTRAS SIGA QUEDANDO UNO.
TUS CAMARADAS. SO.
POTIUS MORI QUAM FOEDARI

«SO»… La imagen del tatuaje desteñido que llevaba Lourdier en la base del cráneo se impuso instantáneamente. Sacó el teléfono, hizo una foto a la inscripción e indicó con un gesto a su colega que volviera al coche.

—¡Joder, estoy calado! Vamos a la Sogemines, supongo —dijo Couturier.

—Conduces tú. Tengo que llamar… a un amigo.

Después de varios tonos, una voz conocida resonó en el aparato.

—El Gran Serio, buenos días.

—Pierre, soy yo, Philippe Andreani…

—¡Comisario! ¿Le reservo una mesa para esta noche?

—Me encantaría, pero en realidad llamo porque quería pedirle un favor.

—¿Un favor? Pues claro, si está en mi mano… Dígame.

—*Potius mori quam foedari* —dijo recitando la frase de memoria—, ¿le inspira?

—Por fin se ha puesto con el latín, comisario. ¡Lo felicito! La pronunciación todavía deja mucho que desear, pero es un buen comienzo.

—No, en serio, Pierre, necesito su ayuda.

—Bueno, pues significa «antes morir que deshonrarse». ¿Dónde lo ha leído?

—En una corona funeraria.

—Se trata de un soldado, ¿verdad?

—Exactamente. ¿Por qué?

—¿Hay algo más escrito en la corona? —prosiguió el Gran Serio ignorando la pregunta.

Andreani le leyó la inscripción completa. El Gran Serio lanzó un

silbido de admiración.

—Creo que ha dado usted con un cliente muy peculiar, si me permite la expresión.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

—Haría mejor en pasarse por aquí, es una larga historia.

—Imposible, estoy en medio de la nada.

—En medio de la nada no sé yo, pero en medio de un grave problema, desde luego.

25

La cita estaba prevista a la una. Los dos policías comieron en un restaurante donde flotaba un denso hedor de fritura. Al salir, Andreani olfateó su abrigo e hizo una mueca de desagrado.

Presentó su identificación al ojo electrónico. Al cabo de unos segundos, la reja se deslizó por sus rieles y una voz en el interfono les indicó dónde podían aparcar. Un empleado los esperaba delante del *parking*.

—¿Señores Andreani y Couturier? Encantado. Jean-Pierre Bastre, director de recursos humanos —se presentó mientras les tendía la mano—. El señor de Royan-Longuet los espera.

Los edificios de la empresa eran ultramodernos. Líneas claras, cristal, madera y hormigón. En el aire aséptico de aquel lugar, el olor que impregnaba su abrigo le pareció aún más intenso.

—Zhang Zihang, el arquitecto chino, diseñó nuestra fábrica. Una primicia en Europa —señaló Bastre, que había reparado en la mirada de asombro de los dos inspectores.

Las oficinas no tenían nada que ver con las de la Brigada Criminal, por decirlo de algún modo. Suelo de cemento pulido, iluminación led adaptativa, ventanales de vidrio fotocromático, mobiliario Le Corbusier. Un edificio de diseño, de una limpieza impecable, de frialdad quirúrgica.

Guillaume de Royan-Longuet los esperaba en la puerta de su despacho.

—Bienvenidos a la Sogemines, señores. Entren, por favor.

Couturier no pudo retener una exclamación de admiración.

La estancia estaba bañada en una luz azulada. El ventanal que ocupaba toda una pared daba directamente a los talleres de producción, donde los obreros trabajaban como en un laboratorio.

En otra pared, una foto inmensa de Andreas Gursky que representaba un bloque de edificios en primer plano. Un millón de euros, tirando por lo bajo, pensó Andreani. Guillaume de Royan-Longuet se sentó a su escritorio. Tras él destacaba una pantalla sobredimensionada que mostraba retratos de los sucesivos dirigentes de la empresa. Pero lo más sorprendente era el mobiliario, que parecía flotar en el aire.

—Levitación magnética —les aclaró con un falso aire de indiferencia—. ¿Qué puedo hacer por ustedes, señores?

—Le agradezco que nos haya recibido tan pronto. Estamos investigando un asesinato —zanjó Andreani, que prefería ir directamente al grano.

—¿Un asesinato? —se sorprendió Guillaume de Royan-Longuet, alzando las cejas—. ¿Qué implicación podría tener la Sogemines en un asesinato?

—¿Conoce usted a Roger Bernard Lourdier?

—¿Lourdier? No me suena, no. ¿Se trata de uno de nuestros empleados?

—Eso debe decírnoslo usted, señor De Royan-Longuet.

—La Sogemines emplea a más de once mil personas. Tenemos mucha cercanía con nuestros colaboradores, pero comprenderá usted… Señor Bastre, ¿podría informarnos, por favor?

El empleado asintió con un leve movimiento de cabeza y salió en silencio.

—¿Puedo preguntarle, señor inspector, qué le ha hecho pensar que ese señor trabaje para la Sogemines?

Era un hombre plano, insulso. Demasiado quizás. Tendrían que ser prudentes.

—Estamos haciendo una comprobación sobre Roger Lourdier y ciertos elementos nos han llevado a hacerle esta visita.

—Bien, si el señor Lourdier está entre nuestros empleados, enseguida lo sabremos.

—Mientras tanto, tal vez pueda explicarme por qué la Sogemines ha hecho trasladar su cuerpo al cementerio de…

Andreani no tuvo tiempo de acabar la frase. Bastre entró en el despacho, se dirigió a Guillaume de Royan-Longuet y le susurró unas palabras al oído.

—El señor Bastre acaba de asegurarse: no hay ningún expediente a nombre de Roger Bernard Lourdier en nuestra empresa —afirmó Royan-Longuet en un tono que quería ser convincente.

—Quizás habría que remontarse hasta los años cincuenta o sesenta —sugirió Couturier.

—Se lo afirmo categóricamente, la Sogemines nunca ha empleado a esa persona.

—¿Cómo explica entonces que la Sogemed, una sucursal de su empresa, haya pagado todos los gastos médicos del señor Lourdier? Residencia de ancianos, cuidados, medicamentos…

Una voz grave resonó a su espalda.

—Déjalo, Guillaume, Bastre acaba de avisarme. Yo me ocupo.

Guillaume de Royan-Longuet se levantó de un salto como si se pusiera firme.

—Señores, mi padre, Jean de Royan-Longuet, presidente de la Sogemines.

Andreani y Couturier se levantaron y saludaron al anciano que acababa de entrar. A juzgar por las arrugas que recorrían su rostro y la piel diáfana de sus manos, probablemente se acercase a los noventa años. Pero su mirada era penetrante y estrechaba la mano con sorprendente firmeza.

—Bastre acaba de informarme de lo que están buscando. Les ruego que me sigan a mi despacho, estaremos más cómodos para hablar de Roger Lourdier —dijo el anciano con voz tranquila y pausada.

La estancia donde entraron no tenía nada que ver con el universo aséptico que acababan de dejar. Del mobiliario, muy sobrio, emanaba una impresión inmediata de lujo. El escritorio inglés, donde no había más que un protector de cuero, un tintero de cristal, encastrado en un cuerpo de plata maciza adornado con un águila napoleónica, y una estilográfica del tamaño de un habano, ocupaba

buena parte de la estancia. El parqué en espiga estaba tan impecablemente pulido que reflejaba las patas de los sillones, y las paredes, decoradas con escenas de caza, transportaron a Andreani a sus clases de historia del colegio. Las estanterías que cubrían los muros estaban llenas de libros con títulos escritos en letras doradas sobre los lomos de cuero negro, verde oscuro o burdeos. Por último, detrás del sillón del presidente, coronado por un crucifijo, destacaba un retrato del fundador de la empresa que parecía mirar con suspicacia a los dos visitantes.

—Siéntense, señores. Bastre, tráiganos café.

Para demostrar que estaba al mando, el viejo anticipó la pregunta de Andreani.

—Nuestro querido Roger Lourdier, ¿verdad? Es muy sencillo. Roger nos hizo un favor en el pasado y hasta sus últimos días hemos querido ayudarlo, haciéndonos cargo nosotros de todos sus gastos.

—¿Nosotros? Quiere decir la Sogemed, ¿no es así? —intervino Couturier.

—Exactamente, inspector. La Sogemines es una sociedad de accionistas, cotizada en bolsa, y, por loable que sea la intención que pudiera justificar ese gesto, no podemos de ninguna manera destinar fondos a una persona privada. La Sogemed, por su parte, es una sociedad personal que opera bajo el derecho español, con miras más sociales, podría decirse, y más flexible en estos casos.

«No podemos…». Efectivamente, la empresa y la familia eran indistinguibles.

—Ha mencionado un favor que les hizo Lourdier. ¿Podría especificar?

—Un favor personal, de índole privada.

—Ese hombre ha sido asesinado. Le agradecería que fuera usted más explícito.

—¿Asesinado? —repitió el presidente con un asombro que no parecía fingido. Se inclinó hacia delante, se apoyó en los codos e inspiró profundamente—. Viene usted a despertar recuerdos muy dolorosos, inspector.

Tras un momento de reflexión, el anciano comenzó su relato.

Tenemos que retroceder a febrero de 1958, a Argelia, en los alrededores de Orán. Las bombas explotaban por todas partes, los cuarteles eran atacados, los edificios públicos ametrallados. Ya se contaban oficialmente varios miles de muertos. Los colonos eran masacrados. Había que tranquilizarlos, evitar que cundiera el pánico. Se enviaban tropas a las granjas y a las explotaciones.

En el camino que lleva de Tébessa a Batna, un Jeep del Ejército francés seguido por una tanqueta se mete a toda velocidad por la garganta de Rej Helayed. Se trata de una sección del 1.er Regimiento de Infantería Paracaidista a las órdenes del capitán Pierre-Yves de Royan-Longuet, enviada en reconocimiento a Ain Beida, donde los colonos han señalado incidentes. Justo antes de salir de la garganta, un camión les bloquea el camino. El convoy se detiene. Los hombres se bajan del Jeep y en ese momento empiezan a dispararles desde arriba. Explota una granada. Los soldados responden a ciegas. Hay una confusión total. Un cóctel molotov incendia la tanqueta y sus ocupantes salen uno por uno. Es como el tiro al blanco. El teniente Lourdier entiende que hay que salir de la garganta lo más rápido posible, si no morirán todos. Empuja al soldado herido que ocupa el lugar del conductor, arranca, embraga, rodea la tanqueta en llamas y recorre el camino marcha atrás para refugiarse unos cien metros más lejos. Sabe que ya no puede hacer nada por sus compañeros. Vuelve al cuartel.

—A bordo del Jeep, había tres hombres: el conductor, que desgraciadamente falleció antes de llegar a Tébessa, el teniente Lourdier, que había ocupado su lugar, y mi hermano, Pierre-Yves, gravemente herido. Aquel día murieron siete soldados. Más tarde se encontró la granja de Ain Beida totalmente destruida, los edificios quemados y todos los miembros de la familia degollados, incluso los niños. Pierre-Yves nunca llegó a recuperarse de sus graves heridas. Fue trasladado a Francia y murió unos meses más tarde, pero por lo menos no se quedó allí. Por eso debíamos ayudar a Roger Lourdier. Sin él, mi hermano nunca habría vuelto. Le salvó la vida.

—La Sogemed ingresó a Lourdier en la residencia Las Espigas Azules hace cuatro años. ¿Por qué tomaron esa decisión? ¿Y por qué en Nancy? Supongo que también ofrecerán esa clase de prestaciones a sus empleados aquí mismo, en Villiers, ¿no es así?

—Hace usted muchas preguntas, teniente.

—Le recuerdo que estamos investigando un asesinato.

—Roger Lourdier nos llamó. Acababan de diagnosticarle alzhéimer. Necesitaba un sitio donde ir. La residencia Las Espigas Azules, como otras veinte, de hecho, es un establecimiento privado que forma parte de nuestro grupo. Tenían plazas libres, esa es la explicación de nuestra elección.

—¿Sabe qué hacía y dónde se encontraba antes?

El anciano permaneció impasible, pero contrajo los labios.

—Mire, inspector, nos limitamos a ayudar a un antiguo camarada que lo necesitaba. Se lo debíamos —esquivó Royan-Longuet—. Es nuestro deber ayudar a quienes ayudan a nuestra familia.

—¿SO? —dijo Andreani, como si de una jugada de póquer se tratara.

—¿Cómo dice?

—¿Las iniciales SO le suenan de algo?

—No, en absoluto. Lo lamento, señores, debo finalizar esta entrevista. Si necesitan alguna información, diríjanse a Bastre. Pero no veo qué más podríamos aportar.

Andreani vaciló, pero entendió que no podía ir más lejos. El director de recursos humanos los acompañó hasta el aparcamiento de la empresa.

—¿Qué te parece? —preguntó Couturier mientras se sentaba tras el volante.

—Me parece que vas a tener trabajo. Ese tipo miente como un bellaco.

26

La vuelta trascurrió bajo una lluvia torrencial. Les llevó más de tres horas volver a Nancy. Couturier dejó a Andreani delante de El Gran Serio. Antes de entrar, Andreani mandó un mensaje a la psicóloga para informarla de que estaba de vuelta. Apenas lo hubo guardado, sonó el teléfono.

—Ha conseguido algo, ¿teniente?

—Le he mandado un mensaje, acabo de llegar.

—Ya lo he visto, pero tendríamos que reunirnos. No ha olvidado nuestro trato, ¿verdad?

—¡Pero si la he mantenido al tanto de todo!

—Se imaginará que no puedo conformarme con una simple llamada o un mensaje. Necesito saber cómo está usted.

—Mañana va a ser difícil, estoy muy ocupado.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Es que… Vuelvo de… Es decir, que voy a…

La pregunta lo había tomado por sorpresa.

—¿Tiene una hora?

Al fin y al cabo… pensó.

—Estoy en El Gran Serio, ¿se acuerda? Podemos vernos aquí.

—Muy bien. Dentro de media hora —dijo ella antes de colgar.

Curiosamente, el dueño de El Gran Serio prescindió de su habitual comentario ingenioso al verlo entrar.

—¡Ah, aquí está! Lo esperaba impaciente.

—¿Puede decirme algo sobre la inscripción?

—Desde luego. Pero antes, un Graves del 2009, cosecha excepcional, nos va a hacer falta.

—¿Nos?

—Sí. Creo que no tiene idea de lo que acaba de desenterrar. Vamos

a sentarnos.

Llenó dos copas y los dos hombres brindaron.

—«Mientras siga quedando uno. Tus camaradas. SO. *Potius mori quam foedari*», ¿es eso?

El policía asintió.

—¿Por dónde empezar? —farfulló el Gran Serio, rascándose el cráneo calvo—. Fue hacia el final de mi servicio en la Legión, en 1969, creo. Estábamos asentados en la frontera de la República Centroafricana, habían dado un golpe de Estado y estábamos a la espera de si nos necesitaban o no. Pero el aprendiz de dictador tenía un plan desastroso y todo se fue a pique. En aquellos años navegábamos en aguas revueltas, ¿sabe?, sobre todo por allí. Menuda época… —Se interrumpió y vació la copa de un trago—. En fin, nadie sabía quién era quién, ni quién hacía qué. Había de todo en nuestro batallón, malgaches, argentinos, alemanes… Naturalmente, nadie se aventuraba a preguntar por qué estábamos allí. Pero ciertos tipos estaba claro que traían problemas. Problemas de verdad. —Andreani volvió a servirle sin interrumpirlo—. Un día, se acerca un grandullón con una botella de *whisky* en la mano. Se presenta. De apellido americano, pero, por su acento, si él era americano yo soy el papa. No era trigo limpio, se veía. Bueno. Nos sirve de la botella. Dos amigos se levantan y se van sin tocar los vasos, seguramente se olieron problemas. Yo espero. Escucho. Un vaso, dos. El tipo empieza a hablar de la Legión, de la ayuda mutua, la fraternidad, el honor, todo eso… Da un discurso sobre el estado de las colonias después de la partida de, cito textualmente, «los países civilizadores», los valores de Occidente, el nuevo orden mundial que se establece, las guerras que nunca terminan del todo, en fin… Nos propone diez mil dólares. ¿Se da usted cuenta? ¡Diez mil dólares! Era una fortuna para la época. Nosotros esperábamos que nos propusiera ir a tumbar a cualquier jefe de Estado que fuese en contra de los intereses de quienes lo enviaban a él. Pero no, nos habla de nuestro futuro, de lo que haríamos al salir de la Legión. Ahí nos hace prometer que no repetiríamos aquella conversación…

Bueno, estaban los diez mil dólares en cuestión, era tentador, así que lo prometemos pensando que no nos compromete a nada. Pero el tipo insiste y nos da a entender que, si hablábamos, sus «camaradas» y él nos encontrarían allí donde estuviéramos. Yo tenía unos veinte años. Aquel dinero era tentador… Empezó a contar: de Indochina se ocupaban los americanos, que habían tomado el relevo. Pero en Argelia, De Gaulle, el muy traidor, había tirado la toalla. Era una batalla perdida, pero los que habían traicionado a Francia no podían salir tan bien parados. Teníamos que pensar en los camaradas que habían caído allí. La independencia adquirida en 1962, la soberanía del país, todo aquello, según él, era papel mojado. Además, Argelia había caído en el bando comunista y apoyaba a los países no alineados con su petróleo. Era nuestro deber remediarlo. Por todos los medios.

—¿Y usted aceptó?

—¡No, por Dios! Me levanté, volví a prometer silencio y me fui tan rápido como pude. Aquel tipo era peor que un mercenario, mucho peor que los espías que nos cruzábamos en cada esquina. No, aquel tipo era… un cruzado. Sí, un cruzado. Esas iniciales, SO, ¿sabe lo que significan? Supremacía de Occidente.

—¿Supremacía de Occidente? ¿Qué coño es eso?

—Confieso que nunca traté de saber más. Hay cosas que más vale ignorar, aunque el nombre habla por sí mismo. Aquel tipo, el supuesto americano, llevaba un tatuaje en la nuca, esas iniciales, unas cifras, letras también… Levantaba el puño y no dejaba de repetir que una vez entrásemos en el grupo, estaríamos unidos a muerte. Cuando nos explicó el significado de aquellas condenadas letras, tuve miedo. La Legión es una familia, nunca estás solo, siempre tienes a un hermano al lado con quien se puede contar, pero aquel tipo nos hablaba de un clan, de… una secta, vaya. De una secta de asesinos, me temo. Después de aquello, pedí la baja y a mediados de año dejé la Legión. Con mi peculio abrí El Gran Serio. Y esa es la historia…

Aquel relato daba una nueva dimensión al caso. ¿Había

pertenecido Lourdier a esa misteriosa organización de la que hablaba el antiguo legionario? El tatuaje en la nuca parecía confirmarlo. ¿Tenía eso algo que ver con su asesinato?

—Durante unos años estuve recibiendo llamadas telefónicas —añadió Timonier—. Una o dos veces al año. Siempre la misma frase: «El silencio es oro», y colgaban. Es la primera vez que hablo de esto, y si no hubiera recibido la última llamada anónima hace más de diez años, no me habría arriesgado a revelarlo. Créame, con el debido respeto, comisario, rece para no cruzarse nunca con esa clase de tipos.

Aquellos recuerdos lo habían entristecido. Se levantó y fue a limpiar vasos detrás de la barra. Andreani estaba absorto en sus pensamientos. Una llamada lo sacó de su reflexión.

—Philippe, estoy en el trabajo.

—¿En el trabajo? ¿A estas horas?

—Sí, lo echaba de menos. No, ahora en serio, tengo novedades. Una respuesta del Ministerio de Defensa.

—Cuéntame.

—Tenemos problemas. Secreto de defensa.

—¿Cómo que «secreto de defensa»?

—El Ejército no puede darnos ninguna información, el expediente de Lourdier está clasificado.

—¿Clasificado? ¿Después de sesenta años? ¿Qué quiere decir? ¿Estás seguro?

—Más que seguro. Sin amnistía, expediente clasificado, nuestro amigo Lourdier debió de andar en asuntos muy poco elegantes.

—A juzgar por lo que acabo de escuchar, es muy posible.

Andreani resumió brevemente lo que el Gran Serio acababa de revelarle.

—Casa bien con lo que pensaba —dijo Couturier—. Podemos descartar definitivamente la hipótesis del golpe, no se sostiene, Lourdier no tiene nada que ver con los chanchullos del 58. No se condenó a prisión a ningún oficial subalterno por haber participado en el golpe de Estado. Degradados, expulsados del Ejército, sí, pero

sin penas de prisión. Además, el Ejército no lo oculta. Así que no veo por qué iba a clasificar su expediente si Lourdier hubiera participado en ello. No, se trata de otra cosa, y lo que acabas de averiguar abre una perspectiva interesante. No hay muchas soluciones posibles: podría haber cometido traición o estar implicado en un crimen de guerra.

¿Traición? No, no se sostenía. Si Lourdier se había pasado al enemigo, y no sería el primero, sería lógico que lo encarcelasen para dar ejemplo, pero ¿por qué el secreto de defensa? Y además no, no cuadraba con los antiguos soldados rindiéndole un último homenaje… Los antiguos combatientes no honraban la memoria de los traidores. Quedaba la segunda posibilidad. Un crimen de guerra que el Ejército quisiera mantener bajo la alfombra de la historia.

—¿Piensas lo mismo que yo?

—¿Lourdier, criminal de guerra? Es posible —estimó Couturier—. Suelto a los perros y te llamo en cuanto sepa algo. Pero después de tanto tiempo…

—Después de tanto tiempo, ¿qué?

—Habrá prescrito, Philippe.

—Creía que los crímenes de guerra no prescribían.

—Los crímenes de lesa humanidad, no. Los de guerra sí, a los treinta años. Da igual lo que descubramos, si es que descubrimos algo: llegaremos con años de retraso.

—Está bien… Aun así, sería un buen motivo.

—¿Una venganza?

—¿Por qué no?

—Después de sesenta años… Ya sé que es un plato que se sirve frío, pero tanto…

—Tú investiga y ya veremos.

Un posible criminal de guerra por un lado, el hermano de un terrorista por otro, ¿en qué se estaban metiendo?

Una ráfaga de aire fresco le barrió el rostro y Francesca Rossini apareció en el hueco de la puerta acristalada. Bajo su abrigo de lana negra llevaba una falda negra con grandes topos blancos, que

contrastaba con su fular blanco con topos negros, un jersey de cuello vuelto negro y botas de cuero negro hasta la rodilla. Lo buscó con la mirada. Él le hizo un leve gesto con la mano.

—Buenas noches, teniente Andreani, ¿puedo sentarme?

—Por supuesto, por favor.

—¿Le ha sentado bien el aire fresco del campo? —inquirió mientras se desabrochaba el abrigo.

—¿Cómo dice?

—Su visita a Villiers-en-Braine.

—Ah, sí… Para ser sincero, cuantas más puertas abrimos, más puertas cerradas nos encontramos. Nunca había visto un caso como este.

—¿Ha cenado? —preguntó ella mientras se sentaba.

—He comido una fritura infame que todavía no he digerido.

Consultaron la carta y ambos pidieron una *blanquette* de ternera. ¿Qué vino tinto podía recomendarles el dueño?

—¿Vino tinto? ¡Ni se les ocurra! Sería un desastre. La elección del vino la determina la salsa, no la carne. Hago esta salsa a base de *roux* claro y caldo de ternera, diluido con nata al final de la cocción. Las proteínas de la leche no hacen buenas migas con los taninos del vino. Se impone un blanco: puedo recomendarles un Meursault, sublime.

El Gran Serio volvió a la barra y regresó con una botella que abrió delante de ellos.

—Pruébenme esto. Si no les parece mágico, me voy a servir Coca-Colas y hamburguesas al McDonald's.

27

Durante la cena, Andreani repitió la historia con todo lujo de detalles. Cuanto más avanzaba, más convencido estaba de que aquel caso acabaría en un callejón sin salida. Lourdier había muerto, asesinado, pero las circunstancias que podrían haber motivado el crimen se remontaban a más de sesenta años, y sólo Redouane Slimani habría podido traer algo de luz a ese punto, pero también había muerto. Cuando Fatiha Slimani se cerró como una ostra con la simple mención del nombre de Lourdier, Andreani comprendió que había metido el dedo en alguna llaga, pero no se le ocurría cómo hacer que revelase lo que ocultaba sin saber siquiera si tenía alguna relación con el asesinato de Lourdier. La investigación había desvelado un vínculo con la Sogemines, pero a primera vista no había nada ilegal en los servicios que la empresa prestaba a la víctima. No se hacía ilusiones: sin la menor duda, todas las afirmaciones de Jean de Royan-Longuet demostrarían ser exactas. Lourdier había pertenecido a un grupúsculo, sin duda de extrema derecha, pero en aquella época se trataba de algo habitual. ¿Había pagado Lourdier por un crimen cometido hacía varias décadas? Era posible, y las conclusiones de Legast confirmarían sin duda su presentimiento. Sin embargo, si no obtenía rápidamente resultados tangibles, teniendo en cuenta los casos que acumulaban retraso, Berthaud no tardaría en pedirle que lo dejase correr.

—Si lo he entendido bien, ha perdido usted el hilo.

—Sí, podría decirse así; además, tengo la sensación de que este caso nos va a dejar mal sabor de boca.

—No lo soporta, ¿verdad?

—¿No soporto qué?

—Que nada sea perfecto, que el círculo no quede nunca bien

cerrado.

—Si supiera la cantidad de veces que tenemos que conformarnos con unas migajas, por no hablar de los vicios formales, los abogados astutos que esperan el menor error como buitres…

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. Pero no puedo abandonar este caso.

—Sabe perfectamente que si estamos hoy aquí es porque con usted siempre hay un «pero». Comprendo que le cueste aceptar todo eso, teniente Andreani, pero no puede permitirse cruzar la línea roja de nuevo. Tendrá que conformarse con lo que tiene. Una justicia imperfecta sigue siendo justicia.

A Andreani le sorprendió ser capaz de mantener la calma.

—Ya lo sé, pero en este caso no habrá ninguna justicia. A veces, bastaría con un poco…

—Ese «poco» es lo que ha causado sus problemas, lo sabe usted bien, teniente.

—¿Le importaría llamarme por mi nombre? —se sorprendió preguntando.

—¿Cómo dice?

—No es nada personal, pero no me gusta que me llamen por mi rango, y usted menos todavía.

—Me parece que no sería muy deontológico.

—Déjese de deontología. No pretendo ligar con usted.

—Es que, sobre todo, es muy poco habitual, tenien… Philippe —balbució Francesca Rossini.

—¿Ve? Le sale muy bien.

—En ese caso…, Francesca —respondió ella tendiéndole la mano.

Un vendedor ambulante, con los brazos cargados de ramos de rosas baratos, se acercó a su mesa.

—Mierda…

Francesca Rossini soltó una carcajada.

—¡Se sonroja como un adolescente, Philippe!

El Gran Serio vino a sacarlo del aprieto.

—¿Un postre, quizá? Tengo *crème brûlée*, firme y untuosa a la vez.

La cena terminó tarde. Era la primera vez que la psicóloga intervenía en la policía. La habían llamado porque el titular no estaba disponible. Se había esforzado por mantener a raya los clichés sobre los policías, pero admitía que estaba descubriendo un mundo aparte. Su día a día eran más bien los trabajadores deprimidos o las parejas en crisis. Por el momento, sólo tenía una visión general de la situación, pero le había bastado para decidirse a revisar las obras que estudió cuando hacía la tesis, especialmente la de Bormans y Massat, que exponía los principios fundamentales de la violencia latente que duerme en lo más profundo del ser humano. Él trabajaba con las consecuencias de esa violencia, ella trataba de discernir sus orígenes.

—Pero, en su opinión, ¿qué podría explicar que alguien se cargue a un anciano de ochenta años en una residencia?

Francesca Rossini se tomó un tiempo para reflexionar.

—No hay que infravalorar la pasión. Usted sonríe, pero en el umbral de la muerte las pasiones se exacerban, sobre todo si han estado siempre reprimidas. En una residencia de ancianos pueden descartarse el robo y esa clase de motivos. No, yo diría que lo que puede motivar un gesto así es algo de orden pasional. Los celos, la venganza…

—¿Aun varias décadas más tarde?

—Sobre todo varias décadas más tarde, Philippe.

—¿Por qué «sobre todo»?

—Los ancianos no tienen nada que perder. Todos los códigos que rigen nuestra existencia y nos impiden pincharle las ruedas al vecino, por ejemplo, se difuminan, su razón de ser se hace menos evidente. O bien las pasiones se han apagado, o sólo permanece su esencia, el núcleo, el corazón. Y eso justifica el recurso a medios absolutos, sin equívoco posible. Se va a lo esencial. Ya no se quiere herir, se mata.

—Y en cuanto a Lourdier, ¿qué diría usted?

—A decir verdad, no tengo suficiente información —admitió ella—, pero hay un punto que me parece fundamental en su caso.

—¿Cuál?

—Su desaparición. Creo que las razones de su desaparición podrían aclarar el caso. No se desaparece durante más de cincuenta años sin un buen motivo.

—Sin duda, pero sobre eso no hay nada que hacer. No tenemos ningún modo de acceder al expediente militar de Lourdier.

—Philippe, ¿sabe usted que hay ríos que tienen más de una fuente?

—Ya veo lo que quiere decir…, Francesca —replicó Andreani—, pero con la Sogemines estamos en las mismas. Saben algo. Estoy seguro incluso de que poseen una de las claves de este caso, pero lo han bloqueado todo y no tenemos nada que justifique un registro. Couturier trata de encontrar información sobre la filial española, pero eso lleva un tiempo del que no disponemos.

—Lo sé, pero no me refiero a eso. ¿Ha hablado con los demás ancianos de la residencia? La mayoría del tiempo se aburren, así que están al acecho de novedades. En general son muy observadores y tienen poco que hacer aparte de contarse cosas. El éxito de sus hijos, de sus nietos, o sus propias hazañas, que repiten cada día.

—Por lo visto Lourdier era muy solitario. Además, con el alzhéimer, dudo que pudiera acordarse de nada.

—Se equivoca, Philippe. Los enfermos de alzhéimer olvidan los sucesos recientes, pero lo último que pierden es su pasado. Son incapaces de decir qué han desayunado o quién vino a verlos la víspera, pero pueden relatar un paseo por el bosque de hace cincuenta años con sorprendente precisión. Es posible que Lourdier contase algo involuntariamente a algún residente.

—Vale la pena investigarlo —admitió Andreani.

Había llamado a un taxi y, cuando el dueño les indicó que había llegado el vehículo, se despidieron estrechándose la mano. Philippe Andreani observó cómo se alejaba Francesca Rossini y percibió entonces el delicado efluvio que había dejado tras ella. Una voz lo sacó de sus meditaciones.

—¿Un aguardiente de ciruela de los Vosgos, comisario? Producción

artesanal. Muy fino.

Andreani aceptó y el Gran Serio se unió a él.

—Salud, comisario.

—A la suya, Pierre.

—Tiene clase, ¿no?

—Tiene carácter, sí —confirmó Andreani.

—No sabría definir con precisión lo que desprende, pero es muy agradable.

—Yo tampoco sabría, pero en momentos como este, uno se siente vivo, sí.

—Lo envidio, ¿sabe?

—¿Me envidia?

—Pues sí, lo envidio… ¡No estoy hablando del aguardiente, comisario!

Algo desconcertado, Andreani lo miró con insistencia.

—Comisario, disculpe mi indiscreción, he roto mi regla de oro: no meterme nunca en los asuntos de los demás, y menos aún en los de mis clientes. Le ruego que me perdone.

—No pasa nada, Pierre. Tiene razón, debo admitir que es… peculiar. Pero no busque más allá. Mi carrera depende de esa mujer. Una palabra suya bastará para expulsarme.

—Ciertamente, es delicado. Pero eso no le quita encanto. Le ahorraré una de mis citas preferidas. Lo lamento de veras.

—No se preocupe. A ver la cita.

—Pues por una vez no le voy a infligir un latinajo, sino el punto de vista de uno de los grandes pensadores del siglo XIX. Schopenhauer afirmaba que toda verdad pasa por tres etapas: primero se ridiculiza, luego sufre una fuerte oposición y finalmente se considera que siempre ha sido evidente. Cuando vi a esa encantadora mujer sentarse a su mesa…

Andreani permaneció en silencio y, bruscamente, se levantó.

—Pierre —exclamó—, ¡es usted un genio!

28

Su teléfono sonó. Andreani descolgó sin decir nada.

—Levanta, Philippe. Tengo novedades.

—Joder, Couturier, ¿qué hora es?

—Las seis, cariño mío. ¿El café con una o dos de azúcar?

—No seas imbécil y dime que tienes buenas noticias.

—Bueno, he repasado todo lo que nos dijo Royan-Longuet. Su hermano efectivamente fue capitán en Argelia y murió en 1958. El ataque a su tropa en Rej Helayed está confirmado. Y también fue Lourdier quien lo llevó de vuelta a Tébessa, hasta le dieron una condecoración. Todo cuadra, absolutamente todo, hasta el menor detalle.

—O sea, pista muerta.

—Sí… y no.

—Odio las adivinanzas, Couturier.

—Cuando metí los datos en mi sistema, me soltó un 100 % en toda la cara.

—¿100 %? Si lo que dijo Royan-Longuet es verdad, no tiene nada de raro, ¿no?

—Philippe, por lo que veo aún no estás despierto del todo. Se te olvida que la trituradora no es un detector de mentiras, sirve para cotejar los datos.

—Bueno, vale, y ¿qué has encontrado?

—Te va a encantar. 1958. Lourdier desaparece en 1958, Slimani también y ahora Pierre-Yves de Royan-Longuet. Los tres el mismo año. No sé qué significa, pero es demasiado para tratarse de una simple coincidencia. Así que he hurgado un poco. Sobre Lourdier y Slimani, nada, pero para el tercero, recuerda que Royan-Longuet no dijo nada de las circunstancias de su muerte. Y vas a entender por

qué. Oficialmente, se suicidó.

—¿Por qué oficialmente?

—El ataque de Rej Helayed le dejó secuelas. Los médicos no pudieron sacar una esquirla de granada que se le quedó clavada en la columna vertebral. Se encontró prácticamente paralizado, principalmente el aparato locomotor, brazos y piernas. El Ejército lo repatrió y se quedó vegetando en casa de su hermano. No podía moverse por su cuenta. Sin embargo, eso no le impidió salir de paseo en la silla de ruedas y tirarse desde un acantilado bretón.

—Voy ahora mismo.

Se levantó de un salto, se duchó, se puso ropa limpia y salió a toda prisa. Pasó por la panadería y luego se dirigió al bulevar Lobau.

—De mantequilla —dijo lanzando los *croissants* a la mesa de Couturier.

—¿Y mi café caliente?

—Ahora te lo trae Berthaud, ha preguntado si lo quieres con una nube de leche… Cuéntame todo.

Para revelar los vínculos que habían podido crearse entre todos los protagonistas de aquella historia, había que enfocarla desde otro ángulo, cambiar de perspectiva. En 1958, en Argelia, tuvo lugar el intento de golpe de Estado, pero ambos habían coincidido en descartar definitivamente esa hipótesis. Couturier empezó a buscar entonces un denominador común, cualquier acontecimiento que hubiera podido involucrar de cerca o de lejos a Lourdier, Royan-Longuet y los hermanos Slimani. Sobre los últimos, no había encontrado nada sólido. En cambio, sobre los dos primeros, su desaparición en el mismo año podía explicarse.

—Voy a arriesgarme a exponer una hipótesis. Lourdier se esfuma, pero sabemos que no muere, sólo desaparece del radar en 1958. Está en misión en el Aurés, con su unidad, y bruscamente no hay más noticias. Nadie sabe a dónde ha ido ni cómo. No sabemos si desertó o si quiso escapar de una condena por otro motivo. Sólo podría confirmarlo el Ejército, pero yo me inclino por la segunda opción. No cuadra: ¿un oficial francés, solo, que elige desertar en

medio de una zona hostil? Hay algo ahí que me chirría, y mucho.

—Me cuesta seguirte.

—Y más que te va a costar, Philippe… Lourdier formaba parte de esa organización, Supremacía de Occidente, de eso estamos prácticamente seguros. Apuesto lo que quieras a que la organización lo repatrió.

—¿Lo repatrió? Pero ¿de qué me estás hablando?

—Lo repatrió, sí, lo sacó de allí para ponerlo a salvo… Intenta seguirme: la caga, lo condenan, se da el piro. Él solo, me parece imposible. Y si no, queda la intervención divina o la red de ayuda mutua entre camaradas, ya sabes, como los nazis después de la guerra. O sea, que sacan a Lourdier de Argelia, ¿vale?

—¿No habría sido más fácil quitarlo de en medio si causaba problemas?

—Sí, seguramente. Una bala perdida, un accidente y aquí no ha pasado nada. Pero apuesto a que en esa clase de club se arrima el hombro. Eso indica que Lourdier tenía una función importante, que era valioso o que podía seguir siendo útil. ¿Para quién, para qué? Todavía no lo sé. Como no puede volver a Francia, se orienta hacia una dictadura cualquiera, en aquella época las había de sobra. Sudamérica, África… Pero me inclino por otro lugar. ¿Sabes dónde se refugió Salan? En España, donde fundó la Organización del Ejército Secreto. Los Pirineos, en aquella época, eran como el Atlántico, pero sin sus inconvenientes. Se sabe poco, pero muchos nazis se refugiaron tranquilamente en la Costa Brava. Lourdier y la Organización del Ejército Secreto, tentador, ¿verdad? Aparte de que la sede de la Sogemed está en Madrid.

—No sé… En la época de la desaparición de Lourdier, Salan aún no había fundado la Organización. Lourdier pudo haber entrado más tarde, pero Supremacía de Occidente podría haber sido el embrión de la Organización del Ejército Secreto, una estructura ligera de la que habría salido ese grupo paramilitar.

—Mmm… Hay muchas webs sobre la Organización del Ejército Secreto, pero ni una sola menciona a Supremacía de Occidente. No

me convence. Sobre todo, porque…

—¿Sobre todo porque qué?

—He ampliado mi investigación a los hechos destacados de 1958, aparte del golpe, que ya sabemos que no lleva a nada.

—¿Y?

—Agárrate: el plan Occidente. ¡Qué chorrada de nombre! Plan Occidente más Supremacía de Occidente, me apuesto la comida a que de ahí sacamos algo. Y, si no me equivoco, vamos a tener que andarnos con cuidado…

Después del intento de golpe de Estado de 1958, se sospechó que De Gaulle había organizado una falsa operación militar para obligar al presidente René Coty a transmitir los poderes al «francés más ilustre». Se trataba de la operación Resurrección, al cabo de la cual el Gran Charles volvió a estar en primer plano, quedando una vez más como el salvador del país.

—Es difícil saber hasta qué punto tienen o no fundamento mis hipótesis. Pero lo cierto es que el retorno de De Gaulle no gustó a todo el mundo. No tengo nada concreto, pero…

—Resume.

En cuanto vuelve al poder el 1 de junio de 1958, De Gaulle tiende los puentes que llevarán a la autodeterminación del pueblo argelino, y hasta los oponentes más furiosos saben que el país ha emprendido un proceso irreversible.

—Todo eso generó muchas tensiones. Nuevo golpe de Estado en el 61, diversos atentados, entre ellos el del 22 de agosto de 1962 en el Petit-Clamart, orquestado por la Organización del Ejército Secreto —añadió Couturier.

—De Gaulle tuvo una suerte increíble…

—Más de lo que crees. Se habla del grupúsculo de generales golpistas porque pasaron al acto. Pero si el plan del general Vermeulaens hubiera tenido éxito, él también habría entrado en los libros de historia.

—¿Y qué tiene que ver ese tal Vermeulaens con nuestro caso?

—Verás, comparados con Vermeulaens, Massu y Salan eran muy

moderados. Si no lo incluyeron en la tentativa de desestabilización del 58, fue porque su reputación era más que dudosa, la clase de tipo que no quieres que salga en la foto de familia…

—¿Más impresentable que Massu y Salan?

—Sí, sí, es perfectamente posible, Philippe. Vermeulaens dirigía una unidad especial, muy especial podría decirse, la unidad 117, vinculada *de facto* al 1.er Regimiento de Infantería Paracaidista. ¿Te suena de algo?

—¡Dios! El regimiento de Lourdier, ¿verdad?

Couturier cogió un dosier del borde de su mesa, pasó algunas páginas y tendió una a Andreani.

—Exacto, el mismo. No sabemos si Lourdier perteneció a la unidad 117, pero es tentador relacionarlo, ¿no?

La unidad 117 era la máquina de destrucción más despiadada que conoció Argelia durante la guerra de Independencia: un escuadrón de la muerte que recurría a la liquidación sistemática de los oponentes de cualquier bando. Si se daba crédito a lo poco que se encontraba sobre ella en internet, la función de la unidad estaba clara: encontrar y destruir tras haber obtenido información, y eso por todos los medios posibles. Era probable que la unidad 117 hubiera participado en la liquidación de una impresionante cantidad de oponentes, pero, como no existía oficialmente, era difícil averiguar más.

—Lo único que se sabe es que esa unidad gozaba de una libertad de acción casi absoluta.

—Me imagino los estragos…

—Estoy seguro de que no mides su amplitud, Philippe. Porque, verás, la máquina no tardó en griparse. Vermeulaens descubre que ocho soldados de su unidad han desertado y quiere evitar a toda costa que algo así vuelva a pasar.

—¿Y?

—Los encuentra y los manda ejecutar, a la antigua, estilo Primera Guerra Mundial, con pelotón de fusilamiento y todo, para dar ejemplo, sin juicio. Es un hecho demostrado, las familias de los

soldados removieron cielo y tierra y el Ejército tuvo que intervenir para intentar apaciguarlas, aunque no se sepa mucho. A partir de ahí, la máquina se volvió incontrolable. Es difícil saber lo que es verdad y lo que no, pero, después de la guerra, una comisión de investigación desveló la participación de la unidad 117 en incontables asuntos sucios: ejecuciones, eliminación de prisioneros, en Serouaguia y Berkadji sobre todo, cuatrocientas cincuenta víctimas tirando por lo bajo, pero también eliminación de ciudadanos franceses, pacifistas, comunistas, intelectuales simpatizantes y hasta militares a los que consideraban demasiado conciliadores. No tenemos pruebas, sólo testimonios, cotejo de datos… Supongo que te das cuenta de que hablamos de una unidad del Ejército, no de un grupúsculo paramilitar. Pero la gota que colmó el vaso fue la operación Occidente.

—¿Otro golpe de Estado?

—Mucho mejor. Verás, Vermeulaens viene a ser como el coronel Kurtz de *Apocalypse Now*. Incluso dentro de la 117 había desacuerdos, defecciones, como demuestra el caso de los desertores. Quizás Vermeulaens sintió que estaba llevando la cosa demasiado lejos, no sé, pero el caso es que emprendió una huida hacia delante y se desmelenó. Lo que estaba preparando era simple y llanamente un atentado contra De Gaulle, previsto durante uno de sus comunicados por televisión. Imagínate, en la tele en directo…

—Vale… Ya lo voy pillando. Ahora ponle el lazo.

—El atentado falla. Había que acabar con aquel desmadre lo más rápido posible. El Ejército, que ya estaba tocado por las acusaciones de torturas, los desacuerdos internos, la opinión pública dividida, no podía permitirse semejante escándalo. Incluso en plena guerra de Argelia, iba demasiado lejos. Curiosamente, a Vermeulaens lo prejubilan en mayo de 1958.

Andreani hizo una mueca.

—¿Mayo del 58?

—Sí, en el momento de la desaparición de Lourdier. Lo pusieron bajo arresto domiciliario. Nada más. Algo me dice que debía de

tener una póliza de seguros de oro. No sé a quién tendría agarrado por los huevos, pero en todo caso las sanciones fueron muy moderadas. He averiguado incluso que seguía cobrando las retribuciones…, un intocable. De momento, por lo menos. A sus subalternos, en cambio, les fue un poco peor. El comandante Pelletier, simpáticamente conocido como el Borrador, se suicida de un par de tiros en la nuca, también en mayo del 58. Unos días después, el capitán Gloedec, apodado el Doctor, decide tomar un baño de ácido…

—Pero, Laurent, ¿de dónde has sacado todo eso?

—Antes de morir en los años setenta, Vermeulaens dejó un testamento en forma de libro publicado por La Francisque, una editorial de extrema derecha. Una bomba fétida, en cierto modo. El libro fue inmediatamente prohibido tras la publicación y sigue siendo prácticamente imposible de encontrar. Salvo en algunas webs de la fachosfera, que publican las páginas más jugosas. Y, además, he cotejado muchos datos a partir de Royan-Longuet y del año 58. De no ser por esos pseudosuicidios, me habría costado mucho más dar con la pista de la unidad 117.

—Bien visto, Laurent, pero de todas formas no veo qué tiene que ver todo esto con Pierre-Yves de Royan-Longuet.

—Menos mal que lo preguntas… Te lo dije antes por teléfono. Es posible que a él también, por la misma época, lo ayudaran un poco a suicidarse.

—Pero ¿por qué? ¿Y qué relación tiene con Vermeulaens?

—Dos preguntas, misma respuesta: Pierre-Yves de Royan-Longuet era su ayudante de campo, nada menos.

—¡Dios de mi vida!

—Y que lo digas, Philippe…

29

Andreani consultó el teléfono. Dos llamadas perdidas seguidas de un mensaje lacónico de Berthaud: «A mi despacho ya».

Llamó y entró sin esperar a que lo invitaran.

—Andreani, ¿alguna vez respeta usted las normas?

—Me pareció entender que era urgente, señor comisario.

—Urgente no, es más bien… delicado. Siéntese.

—Ya veo. La Sogemines, ¿verdad?

—La Sogemines, efectivamente. Su visita de ayer no pasó desapercibida.

—Puede usted estar tranquilo, comisario, no…

—Lo sé, lo sé, no rompieron nada, y se lo agradezco.

—¿Pero?

—Pero… Royan-Longuet tiene el brazo largo, larguísimo. Hay que ir con pies de plomo. Por eso, antes de dejarlo seguir, me gustaría saber qué ha averiguado. Con detalle si es posible.

El teniente lo puso al tanto del caso Lourdier y de cómo había encontrado la pista de la Sogemines. Cuando mencionó el plan Occidente y la unidad 117, Berthaud hizo una mueca. Se frotaba los índices con los pulgares, señal de una inquietud incipiente.

—¿De dónde ha sacado esos residuos tóxicos, Andreani?

—Couturier ha seguido la pista del hermano de Royan-Longuet, aunque por ahora no tenemos nada concreto. Sobre todo, nada que nos permita demostrar con certeza que Lourdier y Royan-Longuet estuvieran metidos en el mismo cenagal. Lourdier pertenecía al mismo regimiento, pero nada indica que formara parte de la unidad 117. No logramos obtener su expediente militar y, mientras tanto, son todo elucubraciones.

—¿Algo más que deba saber antes de que se me eche encima el

Ministerio de Defensa?

El teniente hizo una mueca. El rostro de su superior se quedó inmóvil, temiendo lo que iba a oír. Andreani le comunicó sus hipótesis a propósito de Supremacía de Occidente.

—Una red paramilitar a la que habría pertenecido Lourdier y, muy posiblemente, Pierre-Yves de Royan-Longuet… Sí, tiene sentido. Una prolongación clandestina de la unidad 117 después de la guerra, ¿es así?

—En líneas generales, sí.

—Coherente, aunque un poco cogido con pinzas. No veo adónde nos lleva. Royan-Longuet murió en el 58, y no capto la relación con lo esencial del caso.

En todas las investigaciones había preguntas que se quedaban sin respuesta, ciertos detalles no cuadraban, el cotejo de los datos conducía a pistas contradictorias y, a veces, aun si se descubriese la verdad, no era posible explicar todos los aspectos del caso.

—Tenga cuidado de no desviarse, Andreani, lo que busca es un móvil y un culpable. Para el asesinato de Lourdier, no para una historia que se remonta a las calendas griegas, ¿me explico?

—Coincido en que de momento todo es un poco confuso, jefe, pero estoy convencido de que la muerte de Royan-Longuet, la de Lourdier y la de Slimani están relacionadas, aunque hayan pasado casi sesenta años entre la primera y las otras dos.

—Yo quiero estar con usted, pero necesito algo sólido por si acaso debo… Ya me entiende, ¿no?

—Argelia, jefe. El centro de todo este follón es Argelia. Es el punto en común. Estoy seguro de que es la puerta de entrada al laberinto.

Berthaud echó la cabeza hacia atrás y miró el techo mientras tamborileaba con los dedos en el borde de la mesa.

—Es flojo, Andreani. No aguantaría ni cinco minutos de interrogatorio, pero estoy con usted. Siga investigando, pero vaya con cuidado, moderato, pianísimo incluso, no me gustaría que se me echara encima también el Ministerio de Asuntos Exteriores. Tiene usted una semana. Si pasado este plazo no ha encontrado nada

sólido, tendrá que dejar el caso.

Recibió el mensaje alto y claro. Una semana. Berthaud se mojaba por él, pero no podría retener a los perros durante mucho más tiempo.

—Gracias, jefe.

—Ya, sí. Mire, la familia Royan-Longuet es un tema peliagudo. Si tiene que volver a hablarme de ella, tráigame algo más que sus impresiones. Quiero hechos, tangibles, indiscutibles. Si la Sogemines suelta a sus abogados, no sé si salvaríamos el pellejo. Así que o desentierra un hueso y dejo que se lo coma, o vuelve usted a la perrera.

—Huesos no faltan en este caso. Gracias, señor comisario.

—Ya, claro. No se olvide de participar en la colecta para mi regalo de despedida si la caga, Andreani.

El teniente iba a salir cuando Berthaud lo interpeló:

—A propósito, ¿cómo va todo con la doctora Rossini?

—Sobre ruedas, comisario.

—¿Sobre ruedas?

—Estoy cooperando, jefe, al cien por cien.

—Dígame, ¿tengo motivos para preocuparme? ¿No me estará tomando el pelo? Si va a poner en peligro mi carrera, le recuerdo que la suya pende de un hilo.

—No se preocupe, jefe, como dice el proverbio, será usted el primero en saberlo. *Piscis primum a capite foetet* —replicó, lacónico.

—¿Perdón?

—Es latín, comisario.

—¿Qué significa?

—El pez siempre empieza a pudrirse por la cabeza…

—Largo, antes de que cambie de opinión —amenazó Berthaud y le tiró una pelotilla de papel a su subalterno.

En su despacho, parpadeaba el piloto rojo de su contestador. Pulsó la tecla. Legast. Los fragmentos de piel recogidos bajo las uñas de Slimani pertenecían a Lourdier. Eso sí que era algo concreto.

Se puso el abrigo y salió. Odiaba aquellos días grises, cargados por

una incesante lluvia fina. Si intervenía el viento del norte, el día estaba definitivamente echado a perder. Soñaba con el cielo azul, el sol, la playa, el Mediterráneo, y sin embargo nunca había pedido el traslado. Tendría pocas posibilidades de prosperar, lo sabía perfectamente, pero, sobre todo, pese a aquel maldito clima, tenía apego a la ciudad y a la región. Aparte de Lisa, nada lo retenía allí, tenía pocas costumbres, aún menos amigos, y a pesar de todo se sentía a gusto, en su elemento. No tenía la menor intención de marcharse.

Le sonó el teléfono.

—¿Philippe? Acabo de revisar el registro de Las Espigas Azules. La víspera del deceso, una auxiliar de enfermería tuvo que intervenir en la habitación de Lourdier. Slimani había ido a verlo y tuvieron un altercado violento.

—¿Violento?

—Bueno, vale, eran ancianos… Pero igualmente tuvo que separarlos. La he llamado. Lo ha recordado sin mucha dificultad, aunque no llegó a entender de qué se trataba. Me ha dicho que seguramente serían cosas de viejos, porque siempre creen que les están robando y esa clase de cosas.

—¿Es todo?

—Los separó. Slimani volvió a su habitación.

—¿Y Lourdier?

—Lo acompañó de vuelta a la suya.

—¿Por qué no dijo nada?

—¿A quién se lo iba a decir, Philippe? Por lo visto sucede a menudo, y nadie vio más que un accidente en lo que le pasó a Lourdier. Además, acabó su turno a las seis de la mañana y luego estuvo de vacaciones una semana.

—Claro —farfulló Andreani antes de colgar.

Ya no había duda posible. Una vez es casualidad, dos veces es coincidencia, pensó Andreani sin recordar cómo terminaba la cita. ¿Tres veces, una evidencia? Pronto lo sabría.

Bajó por la calle Charles III y giró a la izquierda, por la calle Saint-

Nicolas. A la altura del número 14 tocó el timbre tres veces. Cuando le abrió, la anciana no pareció sorprenderse. Le indicó con la mirada que podía entrar, luego le dio la espalda y se adentró por el pasillo. La siguió hasta el salón. Era difícil descifrar nada en aquel rostro arrugado. Con un gesto de la mano, lo invitó a sentarse. Ella se instaló en el borde de un sillón, con las manos unidas entre las rodillas, y guardó silencio. No iba a dar el primer paso.

—Quizás sea el momento de continuar su relato, señora Slimani, ¿no le parece?

—¿Qué va a cambiar eso ahora? —preguntó ella en tono de resignación.

—Su hermano asesinó a Lourdier, ¿verdad?

—¡No! —rugió Fatiha Slimani—. ¡No! No fue Redouane.

—Hemos encontrado fragmentos de piel de Lourdier bajo sus uñas. Se peleó con él, lo golpeó, no sabemos todavía cómo fue exactamente, pero sólo es cuestión de tiempo. Acabaremos descubriendo lo que pasó entre ellos.

—Mi hermano lo reconoció… —terminó admitiendo con voz casi imperceptible.

—¿Cómo dice? ¿Lo reconoció?

—Sí, por el tatuaje, en el peluquero, pero no lo mató, se lo juro. Fue a verlo a su habitación, pero parecía que Lourdier no entendía nada. Lo agarró por el cuello de la camisa, pero llegó la enfermera de guardia y se lo llevó… Redouane no lo mató.

—¿Cómo puede estar segura?

—Lo… Lo habría hecho. Y, créame, yo habría estado orgullosa de él, después de todo lo que pasó allí… Pero, al día siguiente, me llamó para decirme que Lourdier había tenido un accidente, que había muerto, y que él ya no podría vengar a nuestra familia. Lloraba al teléfono.

—¿Su hermano quería matar a Lourdier para vengar a su familia? Señora Slimani, va a tener que empezar desde el principio, me temo —dijo mientras se quitaba el abrigo.

30

—Era un día de verano —comenzó Fatiha Slimani con voz ahogada —. Redouane estaba en los campos con nuestro padre, mi madre hacía la comida y se ocupaba del bebé mientras yo raspaba la madera del gallinero detrás del establo. Mariam estaba en la cama, acababa de dar a luz. Mehdi se había ido sin decir nada. Nunca sabíamos dónde estaba, volvía sin avisar, a veces con dinero. Mi madre siempre lo recibía con los brazos abiertos, igual que Redouane. Aunque tuviera que ocuparse solo del campo, Redouane no decía nada. Adoraba a Mehdi. Eran gemelos, estaban muy unidos, aunque fueran caracteres completamente distintos. Mehdi era apasionado; Redouane apacible, siempre al margen. Nunca se pelearon, ni cuando Redouane quiso casarse con Mariam, que eligió a su hermano. Mehdi, tan brillante en la escuela que el maestro del pueblo le daba libros para traer a casa, Mehdi, que aprendía latín, Mehdi, que pasaba las noches hablándonos de la injusticia, de nuestro derecho a vivir en nuestra propia tierra. El maestro lo puso en contacto con gente de la ciudad, lo animó a ir a la universidad. Y cuando Mehdi se fue con sus libros a Tébessa y Redouane se quedó a trabajar los campos, siguieron unidos.

Andreani la observaba, frágil y con la mirada perdida en el vacío. Él lo comprendía. Toda verdad pasa por tres fases. Primero se ridiculiza. Después sufre una fuerte oposición. Al fin, se considera que siempre ha sido evidente… Dejó que Fatiha Slimani prosiguiera.

—Yo era joven, tenía trece años. Un ruido de coche, el chirrido de los frenos. Había mucho polvo, no pude ver gran cosa. Sólo oí algo que parecían botas pisoteando el suelo. Hubo gritos, los gritos de mi madre, los gritos en francés, los gritos en árabe. Mi madre que respondía que ella no sabía nada, el llanto de Mariam, los chillidos

del bebé. Mi padre que llegó tirando de la carreta cargada de paja, Redouane que la empujaba por detrás. Me arrastré para ver. Redouane corría, corría como un loco, con la horca en la mano. Un soldado le dio un culatazo en el hombro y se desplomó. Otro soldado agarró a mi padre por los brazos y lo obligó a arrodillarse mientras le gritaba no sé qué. Y luego otro más, un oficial, que salía de la casa con sus botas brillantes. ¿Sabe?, aún hoy me pregunto cómo lograba… cómo lograba tener las botas tan limpias.

Se interrumpió un breve instante, como si buscara la solución a aquel misterio.

—El oficial se acercó a Redouane y le hizo preguntas, si era un *fellagha*, si creía que el FLN lo iba a salvar, si creía que Argelia sería algún día independiente, pero enseguida me di cuenta de que hablaba solo, de que no le interesaban las respuestas. Sin embargo, Redouane, que nunca se metía en política, levantó la cabeza y dijo que algún día seríamos libres, que ya no tendríamos que sufrir la ley de los franceses. Era Mehdi el que hablaba por su boca. El oficial se volvió loco de rabia. Levantó la fusta y lo azotó en la cara preguntándole dónde estaba Mehdi. Con la cara ensangrentada, Redouane se reía y sólo repetía que jamás traicionaría a su hermano. El oficial le escupió y le dio una patada en la tripa, y Redouane seguía sonriendo. Entonces, el oficial sacó un cuchillo, se acercó a mi padre y lo degolló delante de todos, como a un cordero. Yo oía los gritos del bebé dentro de la casa, los estertores de mi padre que se ahogaba en su propia sangre mientras le temblaba todo el cuerpo y arañaba el suelo con las manos. Después hubo silencio. Ni el bebé lloraba ya. Redouane, petrificado, miraba el cuerpo de nuestro padre. Luego mi madre se abalanzó sobre el cadáver. Nunca en mi vida olvidaré aquel grito. El oficial se dio la vuelta, se oyó un disparo y mi madre se desplomó sobre el cuerpo de su marido. Entonces grité. Un soldado se acercó, me agarró por el cuello y me tiró al lado de Redouane. El oficial ordenó a un soldado ir a ver quién quedaba en la casa. El soldado entró, se oyeron gritos y salió con Mariam, que lloraba y gritaba que quería a

su bebé. Entonces Redouane, que lo había entendido, empezó a hablar. No sabía dónde estaba Mehdi, nadie lo sabía, Mehdi no contaba nunca nada. El oficial no lo escuchaba. «Primero nos ocupamos de la zorra, después pasamos a la guarrilla». Se acercó a Mariam y le dio una patada en la tripa. El bebé volvió a llorar dentro de la casa, el oficial ordenó que lo hicieran callar. Un soldado entró en el cuarto y unos segundos después volvió el silencio. El soldado salió llevando en la mano el fusil con la culata manchada de sangre. Redouane tenía la boca abierta, pero no salía ningún sonido. El oficial volvió a hacer preguntas. «¿Dónde está tu puto hermano?». Redouane no lograba pronunciar palabra. Entonces el oficial empezó a pegar a Mariam, con sus botas limpísimas. A patearle la cara, la tripa, repitiendo las preguntas. Patada patada patada… Mariam estaba en un charco de sangre y las preguntas del oficial seguían sin respuesta. El sol ya se ponía y Redouane no decía nada. Tenía la cara cubierta de sangre, la nariz rota. Lo llevaron a rastras a un camión, a mí me hicieron subir al Jeep y nos llevaron sin decirnos adónde íbamos.

Cuando le quitaron el saco que le habían puesto sobre la cabeza, un rayo de sol que entraba por un ventanuco la cegó. Las paredes blancas estaban sucias de manchas oscuras y el suelo de tierra batida desprendía un fuerte olor a orina y excrementos. Estaba atada a una silla, rodeada por dos militares y un hombre con traje negro.

—Bienvenida al hotel Fayon. Nombre y apellido.

Fatiha Slimani trató de darse la vuelta, pero una violenta bofetada la tiró de espaldas. Un soldado la levantó.

—Nombre y apellido —repitió con calma el que estaba sentado tras una máquina de escribir.

Ella quiso preguntar dónde estaba, pero antes de terminar la frase recibió otra bofetada.

— Nombre y apellido.

No era capaz de decir cuántos días había pasado en ese sótano. ¿Una semana, diez días? Había perdido toda noción del tiempo. Sólo

recordaba que había terminado hablando, aunque no tuviera nada que decir. Tal vez fuera después de que le metiesen la cabeza en una bañera de agua salada, o cuando le pusieron electrodos entre los pechos y entre los muslos, o quizás después de que le arrancaran las uñas de todos los dedos con tenazas, ya no sabía. Pero recordaba el comentario del oficial allí presente.

—Sólo dice tonterías, ya no vamos a sacarle más.

Había llegado su hora. Pero no. Sin que entendiese por qué, la liberaron, sin una palabra de explicación. Se encontró en la calle, en Constantina, sin saber qué hacer ni adónde ir.

—Ya está, ya lo sabe todo, inspector.

—No volvió a ver a Redouane, ¿verdad?

—Nunca. Ni siquiera sé qué fue de él.

—¿Qué hizo usted… después?

—¿Qué podía hacer? Volví al pueblo. No conocía a nadie en la ciudad. Ni siquiera sabía dónde estaba.

—¿No encontró a Mehdi?

—No. Me encontró él a mí unos días después. Mandó a sus propios soldados que me secuestraran. Creí que todo iba a volver empezar, pero sus hombres enseguida me dijeron que era él quien los mandaba para ponerme a salvo, que los franceses me habían soltado como cebo para cogerlo a él. Le conté todo. Quería mandarme a Túnez, a un lugar seguro donde pudiera quedarme hasta el final de la guerra. Después supe que los franceses hacían correr el rumor de que lo habían capturado a él, Mehdi, en lugar de a Redouane y se dijo que debía aprovechar la ocasión.

—¿Aprovechar para qué? Para atribuirse la identidad de Redouane, ¿verdad?

—Sí, para desaparecer. Fuimos juntos a Túnez unos días después.

Toda verdad pasaba efectivamente por tres fases.

—¿Quiere decir que su hermano lo abandonó todo? Pero ¿por qué?

—Ya antes de que nuestro país obtuviese la independencia, se le estaba acabando la mecha. Mehdi era el único jefe de región procedente del Movimiento Nacional Argelino de Messali Hadj, todos

los demás pertenecían al FLN. Lo toleraban porque era un jefe de guerra temible. Pero cuando tuvieron lugar las primeras negociaciones secretas con el Gobierno francés, lo excluyeron. Llegó a sobrevivir a tres atentados. El FLN quería dirigirlo todo, controlarlo todo. Cuando ya no lo necesitaran, lo eliminarían. Y estaba seguro de que los franceses lo seguían buscando. Se había vuelto demasiado peligroso para él. Aprovechó su supuesta captura para desaparecer. No quería seguir luchando, especialmente contra sus hermanos. Pero lo que lo minó fue sobre todo la muerte de Mariam. Ya no era el mismo, se encerró en sí mismo y no volvió a interesarse por la política de nuestro país.

—De todas formas, sesenta años después se encuentra con el torturador de sus hermanos, el asesino de su mujer, su hijo y sus padres, ¿y sigue usted diciéndome que no mató a Lourdier?

—No lo mató.

—Lo reconoció por el tatuaje en cuestión. Supongo que eso se lo contaría usted, porque él nunca había visto a Lourdier, ¿verdad?

Fatiha Slimani se levantó, dio la espalda a Andreani, caminó unos pasos, se detuvo ante la ventana, apartó la cortina, fingió mirar a la gente que pasaba.

—Mehdi me prometió que lo encontraría, que nos vengaría. Le dije todo lo que sabía, todo lo que había visto. Hay cosas… que no pude decirle, y cosas que había olvidado. Mehdi nunca había visto a Lourdier, me pidió que lo describiera, pero fui incapaz, era como si lo hubiera borrado de mi memoria. Lo que quedaba y nunca podré olvidar son sus botas y el número que llevaba en la nuca.

31

Como había sospechado, Redouane era en realidad Mehdi, que no había vuelto a aparecer después de la guerra con su verdadero nombre, sino que había adoptado la identidad de su hermano y vivía aislado, con su hermana. Había dicho adiós a su pasado para que el mundo lo olvidara. Andreani tuvo que aceptar que Couturier y él se habían equivocado. Tanto Lourdier como Slimani habían querido salvar el pellejo, pero su desaparición simultánea durante la guerra era pura coincidencia.

Sin embargo, aunque Fatiha Slimani afirmase lo contrario, él no podía dejar de ver en Mehdi al asesino de Lourdier. Mehdi lo había reconocido por su tatuaje, había entrado en su habitación, lo había golpeado con un objeto cualquiera. ¿Cómo podría haber sido de otra forma? Fatiha quería proteger a su hermano, era comprensible, pero después de sesenta años Mehdi había tenido ocasión de vengarse y no la había dejado pasar, sin importar lo que hubiera dicho a su hermana. Aquella tarde se habían peleado ya una vez. Slimani podía perfectamente haber vuelto para liquidar aquel asunto pendiente. Cuadraba perfectamente con lo que le había explicado Francesca. Una pulsión incontrolable, un deseo absoluto de venganza. Una oportunidad inesperada después de más de sesenta años. No, Mehdi Slimani no habría desperdiciado la ocasión.

Cuando llegó a la entrada de Las Espigas Azules, Couturier pidió hablar con Lisa Andreani.

—¿Sí? —se limitó a decir ella cuando llegó.

—Buenos días. Laurent Couturier, soy el compañero de tu padre en la Brigada —se presentó, tendiendo un mano y sacando su identificación con la otra.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con aire desconfiado, como si

temiese una mala noticia.

—Nada grave, no te preocupes. Se ha abierto una investigación oficial por la muerte del señor Lourdier y la estamos llevando tu padre y yo. ¿Tienes cinco minutos?

Lisa informó a la recepcionista de que iba a tomarse un descanso y se dirigió hacia la cocina del personal.

—¿Un café? —propuso. Él aceptó—. ¿Así que eres el compañero de mi padre?

—Sí, desde hace unos ocho años. En lo bueno y en lo malo —bromeó Couturier.

Lisa sonrió. Desde luego, trabajar con su padre no debía de ser siempre divertido.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti?

—Dijiste a tu padre que el señor Lourdier deliraba, que decía cosas absurdas. ¿Recuerdas lo que decía?

—Ni idea, no le hacía caso, era un pesado y ya tengo yo bastantes cosas que hacer. Pero el señor Laurençot seguro que lo sabe.

—¿Quién es?

—Un antiguo soldado que estuvo en la guerra, nos da la plasta todo el día con el tema. Lourdier solía contarle su vida a él.

—¿Su vida? ¿Daba detalles?

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, parecía sobre todo que deliraba. Como si tuviera un sueño o una pesadilla estando despierto. Pero, como te digo, yo no le hacía mucho caso.

—¿Dónde puedo encontrar al señor Laurençot?

—Al final del pasillo, pero te acompaño. Es mejor que te presente yo. A la gente mayor le asusta lo desconocido.

El señor Laurençot era un anciano enclenque, que preguntó con voz temerosa qué quería.

—Señor Laurençot, hay alguien de la policía, quiere hablar con usted.

—¿La policía? Si yo no he hecho nada —gimió el anciano.

—No se preocupe, el inspector quiere hablar con usted sobre el

señor Lourdier.

—Ah, el pobre teniente Lourdier, sí, el pobre teniente Lourdier…

El anciano dejó entrar a Couturier, se sentó en un sillón y quitó el volumen del televisor.

—Mejor así para hablar, estoy un poco sordo. Capitán Laurençot, 43.º Regimiento de Infantería —añadió poniéndose firme.

Couturier le siguió el juego y le devolvió el saludo.

—Me han dicho que estuvo usted en la guerra, señor Laurençot, ¿es correcto?

—Sí, señor. En Indochina. Resulté herido, ¿sabe? Y me condecoraron. Mire —añadió señalando un marco en el que colgaban varias medallas con cintas descoloridas.

—¿Conocía bien al señor Lourdier? ¿Eran amigos?

—¿Bien? No, muy poco, la verdad. Amigos no, no lo diría. Venía él a verme de vez en cuando. No eran auténticas conversaciones, ¿sabe?, hablaba sobre todo él. Y cuando empezaba, no había quien lo parase…

—¿De Indochina también? —dijo Couturier, fingiendo ignorancia para irse ganado la confianza del viejo militar.

—No, no, lo suyo era Argelia. Yo no llegué a ir. Después de que me hiriesen, me transfirieron a los servicios de organización de Orleans. La rótula, ya sabe…

—¿Le hablaba sobre lo que ocurría allí?

El viejo vaciló.

—Es que… No sé si…

—¿Hay algún problema, capitán Laurençot?

—Pues que el teniente Lourdier ya no está entre nosotros. El pobre, ese accidente… Y no querría yo…

—¿Qué es lo que no querría, capitán?

—Es que no hay que hablar mal de los muertos.

—No, claro. Pero entonces, en ese caso, limítese a repetirme lo que le contaba.

—Atrocidades, señor, atrocidades que preferiría no haber escuchado nunca. Yo me negaba a creer que estuviese hablándome

de él. O por lo menos siempre creí que no había tenido elección. Yo también estuve en la guerra. Y créame, Indochina no era un patio de recreo. A veces recibíamos órdenes, las cumplíamos y era mejor no darle más vueltas. Pensábamos en los compañeros caídos, en los que estaban prisioneros, y sí, hacíamos lo que nos mandaban hacer. Si supiera usted de lo que es capaz un ser humano… Nunca supe si el señor Lourdier había presenciado aquellas atrocidades o si había tomado parte en ellas, pero, si así fuera, no soy yo quien puede juzgarlo.

Si lo que relataba era cierto, Lourdier habría sido una rata inmunda, un torturador de prácticas medievales. De vez en cuando, tenía crisis y los recuerdos parecía que le venían en oleadas. Se agitaba, farfullaba frases incomprensibles y daba lo que parecían órdenes a soldados invisibles. Hablaba de forma confusa, deshilvanada y en ocasiones parecía revivir alguna escena. Un día en particular representó una que lo había aterrorizado. Lourdier había tendido la mano izquierda abierta hacia delante, como si quisiera agarrar a alguien por el cuello, y con la otra mano había hecho el gesto de clavar un cuchillo a la altura del vientre y de removerlo antes de subirlo hasta las costillas.

—«¡Y, zasca, le saco las tripas al moraco!», dijo. Se reía a carcajadas, echando espuma por la boca. Parecía un demente, un demente, sí señor. Pero había algo más. Los cantos, los discursos interminables sobre los compañeros caídos por la patria, esa… puta —vaciló— que escupía a sus hijos que se habían sacrificado por ella, las acciones que había que realizar para salvar a Francia y a Occidente.

—¿Occidente? —repitió Couturier.

—Sí, estaba obsesionado con salvar a Occidente. No hacía más que decir: «La vieja guardia vigila, vigila. Y no escapará nadie, ni uno. ¡Los mataremos a todos!».

—¿Sabe de quién hablaba?

El viejo encogió los hombros.

—Ni idea. A veces se ponía a hablar en español.

—¿En español?

—Sí, yo no entendía nada. Otras veces contaba que venía de vacaciones a Francia, sólo un fin de semana, para arreglar unos asuntos. Cambiaba de un tema a otro sin parar. Era como si tuviera la cabeza en otra parte. Creo que no se daba cuenta, ni siquiera me llamaba por mi nombre…

—¿Cómo lo llamaba, con qué nombre?

—Me llamaba Pierre-Yves…

—¿Pierre-Yves? ¿Está seguro?

—Sí, señor, y hasta una vez, cuando uno de sus antiguos camaradas vino a visitarlo, él tenía una de sus crisis y así fue como me presentó a su visitante: su antiguo compañero de combate, capitán Pierre-Yves de no sé qué, dijo, no me acuerdo del apellido. Me resultó muy incómodo, ¿sabe? Pero eso son las cicatrices que quedan, las cosas que no se cuentan en casa, los recuerdos que no nos dejan dormir y que nadie, salvo otro soldado, puede entender. ¿Y sabe una cosa? A veces es liberador poder hablar de ello, es calmante. Todos nosotros, de una forma u otra, volvimos quemados, no sé si me entiende, pero el incendio no se ha apagado y, por dentro, en la cabeza y en las tripas, nos sigue consumiendo. Por eso lo escuchaba.

—Sí, lo entiendo —le aseguró Couturier—, lo entiendo.

Dio las gracias al antiguo combatiente, que tenía los ojos llenos de lágrimas, y se despidió con un saludo militar. Fue a ver a la directora para pedirle los datos de la empleada que había separado a Lourdier y Slimani, buscó a Lisa para despedirse —no la encontró— y volvió a la Brigada.

Apenas había llegado al bulevar Lobau cuando Andreani se le echó encima.

—¿Dónde coño estabas? —espetó.

—¿Que dónde estaba? En las Espigas Azules, ¿no te acuerdas? Tu hija es muy agradable, por cierto. Cuando ves a su padre, te preguntas por los misterios de la genética.

—Ahórrame las pullas. ¿Novedades? Tenemos que ponernos al día.

—Sí, va haciendo falta.

Se instalaron en el despacho de Couturier, intercambiaron la información obtenida de Fatiha Slimani y la residencia de ancianos y constataron que cuadraba. La imagen de Lourdier se concretaba y la relación con Pierre-Yves de Royan-Longuet se confirmaba.

—Está todo más claro, desde luego, pero no nos sirve de gran cosa.

—Es verdad… ¡Pero esto sí! —exclamó Couturier tras ojear un fax que había llegado durante su ausencia—. Enviado por el Registro Mercantil de Madrid. Ha tardado porque todavía no se han digitalizado los antiguos registros en papel de aquella época, lo que explica que no aparezca nada en internet.

Su compañero leyó el documento.

—¿Y?

—Philippe, estás hoy un poquito espeso. El director ejecutivo…

—¿Bernardo Durilero? —Couturier puso los ojos en blanco y alzó las cejas—. ¡Madre mía!

—Durilero, sí. Mételo en la coctelera, agita bien y te sale el anagrama. Lourdier era director ejecutivo de la Sogemed. Y no un simple beneficiario de la generosidad de la familia Royan-Longuet. El viejo nos ha tomado por tontos.

Pero había algo que inquietaba a Andreani. Era demasiado fácil. Royan-Longuet no podía ignorar que tarde o temprano acabarían por dar con la información. Ese seudónimo ridículo… Mientras regresaba a casa, no pudo dejar de pensar que, contrariamente a lo que afirmaba su colega, era poco probable que el viejo hubiera subestimado la amenaza que representaban para él.

32

¿Te acuerdas, hermano? Seguíamos el camino costero que bordea el litoral en Beg-Meil. Llovía, y las borrascas eran tan fuertes que en varias ocasiones estuve a punto de perder el equilibrio. El cielo gris acero amenazaba con caérsenos encima. El mar estaba descontrolado, salpicaba azotándonos el rostro, pero en ningún momento miraste atrás, seguías con la mirada clavada en el horizonte.

La fuerza del viento reventaba las olas, las hacía pedazos contra los acantilados de arenisca.

Nos detuvimos al final del camino que tantas veces habíamos seguido cuando éramos niños. Tú y yo sabíamos que había llegado la hora.

Me miraste de frente y leí en tus ojos lo que esperabas de mí. Te quedaste en silencio. Agarré las empuñaduras de tu silla de ruedas, tan fuerte que me dolieron las manos, y tomé impulso. Un dolor impronunciable se apoderó de mí, una desesperación que me subía de las entrañas. Grité, como un poseso, aceleré y tu cuerpo se lanzó al vacío. ¿Te acuerdas, hermano? Desapareciste, tragado por la espuma, y yo caí de rodillas gritando tu nombre a la cara del mundo.

Nunca encontré reposo, nunca se apagó mi cólera, me roe y me devora. Me sube por dentro como el mar que desata sus olas en la tormenta; si algún día se desvela, no sé qué sucederá; porque ella y yo somos uno.

33

Acababa de llegar a la Brigada cuando Couturier irrumpió en su despacho. Arrellanado en su asiento con los pies encima de la mesa, el teniente estaba sumido en sus reflexiones.

—Perdona que te interrumpa la siesta, Philippe, pero te vas a despertar —exclamó Couturier entusiasmado.

—¿Te has puesto así porque es viernes? ¿Has quedado esta noche?

—Lo digo en serio, mira esto.

—¿De dónde lo has sacado? —exclamó Andreani al descubrir el expediente militar de Lourdier.

—El domingo, después de misa, ponle una vela a san Berthaud. Sigue teniendo amigos que le hacen favores. Léelo por el camino, es muy instructivo.

—¿Por el camino?

—Ya he reservado un coche. Se nos olvidó despedirnos la otra vez. ¡Muévete!

Tenía dos horas. Dos horas para elaborar un plan. Al viejo no le sorprendería volver a verlos. Descubrir la función de su hermano en la unidad 117 junto al general Jacques Vermeulaens no había sido complicado y él lo sabía. En el expediente encontró una solicitud de traslado a una unidad que no se identificaba, emitida por el capitán Pierre-Yves de Royan-Longuet y respaldada por el general Vermeulaens, fechada en 1954. Un extracto de su condena por el tribunal militar de Argel por haber dirigido un pelotón de fusilamiento que había ejecutado a ocho soldados franceses desertores de esa misma unidad, sin juicio. Un parte de desaparición del centro de operaciones que mencionaba una sospecha de deserción. Un retrato de la inteligencia militar y una orden de búsqueda de Roger Lourdier, sospechoso de haber huido a España.

Aparte de eso, nada.

Berthaud había hecho lo que había podido, pero tampoco adelantaban nada. Tendrían que conformarse con lo que ya sabían.

Cuando llegaron a la verja de la Sogemines y Couturier pulsó el botón del interfono, nadie se manifestó, pero la reja se abrió deslizándose silenciosamente. Dejaron el coche en el aparcamiento reservado a los visitantes. Bastre ya acudía a su encuentro.

—Caballeros de la policía. El señor de Royan-Longuet los espera. Síganme, por favor. Es el señor de Royan-Longuet padre quien quiere hablar con ustedes —creyó necesario puntualizar.

—Qué suerte, precisamente veníamos a verlo a él.

Bastre llamó con dos golpes secos a la puerta del despacho del presidente de la Sogemines y entró sin esperar respuesta.

—Entren, caballeros, tomen asiento —invitó Jean de Royan-Longuet levantándose para recibir a sus visitantes.

Andreani declinó la invitación con un gesto de la mano y se quedaron de pie, mientras el anciano volvía a sentarse en su sillón de cuero.

El monarca en su trono.

—Esperaba su visita.

—¿De veras?

—Vamos, inspector, dejémonos de jueguecitos. Finalmente ha encontrado el expediente militar del imbécil de Lourdier.

El «querido Roger» se había convertido de pronto en el imbécil de Lourdier.

—Las noticias vuelan, por lo que veo.

—Las noticias, ¿sabe usted? —dijo el viejo con una risa burlona—, suelo publicarlas yo. Es mi obligación estar informado. Deformación profesional. Pero dígame a qué ha venido concretamente, inspector, no puedo concederle mucho tiempo.

Andreani decidió echarse un farol.

—Muy bien, puesto que sabe que hemos tenido acceso al dosier de Lourdier, tampoco ignorará que estamos al tanto de lo de su hermano.

—¿Están al tanto de lo de mi hermano? ¡Menuda cosa! —se burló De Royan-Longuet encogiendo los hombros—. ¿Y por eso me visitan dos inspectores de la Brigada Criminal? ¿Qué tendrá que ver?

—Sabe usted perfectamente adónde nos lleva eso, señor de Royan-Longuet.

—Ilústreme.

—Supremacía de Occidente… No irá usted a decirme que no sabe de qué hablo.

34

El viejo miró fijamente a Andreani.

—¿Qué es lo que quiere, inspector? Creía que trataba de resolver el crimen del pobre Lourdier.

—Sabe usted perfectamente cómo nos ha llevado la investigación hasta su empresa y, por tanto, hasta su hermano.

—Mucho me temo, caballero, que está usted confundido. ¿Ve esta cicatriz? —dijo tendiendo la mano abierta—. Es fruto de un pequeño accidente de juventud. Yo era un niño muy curioso, ¿sabe?, demasiado curioso quizás. A día de hoy todavía me pica. Hay días en que es verdaderamente desagradable, y lamento no haber sido más prudente entonces.

—¿Adónde quiere llegar?

—Déjeme seguir. En los escasos momentos de libertad que me concedía mi padre, me gustaba pasear por los largos caminos que llevaban a los campos. En aquella época, esta ciudad no era más que un pueblo grande rodeado de bosques, campos y pequeños estanques que hemos tenido que desecar. No era infrecuente que los jabalís entraran en los jardines de nuestros empleados a comerse sus patatas, o que los zorros merodeasen por los gallineros. Un día que había tomado el camino del Braine, al que llamamos río por una cuestión de honor, pero que es un arroyo, quise coger cangrejos. No creo que haya habido nunca cangrejos de río en el Braine, pero eso no importaba. Anduve rebuscando, apartando arbustos, levantando piedras, buscando cochinillas o lombrices para usar como cebo. La víbora común no es muy peligrosa, pero su mordedura es extremadamente desagradable. Sólo ataca al hombre si la sorprende o se siente amenazada. La mejor manera de evitar mordeduras es adoptar unas sencillas reglas: caminar por la hierba con botas o

zapatos cerrados, marcar bien cada paso para espantarla, porque, aunque sean sordas, las serpientes son muy sensibles a las vibraciones. Y, obviamente, no levantar piedras ni rebuscar entre la vegetación con las manos. Tendría que haber seguido esos prudentes consejos.

—Una historia edificante, señor de Royan-Longuet, pero podría creer que se trata de una amenaza velada.

—Vamos, vamos, yo no practico la amenaza. En realidad, nunca me ha hecho falta. Generalmente hablo y se me obedece. Pero, ya que insiste, de acuerdo. Estoy dispuesto a responder a sus preguntas, pero no estoy seguro de que usted quiera oír mis respuestas, inspector Andreani.

Si el presidente de la Sogemines no había querido rodearse de abogados, era porque sabía defenderse.

—Supremacía de Occidente —repitió Andreani.

—Veo que no suelta usted el hueso… Muy bien. El querido Lourdier…

—No olvide a su hermano, Pierre-Yves.

—¿Pierre-Yves? Murió, por culpa del Gobierno del país al que sirvió durante muchos años.

—Un Gobierno que él quería derrocar, ¿no?

—Su implicación nunca pudo demostrarse, y no llegó a celebrarse un juicio. Y, además, ¿qué habría hecho usted en su lugar? El futuro era imprevisible…

—¿El futuro de la Argelia francesa?

—No sea ridículo, inspector. Fuera Argelia francesa o independiente, no habría cambiado nada. Una vez pasada la euforia de su supuesta liberación, las ovejas no habrían tardado en volver al redil. No, la independencia no amenazaba realmente nuestros intereses. Como mucho, habríamos tenido que… adaptarnos, pero en el fondo no sería nada relevante.

—Entonces, ¿de qué habla?

—Me decepciona usted, inspector Andreani. Lo que hacía mi hermano era un combate, no se trataba de una pelea por unas

cuantas granjas, de ensayos nucleares en el desierto o de reservas de gas, por importantes que sean. De todas formas, habríamos mantenido el control sobre todo eso. No, le hablo de un combate ideológico.

—Una cruzada, ¿verdad?

—Si usted lo dice —sonrió Royan-Longuet—, sí, en cierto modo. Mire en qué se ha convertido nuestro país. Usted lo sabrá mejor que nadie. Pierre-Yves era un visionario. Sabía lo que pasaría si nos dábamos por vencidos. Y nos traicionaron. El Gobierno abandonó a los harkis a su suerte, obligó a cientos de miles de pies negros a abandonar sus tierras…

—Lo que explica su generosidad con ellos en 1962…

—¡Por supuesto! —se irritó el viejo golpeando el brazo del sillón con el puño—. ¡Qué indignidad! ¡Los trataron como a parias, peor que a los perros! Les prohibían la entrada en bares y restaurantes, les escupían por la calle.

—Puede ser… En efecto… Pero usted no se limitó a la simple caridad, ¿no es cierto? Sospecho…

—Ese es su problema, inspector, que usted sospecha. Si tuviera algo concreto, habría venido con una orden judicial. Pero no tiene más que sospechas, alegaciones… ¡Nadie puede impedir que haga lo que quiera con mi dinero! Y, de todas formas, todo es perfectamente legal, mis abogados se aseguraron. Bastre tiene a su disposición todos los registros, si le apetece perder el tiempo.

—Usted nos mintió. No puede ignorar que Lourdier dirigía la Sogemed en Madrid.

—¿Está usted seguro de querer seguir, Andreani?

—¿Por qué nos ocultó ese dato?

El presidente de la Sogemines permaneció un momento en silencio, como dispuesto a mover una pieza en un tablero. Nada en su rostro ni en su actitud indicaba que vislumbrase un posible fin de su reinado. Sin la menor duda, tenía un as en la manga.

—Muy bien. Entonces, dejémonos de jueguecitos. Deberíamos seguir hablando en privado, inspector. Si no, le rogaré que me

disculpe y que se ponga en contacto con mis abogados. Usted decide.

Andreani se volvió e interrogó con la mirada a su acólito, que, con un gesto apenas perceptible, asintió y se puso en pie.

—Bastre, acompañe al inspector Couturier a nuestra sala de visitas. Es preferible que ciertos aspectos de nuestra historia sean confidenciales, pronto lo entenderá, inspector Andreani. Pongamos las cartas sobre la mesa, si le parece.

—¿Qué gano yo con eso?

—¿Qué gana? Nada, pero podría evitar perder mucho.

—¿Por qué no vamos a lo esencial?

—¿Lo esencial? Enseguida, enseguida, pero temo que no capte usted todas las implicaciones de esta historia, inspector. No se engañe, yo nunca subestimo a un enemigo, pero no puede usted entender lo que está en juego —añadió Royan-Longuet con una soberbia casi imperial.

—¡Mi pregunta es muy sencilla! ¿Qué hacía Lourdier en España durante tantos años? ¿Qué coño es eso de un grupúsculo extremista?

—No hace falta ser vulgar, inspector. Si no hubieran empujado a Pierre-Yves al sacrificio definitivo, todo habría sido distinto. Pero se lo debía a su memoria.

—¿Qué le debía?

—Continuar su obra, obviamente.

—¿Las exacciones que cometía a las órdenes de Vermeulaens en Argelia? ¿A eso lo llama usted obra?

—Es cuestión de interpretación. Verá, durante las negociaciones secretas sobre la independencia de Argelia, tratamos con personas razonables. Una banda de asesinos, desde luego, pero dispuestos al compromiso. Todo el mundo, todo ideal, tiene un precio. Desgraciadamente, no apostamos por el mejor caballo y, justo después de la independencia, nuestros amigos, por llamarlos de algún modo, fueron apartados definitivamente y nos encontramos frente a unos interlocutores mucho menos interesados en conciliar.

Habríamos terminado entendiéndonos si algunos de ellos no hubieran sido tan intransigentes. Créame, inspector, las ideologías y las religiones, sean las que sean, llevan a la guerra. Siempre. Como habíamos agotado todas las vías razonablemente factibles, tuvimos que adoptar una estrategia alternativa.

Aquella franqueza ocultaba algo, era más que evidente.

—Supremacía de Occidente, ¿es eso? ¿Esa es su estrategia alternativa? ¿Una red paramilitar que elimina a todos los que se interponen en su camino?

—Pierre-Yves era un visionario. La unidad 117 era de una eficacia temible. Si todos los regimientos hubieran sido tan… productivos, no habríamos perdido esa maldita guerra. Enseguida comprendió que el alcance de una solución militar siempre sería limitado, que había que ir más lejos. Sabía que a la larga mandarían a Vermeulaens al banquillo. Poner la mira en De Gaulle no era un error, era simplemente demasiado pronto. Pero Vermeulaens era impulsivo y no quiso escuchar a nadie. Todo aquello se le había subido a la cabeza y, al fin y al cabo, Pierre-Yves sólo era capitán, y un capitán obedece, punto. Cuando conoció a Lourdier, durante una misión, Pierre-Yves supo que había encontrado al secuaz que buscaba. Si ese imbécil no hubiera adorado de aquel modo a los nazis…

—¿El tatuaje en la nuca?

—¡Qué folclore ridículo! Él y algunos más tenían esas lamentables obsesiones, sí. Era un idiota, pero se podía contar con él, siempre iba… hasta el fondo de las cosas, por así decirlo, y le había salvado la vida a Pierre-Yves. Cuando Pierre-Yves supo el veredicto del tribunal militar que lo había juzgado, me pidió que lo ayudara y lo pusimos a salvo. Una acción reprensible, quizá, pero ahora Lourdier está muerto y hay prescripción.

—¿Por qué no lo acompañó su hermano a España? Supongo que a él también lo condenarían, ¿no?

El viejo se levantó cuan largo era.

—Un Royan-Longuet siempre hace frente. No se esconde en un hoyo. Pierre-Yves sabía a qué se arriesgaba. A perder el honor,

inspector Andreani, ¿comprende?

—A él también lo eliminaron, como a todos los adjuntos de Vermeulaens, ¿verdad?

—Cuando Pierre-Yves supo lo que estaba pasando, comprendió que su turno no tardaría en llegar. No era cuestión de dejarse sacrificar como un perro. Tomó su decisión.

—¿Quiere que me trague que se suicidó? ¿Estando paralizado?

—Parece que no comprende, inspector, hasta qué extremo llega el sentido del honor de los Royan-Longuet. Cuando es necesario, cada cual debe hacerse responsable de lo suyo, cueste lo que cueste.

—Fue usted… —tartamudeó el inspector al percatarse de lo que acababan de revelarle.

—Había que preservar el honor de nuestro apellido.

—¿Preservar el honor de su apellido? ¿Usando a Lourdier y a la Sogemed para perpetrar los crímenes de su hermano?

—Esa es su interpretación. Sólo usted habla de asesinatos. Yo hice donaciones personales a la Sogemed para financiar los proyectos de desarrollo que Roger decidía llevar a cabo, nada más.

—¿Proyectos de desarrollo, en serio? Lourdier era un criminal de guerra.

—Fue condenado por ejecutar a ocho desertores, es verdad, pero creo que todo depende del punto de vista que se adopte. Si quiere saber mi opinión, los desertores se lo merecían.

—Su hermano y Lourdier tienen más que la sangre de ocho desertores en las manos. Mataron a mujeres, niños, ancianos. Torturaron, quemaron, violaron.

—¿Y usted cree que eran los únicos? ¿Que los del otro bando no hacían lo mismo? ¿Tiene la menor idea de lo que estaba en juego en aquella época? No, ni la más mínima, así que no venga a darme lecciones de moral. Y además, todo eso es parte del pasado. Un pasado que ya no interesa a nadie.

—Le garantizo que las actividades de la Sogemed, en las que no dejaremos de meter las narices, podrían interesar a algunas personas.

—Soy un hombre muy ocupado, ¿sabe?, delego la mayoría de las tareas en Bastre, pero mi dinero lo invierto con muchísimo cuidado. Estaremos encantados de proporcionarle los documentos relativos a las actividades de la Sogemed, si es lo que desea. He financiado proyectos educativos, asociaciones culturales y deportivas, nada más. Hacerlo por medio de la Sogemed nos permitía asegurarnos de que nuestros fondos se utilizaran adecuadamente. Dentro de mis posibilidades, participé simplemente en el desarrollo de Argelia, contribuí a que el país siguiera por el buen camino, a evitar que se viniese abajo. ¿Le parece a usted que eso es algo reprochable?

—Es usted escoria, Royan-Longuet.

El viejo ahogó una risita.

—¿Escoria? ¿Esa es su visión del mundo? ¿Los buenos y los malos? No puede ser tan ingenuo, inspector. Usted no. No finja que está ofuscado. No voy a discutir con usted, pero si estoy bien informado, que lo estoy, ¿no toma también a veces el camino más directo? ¿El camino que evita que el mal empeore? Sabe perfectamente que el fin justifica los medios, ¿verdad? Su expediente lo demuestra, en todo caso.

Andreani encajó el golpe sin inmutarse. Debía jugar su última carta.

35

—Tenemos un testigo, a quien Lourdier se lo contó todo.

—Un testigo, ¿eh? Aunque el tal… Laurençot, ¿no es así?, aunque ese señor contase lo que parece haberle dicho a usted, ¿qué valor tendrían ante un tribunal las divagaciones de un viejo senil con alzhéimer? Haría mejor en preocuparse por el presente, inspector. Sabe perfectamente que hay prescripción y, de todas formas, lo que pudiera haber hecho Lourdier durante la guerra ni es asunto nuestro ni le podemos hacer pagar por ello. Se está hundiendo, inspector, está en pleno naufragio. Es usted patético. No sea mal perdedor.

—No se librará tan fácilmente, Royan-Longuet.

—Claro que sí, lo sabe usted muy bien, aunque eso le quite el sueño para el resto de su vida.

El viejo tenía razón. Era un completo fracaso.

—Ya que estamos solos, me voy a dar el gusto de hacerle una confidencia —añadió Royan-Longuet en tono conspirador.

A pesar del bastón, el hombre caminaba con paso ágil. Vestido con un impermeable gris, con un sombrero de fieltro pasado de moda, entró en el edificio, pasó tranquilamente ante el mostrador de recepción y se dirigió a la habitación número doce. Entró sin llamar y encontró a Lourdier refunfuñando contra sabe Dios qué.

—Ah, eres tú —dijo, visiblemente sorprendido por la irrupción.

—Buenas tardes, Roger.

—Están por todas partes. ¡Por todas partes! Mírame el cuello, quería estrangularme, el… ese…

—Cálmate, Roger.

—Tengo que ver al jefe, ahora mismo. Tengo que verlo. Están aquí. Tenemos que actuar.

—Sí, Roger, vamos a actuar. Vamos a encargarnos, no te preocupes

—le respondió una voz que pretendía apaciguarlo.

—Es el tipo de la 18 —dijo el antiguo soldado volviéndose y tendiendo la mano hacia la mesilla de noche—. Déjame coger el…

Roger no tuvo tiempo de terminar la frase. Su visitante agarró el bastón como si fuera un garrote, lo alzó por encima de su cabeza y, con el puño de plata en forma de cabeza de quimera, dio un golpe firme en la nuca del anciano, que cayó con un ruido sordo contra la mesilla de noche. El visitante dejó el bastón en la cama, pisó la espalda de su víctima, le agarró la cabeza con las manos y, con un gesto preciso, la torció con un crujido siniestro.

El invitado de Lourdier se incorporó, se arregló la ropa, cogió el bastón, limpió el puño con un pañuelo que llevaba en el bolsillo y, con un saludo militar en posición de firmes, rindió un último homenaje a su compañero antes de salir.

—Lourdier hablaba demasiado, efectivamente. Durante las crisis ya no se controlaba. Aunque para nosotros no representase un gran riesgo, se hizo necesario solucionarlo.

—A Lourdier lo mató Slimani. Hemos encontrado restos de piel bajo sus uñas.

—Sí, sí, inspector, han investigado concienzudamente. Se pelearon, en efecto. He de decir que Slimani tenía cosas que reprocharle, si no recuerdo mal lo que me contó Roger. Pero Slimani no tuvo nada que ver. De hecho, creo que Roger nos lo agradecería. Por lo menos tuvo un fin honorable, no en manos del enemigo. Sólo lamento que no tuviéramos tiempo de presentar nuestros respetos a Slimani. Verá, ya no somos tantos como antes, no somos tan rápidos ni tan reactivos. No supimos que Slimani estaba allí hasta después de visitar a nuestro compañero. Casi sesenta años después aparece, y en nuestro territorio, por si fuera poco. A veces, la vida es curiosa, ¿no cree, inspector?

—¿De qué conoce a Slimani?

—¿Cómo no iba a conocerlo? Slimani le valió muchas noches en blanco a mi hermano. Claro, la 117 no cogió al hermano correcto, que desapareció de la circulación después de la captura del otro,

pero a falta de pan, buenas son tortas. Da igual, la versión oficial que Vermeulaens comunicó al Estado Mayor dejaba constancia de la captura de Mehdi Slimani, lo que representaba un éxito considerable, habida cuenta del pedigrí del individuo. Eso dio un gran margen de maniobra a la 117. A partir de entonces, tuvieron carta blanca y pudieron operar con total libertad. Con resultados extraordinarios.

—Pueblos borrados del mapa. Mujeres violadas delante de sus hijos, pozos llenos de los cadáveres que la maldita unidad 117 dejaba tras ella, ¿a eso llama usted resultados extraordinarios?

—¿Qué quiere? Ya conoce el dicho, para hacer tortilla hay que romper los huevos. Es cierto que pudo haber algún exceso, pero vuelvo a decir lo mismo: ¿cree que era en sentido único? ¿Tengo que repetirle que aquello era una guerra?

—Una guerra que mantuvieron activa después de la independencia, su maldita cruzada personal.

—Es cierto que la forma en que se gestionó aquello después de que el usurpador volviese al trono me dejó la sensación de algo inacabado, de que quedaba un asunto pendiente. Había que dejarlo zanjado. Mientras siguiera quedando uno, si ve a qué me refiero.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Mire las cosas de frente, inspector. ¿A quién persigue? ¿Cuál es el crimen? ¿Quién es su sospechoso? ¿De qué nos acusa? Ni usted mismo lo sabe. Su investigación no está centrada, se le va de las manos, y no tiene ni la menor prueba de lo que afirma. Busca la verdad, pero ¿qué verdad está dispuesto a afrontar? Verá usted, si mete las narices en un asunto que no comprende, corre muchos riesgos sin poder medirlos. No tiene nada, sólo palabras al aire, puras especulaciones como mucho, que mis abogados estarán encantados de impugnar en su momento si se empeña usted en buscarme las pulgas. Haga un gesto, uno sólo, y se quemará las alas. No me obligue a ser desagradable, inspector Andreani, no querría ensuciar la memoria de un amigo muy querido, por mí y por usted.

—No tenemos amigos comunes, Royan-Longuet.

—Se equivoca, inspector Andreani —lo contradijo el viejo acercándole con las yemas de los dedos un sobre que había en la mesa.

Sin apartar los ojos del viejo, desgarró el sobre, metió la mano y sacó una foto en blanco y negro. Se puso las gafas y descifró el documento. Royan-Longuet le dio la puntilla.

—Su padre nos prestó grandes servicios. Un colaborador extraordinario. Sí, extraordinario, inspector Andreani. Ahora, le ruego que se vaya.

En el mismo instante, se abrió la puerta del despacho y apareció su ayudante.

—Bastre, acompañe al inspector y a su colega hasta su vehículo. Adiós, inspector.

Andreani encontró a Couturier errando por los pasillos. Permanecieron callados hasta cruzar el portón de la empresa.

—¿Y? —se atrevió entonces a decir Couturier, volviéndose hacia su colega. Pero, al cruzar la mirada de Andreani, supo que era preferible no insistir.

36

Sentía un furioso deseo de ver las cosas claras. Cuando entró en el bar, Pierre Timonier, libro en mano, declamaba un pasaje en voz alta.

—En cierto momento, se cierra tras nosotros un pesado portón, se cierra, se acerroja a la velocidad del rayo… —lo vio y le dirigió un gesto de la mano sin interrumpirse— y no nos da tiempo a volver atrás. ¡Señor comisario! Muy buenos días. *El desierto de los tártaros*, ¿lo conoce? Dino Buzzati. Una maravilla.

—Buenos días, Pierre. Sí, creo que lo leí hace tiempo. No me acuerdo, la verdad.

—¿Y *Zangra*, del gran Jacques?

Ante su gesto atónito, el Gran Serio entonó con su voz estentórea la canción de Brel.

—*Me llamo Zangra, ahora soy comandante / En el fuerte de Belonzio que domina la llanura / Por donde vendrá el enemigo a hacerme héroe / Mientras espero, a veces me aburro / Así que voy al pueblo a beber con don Pedro*. Bueno, en la historia el oficial se llama Drogo, pero no importa. Se echa de menos al gran Jacques… —concluyó Timonier con una tristeza en la voz que parecía sincera.

—Es curioso que mencione a Brel, Pierre.

—¿Y eso por qué? Era un grandísimo artista…

—Sí, era el cantante preferido de mi padre. También le gustaba mucho Brassens, pero Brel era especial. Recuerdo que a veces, sin avisar, se levantaba y ponía un vinilo en el tocadiscos, subía el volumen y se quedaba de pie, delante de mi madre y de mí, con la mirada perdida. Escuchaba varias canciones y después, sin decir nada, se ponía el abrigo y salía para no volver hasta la noche.

—¿Estaban muy unidos? —preguntó el dueño del bar dejando una

copa de borgoña en la barra.

—No, para mí era un auténtico desconocido. Casi nunca estaba en casa. Sólo tengo retazos de mi infancia, recuerdos difusos, inconexos. Cuando mi madre murió, enseguida me alejé de él, pero hoy me pregunto si no lo juzgué demasiado rápido. Ni siquiera sé qué le reprochaba —dijo Andreani amargamente, mirando el fondo del vaso.

—Tal vez lo que no quería tener que reprocharse a sí mismo —dijo Pierre Timonier.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir… —balbució el Gran Serio, de pronto incómodo—. Quiero decir que…

—Pierre, ¿no irá usted a sacarme a Edipo?

—No, desde luego que no, no me gusta nada Freud. Me refería a Cronos. El hijo de Urano y Gea, el más joven de los titanes que su padre guardaba prisioneros en las entrañas de la Tierra. Para liberarse y liberarlos, Gea dio a Cronos, su hijo más joven, una hoz de sílex. Cuando cayó la noche, Cronos atacó a Urano y lo emasculó, y de ese modo tomó el poder. Desgraciadamente, habiéndose iniciado por la sangre, el reinado de Cronos resultó ser tan tiránico como el de su padre. Edipo y Cronos, en ambos casos se trata de matar al padre. Pero en el primer caso es para convertirse en hombre, mientras que en el segundo es para conseguir la libertad. El matiz es sutil, lo reconozco, pero vale la pena darle una vuelta.

¿Por qué había cortado todos los lazos con su padre? ¿Por qué había evitado el cara a cara? ¿Qué le reprochaba en realidad?

Se levantó, terminó la copa de borgoña y se dispuso a salir. Luego cambió de opinión y dio media vuelta.

—Pierre —dijo tendiendo la mano al dueño del bar—, mi nombre es Philippe.

37

Temía el momento, cada vez más cercano, en que volvería a ver a su padre. La ruptura se había consumado hacía lustros. Habían vuelto a hablar brevemente cuando nació Lisa y se volvieron a ver en el entierro de su madre. Desde entonces no habían tenido contacto.

¿Qué lo había ido alejando progresivamente de su padre? Su padre abandonó la carrera militar para ocupar un puesto en una fundación, un trabajo en el que viajaba mucho. Su hijo había crecido sin conocerlo verdaderamente.

Había vivido los clásicos conflictos que oponen a padres y adolescentes, pero no era eso lo que había roto los lazos familiares. Era más bien un conjunto de pequeñas cosas acumuladas a lo largo de los años, recuerdos que afluían, comentarios que le venían a la cabeza, imágenes que surgían de improviso. Lo había guardado todo en un rincón de su cerebro, cuidando de dejar la luz apagada, y hasta el momento había evitado escrupulosamente sacar la menor conclusión. No quería saber y, sin embargo, quería. Sabía que en algún momento tendría que hacer frente a su pasado, al pasado paterno.

Unos kilómetros después de haber salido de la autopista, un letrero anunció el pueblo de Bugey a seis kilómetros. Tomó la comarcal 63 hasta Thiaucourt y después un camino de grava que llevaba a Bauzère-Beaumont, el pueblo de trescientos habitantes en el que había crecido. Nada había cambiado. El juego de bolos a la entrada del pueblo seguía allí, aunque se caía a pedazos. Había recorrido miles de veces la corta distancia que separaba su casa de la parada del autobús en el arcén. Hoy, mientras avanzaba hacia la casa de su infancia, mientras cada paso lo acercaba a la puerta que iba a abrirse, sabía que detrás lo esperaba un precipicio.

Reconoció el camino de las Viñas, de curioso nombre, puesto que allí no crecía ninguna. Se detuvo, apagó el motor y bajó del coche. El crujido de la grava bajo sus pies sacó a la luz recuerdos enterrados desde hacía décadas.

Al final del camino se alzaba el Castillo Loco —como lo habían llamado los habitantes del pueblo—, la gran casa señorial de quince habitaciones en un estado de ruina avanzada que había servido de centro de acogida para alcohólicos antes de que sus padres la comprasen por una miseria; su padre iba a restaurarla, pero no llegó a hacer nada. Detrás de la decrépita fachada, la mitad de las habitaciones eran insalubres, la lluvia atravesaba el tejado y, en invierno, hacía un frío de perros porque no había calefacción central. Un mes de enero hizo tanto frío que le salieron sabañones a pesar de las gruesas capas de calcetines. Por no hablar de los días en que, para ir a coger el bus que lo llevaba al instituto, tenía que caminar hundido en un mar de nieve que le llegaba hasta las caderas.

Pulsó el timbre y luego recordó que nunca había funcionado. Un león de bronce con una anilla en la boca servía de aldaba; lo levantó y dio tres golpes. El ruido de unos zapatos que se arrastraban por las baldosas, una llave que giraba y la pesada puerta de madera se abrió. La luz del día invadió la entrada y dibujó la silueta de un hombre viejo apoyado en un bastón.

Había cambiado, obviamente. Era un anciano de poca estatura, seco y nervioso. Su rostro cuadrado estaba lleno de arrugas y sus cejas despeinadas daban a su expresión una severidad reforzada por el brillo de dos ojos oscuros que escupían las últimas llamas de un alma decidida e intratable. Sus labios finos, apretados, habían perdido todo color y dibujaban un rictus amenazante. Su piel, traslúcida y veteada de manchas rojas, parecía querer desgarrarse empujada por los pómulos. Su garganta descarnada flotaba en un cuello de camisa demasiado amplio, rodeado por una fina corbata negra que contrastaba con los últimos cabellos blancos y cortos que salpicaban su cráneo. Durante un momento, se quedó mirando fijamente a su visitante.

—¿Qué quieres? —inquirió al fin François Andreani con tono acerbo.

—¿Puedo entrar?

—No.

—Va siendo hora de que hablemos, ¿no crees?

—¿De qué quieres hablar? No tengo nada que decirte. Vete, no quiero verte.

—Tienes que decirme la verdad.

—¿La verdad? Pero ¿qué verdad? ¿La verdad sobre qué?

—La verdad sobre ti, sobre Argelia, sobre lo que hacías después de la guerra.

—Pero ¿de qué hablas?

—¿Qué hacías después de la guerra con Roger Lourdier? ¿Qué servicios prestabas a la Sogemines?

—Pero ¿qué es esto? —se rebeló el anciano levantando el bastón con gesto de amenaza—. ¿Qué estás diciendo? ¿Quién te ha dado permiso para presentarte aquí después de veinte años a hacerme preguntas sobre una época de la que no tienes la menor idea? ¿Quién eres tú para pedirme cuentas?

—¡Soy tu hijo! Ya es hora de que me lo cuentes todo. Todo lo que nunca me atreví a preguntarte, todo lo que nunca quise realmente saber.

El anciano trató de cerrar la puerta, pero su hijo la empujó con la mano.

—Ya no puedes esconderte. Tú también participaste, ¿verdad? ¡¿Verdad?! —gritó Philippe Andreani.

—Niñato de mie… —ladró su padre antes de levantar la mano izquierda y apretarla sobre el pecho—. Yo… yo… —tartamudeó tambaleándose.

Le faltaba el aliento, se apoyó en la pared y se sentó dejándose resbalar, antes de caer de lado. Su hijo recordó que su padre había tenido dos infartos. Habían sido avisos graves. Fumador empedernido, de natural ansioso e hipertenso, siempre se había negado a tomarse su salud en serio hasta el día en que tuvo que

sufrir un doble *bypass* coronario.

Marcó el número de urgencias, se quitó la chaqueta y la colocó bajo la cabeza de su padre, que gemía, tendido en las frías baldosas de la entrada. Curiosamente, no sentía emoción alguna, ni tristeza, ni angustia. Simplemente se sentía desvalido ante el espectáculo de su padre débil e indefenso.

No tenía ningún recuerdo de antes de los siete u ocho años. Su padre casi nunca estaba en casa y, cuando estaba, su mujer y su hijo apenas lo veían. De profesión militar, François Andreani había servido en Argelia y, tras retirarse del ejército en 1978, había trabajado como apoderado de la Fundación Mediterránea. Fue condecorado varias veces en las conmemoraciones: medalla militar, cruz del valor militar, cruz del combatiente, y animaba la sección local de los veteranos de Argelia, cuya fiesta anual se clausuraba indefectiblemente con un mechui bien regado. Fue precisamente en aquellos fines de fiesta donde aprendió lo que significaba aquel teatro. Las historias que allí se contaban eran reales, aunque embellecidas en ocasiones, si es que los hechos de guerra se pueden embellecer. Al principio, los antiguos combatientes evitaban los temas delicados, pero ayudadas por el alcohol, las anécdotas iban saliendo a la superficie. Aunque François Andreani dirigiese a los miembros de su asociación con mano de hierro, instándolos a comportarse con una simple mirada o unas cuantas palabras explícitas que nadie contradecía, no había podido impedir que los rumores se propagasen. En un primer momento, su hijo no había prestado la menor atención; después quiso de todos modos abordar el tema; pero su padre lo había eludido antes de prohibirle pura y simplemente volver a hablar de ello. Philippe nunca pudo esclarecer en qué medida había participado su padre en las intervenciones realizadas en los pueblos de Ouedj Elhal y Larhane, ni cuáles habían sido sus responsabilidades, pero las fotos de los archivos que encontró gracias a una asociación de antiguas víctimas de la guerra de Argelia habían cambiado para siempre la forma en que veía a su padre. No figuraba en ninguna foto ni su nombre aparecía en

ninguna transcripción de los relatos de los escasos supervivientes, en ningún lado estaba escrito que hubiera participado efectivamente en las exacciones, pero los que posaban blandiendo como un trofeo la cabeza de un hombre eran soldados de su unidad. Desde entonces, la duda no llegó a abandonar a Philippe Andreani.

Llegó la ambulancia. Los sanitarios se abalanzaron sobre el anciano que yacía en el suelo. Al cabo de unos minutos, el médico se levantó, con gesto serio, y miró a Andreani.

—Nos lo llevamos a Gentilly. ¿Es su padre?

Andreani se limitó a asentir con la cabeza.

—Haremos todo lo posible, pero está muy grave, ¿comprende?

38

—Le he dado unos días de permiso —lo informó Berthaud, que estaba al tanto de lo sucedido.

—Gracias, señor comisario, pero no es necesario, prefiero…

—Ya me temía que me iba a decir eso, pero… Tengo que apartarlo del caso, Andreani. Lo lamento, pero con su padre implicado no tengo elección.

Berthaud no podía hacer otra cosa, pero igualmente le costó encajarlo.

—Lo entiendo, jefe. ¿Quién se va a hacer cargo de la investigación?

—Ya no hay investigación. Supongo que no necesita que se lo explique. Déjelo pasar, Philippe, no lo convierta en un asunto personal. Le he dado mil vueltas al asunto, no tenemos el menor elemento que nos permita fundamentar una acusación coherente. Va a haber que pasar página. Créame, me decepciona tanto como a usted, pero no puedo dejar que se hunda usted con el caso.

El jefe tenía razón. Sobre Lourdier y sobre las exacciones cometidas durante décadas por orden de la familia Royan-Longuet, nunca podría demostrar nada. Había perdido definitivamente el hilo.

—Oiga, Philippe. Quería decirle que… Si lo necesita…

—No se preocupe, jefe, estoy bien.

Berthaud temía que se desmoronase. Era comprensible. Sin embargo, por más que no pudiera negar que el reencuentro con su padre y el accidente cardiaco subsiguiente lo habían afectado mucho, estaba en paz consigo mismo. Después de dos décadas de silencio, ¿qué habría podido esperar? ¿Que el padre, en sus últimos días, perdonase al hijo pródigo y todos felices? No, la ruptura se había producido mucho tiempo atrás, y sabía que su padre nunca

habría dado el primer paso hacia la reconciliación. Eran los dos igualmente testarudos. Sólo tenía sospechas y no comprendía por qué su padre siempre se había negado a hablar sobre aquel periodo de su vida. Obviamente, la época, las circunstancias, todo era distinto. ¿Cómo podía permitirse juzgar el comportamiento de un hombre, su padre por añadidura, en aquel contexto? ¿Qué habría hecho él en aquella situación? Nunca había logrado convencerse de que él habría actuado de otro modo.

Unos meses antes, sin entrar en los detalles personales, había abordado aquel tema con Pierre Timonier a lo largo de una conversación que se prolongó hasta muy entrada la noche.

De pronto, el Gran Serio se ausentó y regresó con un librito que tendió a Andreani.

—Schopenhauer, comisario. *Ensayo sobre el libre albedrío*. Podría encontrar aquí algo parecido a una respuesta. Dicho esto, al cerrarlo tenía aún más preguntas que al abrirlo —bromeó el Gran Serio.

Andreani aceptó el libro, que perdió antes de volver a encontrarlo por casualidad, semanas después, debajo de un cojín del sofá. Se sentó entonces en la cocina con un vino de Médoc y empezó a leerlo. No lo pudo dejar. «El hombre es un ser determinado para siempre por su esencia, que posee como todos los demás seres de la naturaleza cualidades individuales fijas, persistentes, que determinan necesariamente sus diversas reacciones ante los estímulos externos». Aquel punto de vista no dejaba lugar para el libre albedrío: el ser humano era prisionero de sí mismo y estaba condenado a ser él mismo. Lo que ocurría, ocurría necesariamente y nadie podía creer tener control alguno sobre los acontecimientos. La única libertad residía en el hecho de aceptar lo ineludible. El ser humano no era, en esencia, distinto a los animales, las plantas, las piedras, y su libertad no residía en su libertad de acción, sometida a influencias externas, sino en la persona que elegía ser. Las acciones de los seres humanos no eran por tanto más que la expresión de su personalidad, sobre la cual no tenían la menor influencia, y de motivos externos, sobre los cuales no poseían el menor control.

—No puedo estar de acuerdo con esto —dijo el policía al devolver el libro a su amigo.

—Me lo esperaba, señor comisario. Pero, perdone mi franqueza, seguramente sea porque piensa que de ese modo Schopenhauer libera al ser humano de toda responsabilidad, ¿no es cierto?

Andreani se sorprendió de que pudiera leer en él con tanta claridad.

—Es normal. A riesgo de parecer impertinente, tendría usted que leer algunos libros que han hecho sudar a generaciones de estudiantes de filosofía y en los cuales me aventuro en mi tiempo libre. Pero le voy a ahorrar ese castigo. Puede que el ser humano no sea libre, señor comisario, pero tiene elección. Siempre tiene elección, sean cuales sean las consecuencias —concluyó.

Couturier entró en el despacho y sacó a Andreani de sus reflexiones.

—Lo siento mucho, Philippe.

—Gracias, Laurent.

Couturier se acercó a él y le apretó el brazo. Era la primera vez que tenían contacto físico, pero Andreani se guardó mucho de comentarlo.

—¿Tienes noticias?

—Lo han estabilizado. Pero está grave.

—¿Quieres tomarte un tiempo?

Andreani encogió los hombros. Sabía que no conseguiría renunciar tan fácilmente a aquel caso.

—Tengo que pedirte un favor, Laurent.

—¿Un favor?

—Tiene que ver con mi padre.

Couturier hizo una mueca.

—Philippe, Berthaud ha…

—Ya sé lo que ha decidido Berthaud, Laurent. Sólo quiero saber.

—A ver, dime —se resignó su compañero tras un largo silencio.

—Me gustaría que pasaras todo lo que se refiere a él por la trituradora.

—No podremos hacer nada con lo que encontremos.

—Lo sé, ya no hay caso, pero tengo que saber.

Invocó sus recuerdos.

—Después de dejar el Ejército, mi padre entró en la Fundación Mediterránea.

—¿Qué hacía?

—Era apoderado, creo.

Couturier metió los datos sin hacer más preguntas y ejecutó el programa de cotejo de datos.

39

En el *parking* de la policlínica de Gentilly, esperaba en el coche con el motor encendido. Era ineludible; tenía que volver a enfrentarse a su padre y, habida cuenta de su estado, era urgente. Sacó la llave del contacto, salió del coche, que olvidó cerrar, y se dirigió a la entrada del hospital.

Fue informado de que su padre seguía en cuidados intensivos y de que tendría que preguntar directamente a las enfermeras si era posible verlo.

Pese al dolor de su rodilla izquierda, se dirigió a las escaleras. En el tercer piso tomó un corredor oscuro hasta la puerta del servicio que buscaba; se abrió automáticamente.

—El señor François Andreani, por favor.

—Buenos días, ¿es usted un familiar?

—Su hijo.

—No sé si las visitas están autorizadas, habría que ver al doctor Lambert.

Tras vagar durante un tiempo, encontró al doctor.

—El estado de su padre es muy preocupante. Dado el tiempo transcurrido hasta que llegó aquí, no le ocultaré que puede pasar cualquier cosa, en cualquier momento —declaró el médico.

—¿Puede… oírme? ¿Y hablar?

—Sí, pero está muy débil.

El médico lo guio. Su padre estaba solo en la habitación inundada de una luz suave. Parecía dormir. Andreani cogió una silla y se sentó a su lado. Se quedó allí un momento sin decir nada, observando el rostro de su padre, la piel diáfana sembrada de manchas oscuras, recorrida por venas marcadas por la delgadez, las mejillas pálidas y hundidas. De pronto, los labios se movieron casi imperceptiblemente

y dejaron escapar un murmullo.

—¿Philippe? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo —lo tranquilizó.

—Has venido… Qué bien. Tienes que escucharme, hijo —dijo con voz débil.

—Tienes que descansar. Ha dicho el médico que…

—Da igual. El notario… El notario te lo mandará todo. Tienes que aceptar, Philippe. Tienes que… tratar de aceptar.

—Sí, papá —respondió él agarrando suavemente su mano.

—Era… mi causa…, mi elección, tienes que entenderlo.

—Voy a intentarlo, papá… Voy a intentarlo —prometió con un nudo en la garganta.

Se abrió la puerta. Una enfermera le comunicó con un gesto que debía dejar que el enfermo descansara. Se levantó, colocó la silla y se apostó a los pies de la cama.

—Adiós, papá. Adiós… —susurró con voz rota.

Salió de la habitación sin mirar atrás, embargado por la sensación de algo inacabado, de que quedaba un asunto pendiente, y presintiendo que acababa de hablar con su padre por última vez.

Andreani subió al coche y se dirigió al centro. La Cervecería de la Pépinière estaba abierta. Entró, se acomodó ante la barra y pidió un coñac. ¿Qué era aquello del notario? ¿Qué iba a descubrir? Vació el vaso de un trago, dejó unas monedas en la barra y se fue. Salió del parque, cruzó la plaza Stanislas casi desierta, tomó la calle Saint-Nic', la calle Molitor y al fin giró a la derecha por el bulevar Lobau. Cuando entró en la sede de la Brigada Criminal, vio a inspectores de paisano y policías de uniforme corriendo por todas partes.

—Toma de rehenes en el Banco Global, calle Sellier.

Una toma de rehenes en Nancy; debía de pasar una vez cada veinte años.

Haciendo caso omiso de la agitación, subió las escaleras de cuatro en cuatro. En la puerta de cristal de su despacho, Couturier había pegado una nota con un mensaje lacónico: «Ven a verme». Despegó el cuadrado de papel amarillo, entró y se desabrochó el abrigo. El

piloto rojo de su contestador parpadeaba; lo ignoró y encendió el ordenador. Pinchó en el icono de su correo profesional. Un mensaje llamó su atención: «Si lo necesita, no lo dude. A cualquier hora. Francesca».

Se reclinó en el asiento, cruzó las piernas mientras se frotaba los pulgares e inspeccionó su escritorio con la mirada absorta. Era un bonito detalle, pero siempre le había costado aceptar que se preocupasen por él. No pedía nada a nadie porque no quería deber nada a nadie, pero, sobre todo, no tenía afinidades con la vida social tal y como generalmente se entendía. Aparte del de Lisa, no festejaba ningún cumpleaños, y menos el suyo propio. Al de Sylvie, a la fecha en que se conocieron, nunca había prestado la menor atención. Muy raramente acudía a las fiestas en casa de sus amigos o a las reuniones familiares. Cuando se veía obligado a ir, no encontraba nada que valiese la pena contar y se encerraba en el silencio. Tal vez Pierre Timonier tuviera razón. En cierto modo, se parecía más a su padre de lo que quería aceptar.

Marcó un número interno.

—¿Laurent? ¿Querías verme?

Le sorprendió la rapidez con la que apareció su colega.

—Oye, estás en forma —comentó.

—¿Y tú qué? —preguntó Couturier.

—Supongo que tienes novedades —siguió Andreani sin insistir en su situación.

—La Fundación Mediterránea.

—Huele mal la cosa, ¿eh?

—Apesta.

La Fundación Mediterránea, como su nombre indicaba, era una organización sin ánimo de lucro que financiaba programas de desarrollo en los países del Magreb y del área mediterránea. Había sido fundada en 1959 por un grupo de industriales que deseaba favorecer el desarrollo de infraestructuras sociales y culturales financiando directamente iniciativas a nivel local.

—Pero lo interesante es que la Fundación Mediterránea interviene

principalmente en un país…

—Déjame adivinar. Argelia, por decir uno.

—Bingo. Noventa por ciento del flujo financiero corresponde a ese país.

—¿Y eso qué nos indica?

—Francamente, no mucho. Pero, para asegurarnos, he pedido ayuda a un amigo.

—¿Brigada Financiera?

—Ministerio Público Financiero —corrigió su colega—. Si algo no cuadra, él nos lo dirá. Mientras tanto, he estudiado la lista de los benefactores de la fundación.

—*And the winner is*…

—La financiación procede casi exclusivamente de una empresa domiciliada en Madrid, la Sogemed.

Sintió que se cerraba la ratonera. No se hacía ilusiones, pero aun así le costó encajar la noticia. Ahora ya sabía que Royan-Longuet no le había mentido. El viejo se había arriesgado a revelarle las circunstancias del asesinato de Lourdier y él había tenido la sospecha de que aquello escondía algo. En efecto, Royan-Longuet había cuidado de protegerse y su póliza de seguros llevaba el nombre de François Andreani.

40

—La Sogemed es una concha vacía —anunció Couturier, lanzando a la mesa de Andreani el dosier que acababa de recibir—, una filial fantasma que prácticamente no ha tenido actividad desde su creación. Sólo se registran depósitos y transferencias. Es un buzón, vamos. Se ha movido a través de ella el equivalente de más de doscientos cuarenta millones en unos cincuenta años, con un pico entre los años setenta y noventa seguido por una bajada regular, hasta llegar a unas decenas de miles de euros en la actualidad. Y la mayor parte de ese dinero aterrizó en la cuenta de la Fundación.

—¡Doscientos cuarenta millones de euros! ¿Eso es legal?

—No es algo insólito. Se crea una empresa en el extranjero que a su vez alimenta a otra sociedad, ambas controladas bajo cuerda por la misma persona. Así puede evitar que encuentren su rastro. Como las muñecas rusas. Un clásico.

—Un montaje un poco simple, ¿no?

—Actualmente sí, pero hablamos de una estructura creada hace casi sesenta años. No había Unión Europea, ni había internet, ni cooperación fiscal. De hecho, no hay nada censurable en ese sentido. Lo que Royan-Longuet reinvirtió en la Sogemed era su dinero personal.

—¿Su dinero personal? ¿Doscientos cuarenta millones?

—La fortuna de la familia Royan-Longuet se estima en más de dos mil millones de euros.

Andreani soltó un silbido de admiración.

—¿Y la Fundación cómo interviene en todo esto?

—Favorece con su generosidad a más de veinte asociaciones locales, la mayoría con sede en Argelia. Desgraciadamente, allí sólo existe el registro de asociaciones desde hace unos diez años. Para

tener una idea más precisa habría que hablar con Lourdier, o…

—Con mi padre, pero tampoco está en condiciones de hablar con nadie. ¿Y cómo es que un tipo como Lourdier pudo instalarse en España, así, tranquilamente?

—En 1959 estaba el régimen de Franco en España. Puede que la Sogemed fuera generosa o que Lourdier hiciera favores… A cambio, se hacía la vista gorda ante su presencia. Con su perfil y visto el contexto, no me extrañaría.

—Ya, claro. En 1959, Jean de Royan-Longuet toma el relevo de su hermano, me cuadra. ¿Algo más?

—Por lo visto, a partir de 1995 se calma la cosa, las transferencias no superan unas decenas de miles de euros al año.

—¿Ves algún motivo?

—Versión cuento de hadas: se trataba realmente de asociaciones culturales y los proyectos financiados llegaron a su fin. Versión más probable: los actores de esta obrita de teatro se fueron retirando poco a poco, han muerto o, si no estamos equivocados sobre los objetivos reales de la Sogemed, treinta años después de la guerra ya no queda gran cosa que limpiar.

—¿Limpiar? Hablas como Royan-Longuet.

—Podría usar eufemismos, pero en el fondo no cambia nada, lamentablemente.

—Supongo que habrás investigado a los beneficiarios de las transferencias.

—Obviamente. Y, como siempre, se usaron iniciales completas, no sólo el nombre y el apellido, junto con la fecha de nacimiento, lo que me ha facilitado las cosas. He encontrado a algunos tipos que podrían ser, pero como hay elementos duplicados no puedo asegurar que estuvieran en el ajo. En cambio, el ordenante…

—Mi padre, ¿verdad? —anticipó Andreani.

—FMA. François Marie Andreani, supongo que hay poco margen de error. Lo siento mucho, Philippe.

Todo había empezado por un viejecito sin número de Seguridad Social. ¿Qué quedaba ahora? Un asesinato cuyo auténtico culpable

probablemente no se encontrase nunca, un multimillonario influyente que cometía con total impunidad actos incalificables al otro lado del Mediterráneo. Sin olvidar a su propio padre, que estaba metido en aquel cenagal.

Una idea descabellada le pasó por la cabeza. Sacó el teléfono y pulsó en un número que había guardado unos días antes.

—¿Philippe?

—Francesca, ¿puede dedicarme un rato?

—Por supuesto. He sabido lo de su padre…

—No se trata de eso, pero quizá pueda usted ayudarme.

—Encantada. Puedo liberarme. ¿En una hora más o menos le viene bien?

—Perfecto. Quedamos en El Gran Serio si le parece.

Colgó, cogió el abrigo, salió del despacho, tomó el pasillo central antes de detenerse ante una puerta.

—Laurent, ponte guapo, te saco por ahí —anunció sin dar más explicaciones.

Quince minutos andando y llegaron a El Gran Serio.

—¿La madriguera del oso?

—Entra y calla.

Pierre Timonier se encontraba tras la barra, lavando vasos. El bar estaba vacío.

—Señor comisario, ¿viene a hacerme compañía?

—¿Comisario? —se sorprendió Couturier.

—Déjalo…

Presentó a su colega y pidió un café.

—Las cinco y media, casi es la hora del aperitivo. Ya no están de servicio, ¿verdad? Tengo un Saint-Nicolas-de-Bourgueil afrutado riquísimo, que ya me contarán lo que les parece.

Sin esperar respuesta, cogió tres vasos y los dispuso en un velador de mármol.

—Puede poner otro más, la doctora Rossini no tardará en llegar.

Como si hubiera querido dejarlo bien, apareció tras la puerta acristalada del local. Entró, cerró el paraguas, se desabrochó el

impermeable y sonrió a Andreani. Llevaba un pantalón de cuero y un jersey negro de cuello vuelto.

—Bueno, ya estamos todos.

—¿Todos… para qué? —dijo Couturier.

—Pues… me gustaría saber su opinión sobre un asunto del que nos hemos estado ocupando estas últimas semanas, si les parece bien.

—Ah, si van a hablar de trabajo, me voy —declaró el Gran Serio—, no querría…

—No, no, quédese, Pierre, a usted también lo necesito, si no le molesta.

Timonier alzó las cejas.

—Laurent y yo estamos metidos hasta las cejas en el caso desde el principio y, como ya saben…, bueno, no, como les voy a decir ahora, a causa de mi padre estoy implicado a título personal. Creo que Francesca y usted podrían ayudarnos mucho. Me gustaría saber su opinión.

—¿Está seguro de…? Quiero decir, ¿no debería ser confidencial?

—El caso está cerrado. Van a archivarlo, a enterrarlo, y no podemos hacer nada.

—En ese caso, señor comisario, un momento, por favor.

Dicho esto, el Gran Serio se levantó y con paso decidido fue a cerrar con llave la puerta de entrada; luego dio la vuelta al letrero, que empezó a oscilar.

—¡Ya está, cerrado! Así estaremos más tranquilos.

Andreani le dio las gracias y pidió a Couturier que expusiera todos los detalles del caso Lourdier. Francesca Rossini y Pierre Timonier lo escucharon atentamente sin interrumpirlo ni una sola vez.

—Ahora lo saben todo. Por pura curiosidad, me gustaría saber si todo esto les inspira algo.

El dueño del bar y la psicóloga se miraron. Con un gesto de la mano, Rossini propuso a Timonier que comenzase.

—Bien. Por mi parte, no sé qué pensar. Curiosos destinos, desde luego. Royan-Longuet y Slimani que adoptan ambos la identidad de sus respectivos hermanos, aunque en el caso de Royan-Longuet es

algo más bien simbólico. Creo que le iría bien de cliente, Francesca. Seguro que hay una palabra más apropiada, pero a mí me parece que está… poseído. Sí, poseído por el recuerdo de su hermano. Da miedo, en todo caso.

—¿Y usted, Francesca?

—Me recuerda a algo que leí hace unos años sobre la red Wotan; unos antiguos nazis ajustando cuentas, mucho después del fin de la guerra. Pero aquella red se desmanteló en los años sesenta. Aquí lo que me extraña es que toda esa gente haya seguido activa tanto tiempo. Va mucho más allá de la simple determinación. Igual que Pierre, creo que está estrechamente ligado a la personalidad de Royan-Longuet. Es la obra de su vida, en cierto modo, o más bien la obra de su hermano que él está perpetuando.

—Tiene toda la razón, Francesca. Él usó exactamente las mismas palabras.

—No me sorprende, la verdad. Y abre un punto de vista interesante.

—¿Qué punto de vista?

No lograba seguir su razonamiento.

—Todo depende de lo que se busca, Philippe. En realidad, debería decir que todo depende de la justicia que se desea.

—Explíquese, Francesca, no entiendo a qué se refiere.

—Si no lo he entendido mal, hay pocas posibilidades de encontrar al asesino de Lourdier y nada permitiría detener a Royan-Longuet, sobre todo porque cree tenerlo a usted controlado por medio de su padre.

—Francesca, sabe perfectamente…

—Escúcheme, Philippe. Su padre es asunto suyo. Simplemente intento hacerle entender que todo podría desarrollarse en otra clave. Obviamente, como policía, no puede usted jugar esa carta, pero si se quiere acabar con Royan-Longuet, no hay que apuntarle directamente a él, como persona, sino a lo que constituye su razón de ser, su razón para vivir.

41

La llamada del hospital lo sorprendió sobre las seis de la mañana. Se despertó sobresaltado en el sillón en el que había dormido. El médico de guardia le anunció que todo había terminado. Colgó y se levantó del sillón, con el cuello dolorido, la boca pastosa. Se dirigió al cuarto de baño y se dio una ducha ardiente. Después de afeitarse, se preparó un café cargado, dos cucharitas llenas, sin apretar el café, sin sobrepasar el límite del nivel de agua. Los aromas del arábica recién filtrado invadieron la cocina.

Entró en el salón, puso la interpretación de Glenn Gould de las *Variaciones Goldberg* de Bach en la platina y, por una vez, puso el volumen en sordina.

No estaba triste ni abatido, sólo vacío. Tendría que haber sentido pena, pero era como si la noticia que acababa de recibir no tuviera nada que ver con él. Después de tanto tiempo, nada podía restaurar el vínculo que en su día lo había unido a su padre, un hombre que había elegido su camino y lo había sacrificado todo para seguirlo. Ahora que su progenitor estaba muerto, sabía que no servía de nada mirar atrás, que no podía cambiar nada. Se sentía como liberado de una carga. Quería hacer aflorar aquel sentimiento, pero no era capaz.

Cogió el teléfono y envió un mensaje a Couturier para informarlo de que hoy no iría al despacho, pero que estaría localizable.

Se puso el abrigo y la bufanda, comprobó que tenía toda la documentación y el teléfono y salió.

La víspera, Couturier había sido el primero en marcharse, seguido por Francesca. Andreani la acompañó hasta el taxi. Le tendió la mano, pero ella sonrió y le dio dos besos sin decir nada. Desconcertado, contempló cómo se alejaba el taxi en la noche y

regresó junto al Gran Serio, al que encontró acodado a la barra. Se quedaron conversando. Timonier sacó un Médoc de su reserva especial y estuvieron largo rato hablando de la investigación, hasta que se desviaron hacia la literatura. El Gran Serio era inagotable.

—Perdóneme, comisario, no querría meterme donde no me llaman, pero *absit reverentia vero*. A veces, no hay que tener miedo a la verdad.

—¿Qué quiere decir, Pierre?

—Su padre… Perdone que vuelva a hablar del tema, sé que está un poco fuera de lugar, pero… Dígamelo si voy demasiado lejos, pero usted no es responsable de los actos de su padre. Es cierto que encargarse de una investigación en la que está implicado su propio progenitor es algo tremendamente delicado. Si tiene que juzgarlo, considérelo como a cualquier otro actor de ese caso. Distánciese, vuelva a colocarlo todo en su contexto, pero no trate de explicar sus actos o de comprenderlos a través de los vínculos que tiene usted con él. Antes de ser un marido, un padre, un colega, era un hombre. No lo olvide, o no dejará de dar vueltas a oscuras y acabará devorado por el fuego.

Las palabras de Timonier eran a veces confusas, pero Andreani sabía que estaban acuñadas con sentido común. Fuera cual fuera el papel interpretado por su padre en aquella historia, él debía proseguir la investigación como policía. Puesto que su padre había aparecido en el transcurso de la investigación, sabía que Berthaud no había tenido más remedio que apartarlo por conflicto de intereses.

El tiempo jugaba en su contra y ya no era momento de prórrogas. Cuando llegó a la recepción de la policlínica, lo orientaron hacia el mortuorio. El médico ya había redactado el certificado de defunción, ocurrida a las dos y diez de la mañana. Estaba al tanto de los trámites que debía realizar y empezaba a recordar el procedimiento cuando un hombre de rostro huesudo lo interrumpió.

—¿Señor Andreani? Le doy mi más sincero pésame. Señor Flandrin, soy el notario de su padre —dijo.

—¿Ya? —se sorprendió Andreani.

—Comprendo su sorpresa, pero su padre era muy organizado, no dejaba nada al azar. Estoy aquí para ocuparme personalmente de todas las formalidades relativas a su entierro, está todo previsto, no tendrá usted que hacer nada. Le dejo mi tarjeta, puede pasar por mi despacho cuando quiera.

Debía de tener bastante más de setenta años a juzgar por su cráneo despoblado, sus dedos descarnados y las arrugas que surcaban su frente y sus párpados. Con su traje negro demasiado holgado, más parecía un enterrador que un hombre de leyes.

—Usted también, ¿verdad? —dijo Andreani sin poderse controlar.

—¿Cómo dice?

—También forma parte, ¿no es cierto?

—Perdone, pero… No sé de qué…

—No, nada —se contuvo.

Encantado de poder marcharse, el notario se esfumó al momento. Andreani fue a buscar a una enfermera y preguntó por su padre. Manifestó su sorpresa al darse cuenta de que le estaba dando indicaciones sobre cómo ir a la morgue.

—Me dijeron que estaba en el mortuorio.

—Lo lamento, pero no tenemos espacio suficiente y…

—Está bien —dijo él con tono exasperado—, ya sé dónde está.

Al final del pasillo se encontraba el despacho del forense. Llamó a la puerta y, por una vez, esperó a que lo invitasen a entrar.

—¿Sí? —preguntó el forense con voz hastiada sin alzar la vista.

—Hola, Legast. Vengo a…

—Mierda —dijo el forense al darse cuenta de quién era el visitante —. Disculpa —añadió levantándose y tendiéndole la mano—. Lo siento mucho.

—Gracias, Legast. Arriba no tienen sitio, parece ser.

—Sí, es bochornoso, en efecto. Al principio no lo relacioné, acababa de llegar. Me fijé en el nombre, pero no se me encendió la bombilla. Pero cuando he abierto el historial me he dado cuenta.

—No podías hacer nada, Legast. Y, además, hasta hace unos días

no tenía contacto con mi padre, así que no le des más vueltas.

—Estaba consultando su historial cuando has llegado.

—¿Todo en orden?

—No tendrás dudas sobre la causa de la muerte de tu padre, ¿verdad?

—No, no. Sólo que…

—Sí, claro, Andreani, lo entiendo. Pero ya que lo mencionas…

—¿Pasa algo?

—Es sólo algo que he pensado. De los trámites se ocupa un notario.

—Exacto, un tal… Flandrin, si no recuerdo mal.

—Sí, eso, Flandrin.

—¿Dónde está el problema, Legast?

Por el tono del forense sabía que algo no cuadraba.

—Pues… ¿te acuerdas de tu cliente, Lourdier? Vino a buscarlo un tipo de esa empresa que se hacía cargo de todo, ¿verdad?

—Sí, Bastre, de la Sogemines.

—Es posible. Pero lo que es seguro es que el que lo acompañaba era tu notario, el tal Flandrin.

Si le quedaba el menor asomo de duda, el forense acababa de aniquilarlo. Estaba escrito que debía apurar el cáliz hasta las heces.

42

El sacerdote invitó a Andreani y a su hija a sentarse en la primera fila, ante el altar. Sylvie había acudido, pero insistió en quedarse apartada. De la Brigada, sólo estaban presentes Berthaud y Couturier. Pierre Timonier y Francesca Rossini se habían colocado a su lado. Más de la mitad de la pequeña iglesia estaba vacía, pero vio a Royan-Longuet sentado dos filas detrás de ellos.

El clérigo dio orden al maestro de ceremonias de que metiese el féretro en el coro.

Se dispusieron las flores y el personal de las pompas fúnebres se eclipsó discretamente antes de que empezase la ceremonia.

Andreani pasó un breve instante en silencio ante el féretro y volvió a su sitio, indicando así que no deseaba recibir condolencias. Los asistentes salieron a reunirse ante la iglesia para saludar al cortejo fúnebre. Los portadores cargaron las flores y procedieron a levantar el cuerpo de François Andreani. Una vez colocado el féretro dentro del vehículo revestido de terciopelo burdeos, los dos parientes marcaron el paso y el cortejo se puso en marcha hacia el cementerio, a unos cientos de metros de allí.

—Señor, la realidad de la muerte es un peso para los hombres, pero la vida triunfará en el último día para quienes se vuelven hacia ti. Con esta esperanza fue sepultado Abraham en la tierra que le habías prometido y fue dispuesto el cuerpo de Jesús en la tumba preparada por José de Arimatea. Bendice esta tumba que va a recibir el cuerpo de nuestro compañero François Andreani. Nosotros lo enterramos: te pedimos que acojas su alma en tu gloria. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Los asistentes se persignaron y empezaron a desfilar ante la sepultura. Algunos lanzaban un puñado de tierra, otros dedicaban

una mirada o un gesto de apoyo a Andreani.

Llegó el turno del presidente de la Sogemines.

—Una inmensa pérdida, inspector, inmensa.

Con el rostro cerrado, el teniente se limitó a mirar fijamente al viejo e ignorar la mano que le tendía. Royan-Longuet encogió los hombros cansados y se alejó lentamente.

Entonces, un grupo de ancianos en uniforme se acercó a la tumba. Un veterano se apartó de la fila para depositar una corona fúnebre. Andreani no se molestó en descifrar la inscripción que la adornaba, conocía su contenido.

Iba a interpelarlo, pero se contuvo. Sospechaba quiénes eran, qué querían. Lo sabía con certeza en realidad.

El viejo volvió a la fila y todos se pusieron firmes para entonar un canto que Philippe Andreani ya había escuchado antes:

—Yo tenía un camarada / No había otro mejor / En la paz y en la guerra / Éramos como hermanos…

Couturier volvió la cabeza y se dio cuenta de que su compañero estaba a punto de perder los nervios. Lo agarró por el hombro y lo atrajo hacia él con un gesto fraternal.

—Déjalo, no puedes impedirlo. Os llevo a Lisa y a ti.

Cuando salían del cementerio, acompañados por Pierre Timonier y Francesca Rossini, el señor Flandrin, el notario de su padre, vino a su encuentro.

—Señor… —empezó a decir con su voz cascada.

—Iré a lo largo de la semana…

—No se trata de eso, señor Andreani. Debo entregarle este paquete —dijo mostrándole un grueso sobre de papel de estraza amarillo—. Forma parte de las instrucciones que me dejó su difunto padre.

Andreani cogió el documento y se dirigió al coche. Lisa se sentó detrás y Couturier al volante.

Nadie habló durante el trayecto. Dejaron a Lisa en su casa y Couturier propuso llevar a su colega al casco viejo.

—Vamos a la Brigada.

—Philippe, ¿no crees que deberías echar el freno?

—No. Si me quedo en casa me voy a pasar el resto del día dándole vueltas a la cabeza.

—Como quieras —asintió Couturier dirigiéndose hacia el bulevar Lobau—. Después de todo, trabajo no es que falte.

Berthaud, que había vuelto antes que ellos, se extrañó de verlos llegar juntos a la Brigada.

—Oiga, Philippe, si es lo que quiere no hay problema, pero igual debería tomarse un descanso, ¿no cree? Sería lo mejor para usted y para la Brigada.

—No se preocupe, jefe —se limitó a responder su teniente, en un tono que no contribuyó a tranquilizar al comisario, y se dirigió hacia el vestíbulo.

Una vez en su despacho, se acomodó en el sillón. Tras vacilar un momento, se decidió a abrir el sobre que le había entregado el notario y que seguía agarrando con las manos.

43

Asociación para el Progreso Cultural Bereber. 100 000 francos 10.03.1971. Proyecto Amazigh.

Línea de crédito: fondo Sogemed. Ordenante: RBL. Transferencia: FMA. Beneficiario: ARCB Mohamed Lahrouad.

Fecha de ejecución: 7.05.1971. Ref. 71-ARCB-ML-ABH.

La ficha que leía Andreani habría sido ilegible de no haber estado pegada sobre un recorte de *La gaceta de Argel*, con fecha del 10 de mayo de 1971.

El artículo de prensa relataba el descubrimiento en su domicilio del cadáver del militante nacionalista Ahmed Ben Haddid, que se había quitado la vida ahorcándose en el cuarto de baño. ABH. Andreani no tardó en relacionarlo.

El dosier meticulosamente completado que Andreani había dejado a su hijo contaba con más de ciento cincuenta fichas que cubrían más de tres décadas.

No volvió a casa. Pasó la tarde y gran parte de la noche vagando por las calles de la ciudad. Sobre las dos de la madrugada, supo lo que debía hacer.

45

Llamó al portero automático.

—Sogemines, buenos días.

—Philippe Andreani. Avise al señor de Royan-Longuet de que quiero hablar con él.

Aguardó unos instantes y la verja se abrió. Sin esperar a que nadie viniera a su encuentro, entró directamente en el edificio.

Una secretaria trató de interponerse, pero una voz la detuvo.

—No se moleste, señorita, me ocuparé yo personalmente. Sígame, inspector Andreani, a estas alturas ya conoce el camino.

Jean de Royan-Longuet abrió la puerta de su despacho.

—¿A qué debo el honor de esta visita inesperada? Lo tenía por un hombre inteligente. Y, además, me parece haber oído decir que se ha decidido archivar el caso, ¿no es cierto?

—No vengo en calidad de inspector, sino como Philippe Andreani, el hijo de François Andreani.

El rostro del viejo mostró sorpresa y prudencia.

—Tenía usted razón, ¿sabe?

—¿Tenía razón? —se sorprendió Jean de Royan-Longuet—. ¿A propósito de qué?

—A veces tomo el camino más corto, el más directo. El camino que evita un mal mayor. «El fin justifica los medios», usted mismo lo dijo. Aunque la idea me desagrade mucho, debo admitir que al final nos parecemos más de lo que yo creía.

—¿Qué es lo que quiere?

—Nada. No quiero nada. Un Royan-Longuet siempre hace frente, ¿no? Fue lo que usted me dijo —añadió el policía tirando un sobre encima de la mesa del presidente—. No se moleste en abrirlo, sabe muy bien lo que hay dentro, ¿verdad? El testamento de mi padre, en

cierto modo. Hasta el menor detalle. Ya sabrá usted que mi padre era extremadamente minucioso. Obviamente, usted lo negará, sus abogados lo impugnarán todo. Tiene razón, no gano nada con eso. Pero el mal estará hecho y usted no podrá hacer nada. Su empresa seguirá existiendo, no tengo la menor duda, pero su nombre, señor de Royan-Longuet, su nombre quedará irremediablemente manchado…

—¡Váyase al diablo! Usted se hundirá conmigo. Parece que olvida la función que su padre desempeñó en la empresa.

—Desengáñese, no olvido nada. ¿No hablaba usted de honor? Y, además, yo también tenía un asunto pendiente, ¿sabe? Dentro de cuarenta y ocho horas, todas las redacciones de los periódicos nacionales y regionales recibirán el mismo sobre. Ahora soy yo quien se despide, señor de Royan-Longuet.

Y Philippe Andreani se levantó.

46

Andreani abrió el documento que Couturier le había enviado por *mail*. Se trataba de un extracto de los vídeos de vigilancia de Las Espigas Azules. La grabación llevaba fecha del día en que se había encontrado el cuerpo sin vida de Lourdier y arrancaba alrededor de las cuatro y media de la tarde. Reconoció inmediatamente el vestíbulo de la residencia de ancianos. Pulsó en la flecha que aparecía en la parte inferior de su pantalla y la imagen se animó. Reconoció a la recepcionista y a la directora, que había pasado por el vestíbulo tres veces en menos de veinte minutos. Aumentó la velocidad de reproducción hasta que el reloj marcara las seis y cuarto. Volvió al ritmo normal y, tres minutos después, se vio a sí mismo aparecer en la entrada. La cámara lo había grabado de espaldas y en plano picado. Vio cómo esperaba un breve instante antes de dirigirse hacia la recepcionista y discutir con ella—se sintió levemente avergonzado—, y después entró Lisa en plano. La imagen era muy nítida, casi se habría podido leer en sus labios lo que le decía. Observó la escena hasta que ambos desparecieron de la pantalla, dejó que el vídeo siguiera reproduciéndose durante unos diez minutos sin que nada le llamase la atención y acabó por detener la reproducción. Reconoció al momento aquella sensación familiar. Algo lo inquietaba en lo que acababa de ver; como era habitual, se trataba más de una impresión subrepticia que de una certeza. Volvió a ver la secuencia en su cabeza. El vestíbulo de Las Espigas Azules…, la recepcionista…, la directora, después él mismo. Allí estaba. Aquella sombra, un movimiento furtivo a un lado de la pantalla. En el momento preciso en que él entraba en las instalaciones. Con el ratón, llevó hacia atrás el cursor del vídeo. A las seis y diecisiete, dejó que las imágenes volviesen a avanzar. Allí

estaba, a las seis y dieciocho. La secuencia sólo duraba cinco segundos, pero estaba allí. Abrigo largo, sombrero, bastón en mano, había salido rozándolo. Pese a la calidad de la imagen, no se podía distinguir su rostro, disimulado bajo el ala del sombrero, pero supo que se trataba del asesino de Lourdier. El paso rápido, la cabeza baja, aquel bastón en la mano. Andreani agrandó la imagen, esperó a que se aclarase y distinguió el extremo del puño plateado que sobresalía de entre las manos enguantadas. Estaba seguro, totalmente seguro, de que se trataba del arma del crimen. El culpable, por su parte, no sería identificado, sería para siempre la silueta furtiva que se eclipsaba ante el objetivo de las cámaras de seguridad. Podía volver a ver mil veces la secuencia, no había nada que pudiera hacer al respecto.

Andreani sintió amargura, aunque no tuviera importancia. Una vez más, tuvo que admitir que se había equivocado. Royan-Longuet y Fatiha Slimani habían dicho la verdad, Mehdi Slimani no había asesinado a Lourdier.

SO le había arrebatado su venganza.

47

Mientras deambulaba por los pasillos, Philippe Andreani tuvo la sensación de que una capa de plomo había caído sobre los despachos de la Brigada Criminal. Las pocas personas con las que se cruzó le dirigieron una sonrisa crispada, apartándose a su paso como si estuviera apestado. Un silencio incómodo lo acogió frente a la máquina de café y, al instante, cada cual pretextó tener un acta que terminar o un informe que leer para eclipsarse. Todos habían leído los periódicos. Todos estaban al tanto. Al llegar al despacho de Couturier, llamó a la puerta acristalada con dos golpes breves, pero, contrariamente a lo habitual, esperó a que su colega le indicase que entrara.

—No me digas que por fin has aprendido modales —bromeó su compañero.

—No, pero no sé si tú también quieres evitarme.

—¿Eres idiota? Ya se les pasará. Y, además, no te lo tomes a mal, pero creo que simplemente no saben qué decirte. Bueno, ¿subimos?

Berthaud los había convocado urgentemente. El comisario principal parecía estar esperándolos.

—Puntuales, para variar… Entren.

Cerró la puerta tras ellos y se acomodó detrás su mesa. Se desplomó en el sillón, que emitió un chirrido estridente, siempre dispuesto a exhalar el último suspiro bajo el peso del jefe de la Criminal.

—La prensa sólo habla de ese tema. ¿Aguanta bien, Andreani?

—Sí, bien. He desconectado el teléfono de casa y mi hija se ha ido al campo.

—Sé que no es asunto mío, pero ¿cómo se lo ha tomado?

—A su edad, no es fácil aceptar que su abuelo haya podido ser un

malnacido. Prácticamente no lo conocía, pero creo que le va a llevar un tiempo digerirlo.

—Ya sospecharía usted las consecuencias que iba a tener su visita, ¿no? Acabo de recibir una llamada del Ministerio del Interior. Hace unas horas, han encontrado muerto a Jean de Royan-Longuet en su despacho. Se ha pegado un tiro en la cabeza. Todavía es confidencial. Se va a armar un escándalo.

—Un Royan-Longuet siempre hace frente —observó Andreani sin parecer sorprendido por la noticia.

—Creo que será mejor para todos que me conforme con esa respuesta… En cierto modo, no puedo culparlo. Le doy dos semanas libres obligatorias. Desaparezca. No quiero ni verlo, ni oír hablar de usted.

—Jefe…

—Jefe nada. Pero antes de irse a la playa, le agradecería que cerrase todos sus casos abiertos.

—¿Casos abiertos? Es que… sólo trabajaba en lo de Lourdier, jefe.

—No me refiero a eso, sino a la doctora Rossini. Todavía le debe una hora, si no me equivoco. Y yo necesito su puñetero informe. Hala, aire.

48

El martes 14 de noviembre habría sido un día como cualquier otro si no hubiera salido un sol resplandeciente. Tras varias semanas de nubes y lluvia, había sorprendido a todo el mundo. Pero no era el tiempo lo que había puesto a Andreani de buen humor.

Aquella mañana, se despertó temprano. Abrió los ojos en la oscuridad y se dio cuenta de que sudaba como si saliera de una pesadilla. Se quedó en la cama tratando de recordar qué lo había despertado y admitió que era el eco de un pasado que nunca regresaría. Esperó unos minutos, miró el despertador. Las seis y diez. Ignoró su apetencia y se levantó.

Unos días antes había recogido las llaves del Castillo Loco y había ido a Bauzère-Beaumont. No sabía qué iba a hacer con la casa ni con los enseres que había heredado. No sentía ningún apego particular por la vivienda donde había pasado su infancia y, tras leer los documentos que su padre había archivado y guardado tan minuciosamente, consideró preferible pasar página definitivamente sobre aquel siniestro legado. En la chimenea de piedra que ocupaba una pared entera del salón lo quemó todo: papeles, fotos, artículos de periódico y condecoraciones paternas. Después cortó el agua, la electricidad, y cerró los postigos antes de echar la llave a la puerta.

Estaba oficialmente de vacaciones desde principios de la semana. Había vuelto a pensar mucho en Roger Lourdier, pero de forma confusa, y una tristeza profunda prevalecía sobre cualquier otra emoción cuando evocaba aquella historia. Lourdier había recibido lo que llevaba años mereciéndose, Royan-Longuet se había quitado la vida, pero nadie salía ganando. La barbarie siempre tenía rostro humano, por eso era tan difícil de aceptar. Cuando la ira empezó a golpearle las sienes, se dijo que era urgente desconectar. Reservó un

billete de avión, pero aún no había hecho el equipaje. Después de ducharse y vestirse, salió.

Su malestar se esfumó al entrar en El Gran Serio.

Allí estaba, sentada ante una copa de un muscadet aconsejado por el Gran Serio. Entró, saludó a Pierre Timonier y se reunió con ella.

—Buenos días, Philippe, ¿cómo está?

—Buenos días, Francesca, ¿y usted?

—¿Lo ve? Eso es lo que resulta insoportable en usted.

—¿El qué? —fingió sorprenderse.

—Nunca responde a las preguntas.

—Eso es porque usted tiene respuesta a todo, Francesca.

—Siéntese, Philippe. Hablemos en serio. ¿Cómo se siente?

—Tengo que digerir todo esto. Mi padre, esa historia, es… difícil de aceptar —admitió.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Irme unos días a Córcega. Hace años que me prometo volver. Creo que es el momento adecuado. ¿Y usted?

—¿Yo? Volver con mis ejecutivos deprimidos, supongo.

Cayó un silencio incómodo entre ellos.

—Córcega en otoño, cuando se han marchado los turistas, es magnífica —dijo Andreani para recuperar la compostura.

—No me cabe duda. ¿Cuándo se marcha?

—En cuanto hayamos terminado nuestra última sesión. El comisario Berthaud me ha dejado claro que era de la mayor importancia.

—Si lo dice su jefe…

—Francesca, me gustaría… volver a verla.

—¿Volver a verme? Me tiene delante.

—Quiero decir, cuando vuelva, si está de acuerdo, claro. Necesito algo de tiempo, pero vuelvo en unos diez días y…

—Mi informe puede esperar, Philippe, diga lo que diga su jefe. Y yo también, lo esperaré.

Philippe Andreani sabía que aún no había hecho la limpieza necesaria para poder volver a la Brigada Criminal o para dejar que

una mujer volviese a entrar en su vida. No sabía cuánto tiempo podía llevarle, pero, mirando a Francesca Rossini a los ojos, se sintió embargado por una sensación de alegría y ligereza que lo electrizó.

Por primera vez desde hacía meses, veía la luz. Por primera vez desde hacía meses, se sentía vivo.

Agradecimientos

A Eva y Kay por habernos soportado.
A Cécile Migozzi por su relectura y sus valiosos consejos.
A Viviane Hamy y todo su equipo.
A todos los que son fuente de nuestra inspiración.